





# Aimé

Rafael Urretabizkaya

Wille Arrué

Edición de los autores

© Rafael Urretabizkaya - © Wille Arrué

Noviembre de 2011.

Hecho el depósito que indica la ley.





## EL DESPEGUE

Mi cuerpo me va aflojando.

Ya el tiempo no me usa.

Una tibieza conocida me está llamando.

De a poco comienzo a subir dejando allá abajo a mamá, una Julia desconsolada, una Julia sin aleluyas ni pastores. Al despedirme, enlaza mis manos encima del kultrún que doña Domitila alcanzó a dejarme.

¡Qué amarilla manera de mirarme!

Cómo no ponerle una sonrisa a mi cara. Para la mamá nomás, así no sufre tanto.

Encuentro el tibio resuello de mi gateado de ocho patas. Dejo atrás mi cáscara.

Nuestro galope bate el parche de mi kultrún<sup>1</sup>.

Su cantar me trae los recuerdos.

---

\* Todas las llamadas figuran en un glosario al final del libro.

## LOS COMIENZOS

Recuerdo que fue un tordillo que ya había dejado caliente a unos cuantos. Tenía el cogote grueso, las patas cortas y firmes.

No soportaba nada ni a nadie encima de su lomo.

Ante los vecinos, el papá se vio obligado:

- A ese tordillo yo lo puedo.

Muchos lo dieron por hecho.

Era el día de la señalada de los once chivos nuevos de don Mario. Que como fue junta tan concurrida tuvo que poner tres al asador. Eso sí, señalados y todo.

Nunca se dijo que don Mario era cualquiera para invitancia de señalada.

Prepararon el animal en el palenque. Les costó una buena sudada sujetarlo. Cuando lo rondaron con el lazo para ponerle el freno, pegaba unos desparramos como volteando el suelo.

En medio del tierral, y ya con las botas de potro y el rebenque en mano, el papá encontró su mirada con la del tordillo. Fue un momento nomás, pero bastó para que los dos se anoticiaran.

Algunos principiaron a dudar. Mirada firme la del tordillo.

El caballisto como luz estuvo arriba.

Y también fue luz la espantada en una carrera que pareció para siempre. Recién contra las bardas frenaron en seco. ¡ Casi nada la volteada que pegaron !

Es que a los dos los corcoveaba el odio.

Era sabido por todos la capacidad de Segundo Queopán para salirle de abajo al animal que se tira. Pero esta vez no pudo porque el tordillo, de puro cojudo que era, se quebró el cogote para no verse dominado.

¡ Lo cagó el tordillo !

Como para no quedar mal el hombre. Como para no largarse a chupar.

Como si fuera poco se largó a chupar con odio. Porque una cosa es chupar para divertirse. Pero cuando uno chupa con odio es para cagada no más.

Era conocido que el papá le andaba con pretensiones a la Lucinda Antileo, prima de la mamá. Se comentaban las pasadas que le hacía en su padrillo gateado. De lejos nomás desparramaba un olor a amor impresionante.

Pero ese día venía muy mal parido para Segundo Queopán. No era para salir a robar mujer.

Todavía encegado por la bronca y el alcohol y junto con dos amigos ayudantes de robar mujer más mamados que él, le encararon de noche al rancho de la Lucinda. Sobraba coraje y faltaba claridad.

La Lucinda andaba en el pueblo por cuestiones, según parece, de papeletas. Y en su lugar, acompañando a los veteranos en calidad de prestada, en la ruca<sup>2</sup> estaba la Julia.

Llegaron como tormenta, pateando el cerco, pisoteando la huerta, atropellando las puertas y errándole rebencazos a los perros que ladraban furiosos.

Los veteranos ni siquiera alcanzaron a levantarse cuando ya Segundo había cargado a la Julia en su gateado. Ahí nomás dispararon para el bajo.

Era buena noche para disparadas. Las toscas se corrían para dejarlos pasar.

La corrida recién aflojó con el canto del arroyo.

La luna iluminó las miradas de los dos. Segundo se anotició, pero no era cosa seguir perdiendo en ese día.

Para entonces, los ayudantes de robar se fueron.

Y esta vez sí, Segundo jineteó hasta que el sueño le dijo basta. La Julia se aguantó el corcoveo. Después de todo, Segundo era hombre reconocido.

La cuestión es que el papá se llevó a la mujer encontrada a la ruca de sus padres. Y al otro día bien temprano mandó aviso a doña María de que le había robado la hija para él. Cosa que la abuela no se preocupara.

Pero la abuela igual se preocupó, aunque tuvo que aceptarlo. Es que era sabido que los padres de Segundo eran canutos<sup>3</sup>. Hasta el culto funcionaba en sus derechos<sup>4</sup>.

Por eso es que a falta de casa, la Julia y Segundo vivieron en el rancho del culto los primeros tiempos.

La que no se preocupó nada fue la Lucinda. Al poquito

tiempo nomás la vino a robar un paisano medio viejón pero bien armado de lanares. Y esta vez estaba lista.

Para entonces, ya mi mamá conoció y empezó a ser encelada por el Ojo de Dios que estaba en un cuadro en el medio del culto. Ahí fue que le agarró el miedo a equivocarse.

Al tiempo y como los canutos necesitaban su templo, a mis padres no les quedó otra cosa que ir a vivir a lo de la abuela María. Es que Segundo fue siempre muy flojazo para armar rancho.

Para mí mejor, porque ni imagino lo que me hubiera pasado si tenía que nacer debajo del Ojo que Mira. Capaz que hubiera salido ojeada y todo el mundo sabe lo jodido que es el mal de ojo en los chiquitos.

Mi destino se encontró con mi cáscara en la panza de la Julia. Y entonces fuimos uno, rumbeando hacia una tibieza conocida desde siempre.

Tibieza de machi<sup>5</sup> la de la abuela María. Me llegó su voz recibidora:

- Mari mari<sup>6</sup>, mi nieta.

## LOS TEJIDOS Y LOS DESTAJIDOS

Poco se tejía en la casa. La abuela había aprendido de chica pero ya no le ponía empeño porque tenía otras ocupaciones.

Mi abuela María fue machi desde joven. El Dios del Cielo se lo dijo. No lo fue de propio intento.

La gente del paraje le guardaba gratitud. También era pedida por gente de otros lugares. Algunos lejanos. Hasta huincas<sup>7</sup> se llegaban buscando que los componga con su oficio. Que enfrente al huecufú<sup>8</sup> y lo saque del enfermo. Que marque el rumbo que tomaron los animales perdidos en la noche del temporal. Que aconseje si dos jóvenes podían formar buena familia.

A la mamá no le vino el don. A pesar de la sangre.

Habría sido porque en el culto de los canutos se lo prohibieron. Digo nomás, porque de la rogativa<sup>9</sup> tampoco la dejaban participar. Le decían que esas eran cosas del diablo y la asustaban con el infierno. Un campo que siempre se quemaba. Más alambreado que la estancia del Fridan. Y encima alambres empuados. No daba para lluvia ese paraje.

Aunque mamá no sabía las letras tenía un librito canuto con dibujos de muchos colores. Se veía a un señor y a una señora pasando un portón grueso. Ese sí que era un portón de calidad. No como la tranquerita de la huerta.

Del portón del librito salían dos caminos. Uno con rucas altas y ordenadas, y con monitos dándose saludos. En el otro camino las rucas eran bajas y había monitos tomando vino, peleando y alborotando.

¡Estos sí que eran monitos malentretenidos!

Y arriba de todo aparecía un ojo grande. Bastante impresionante el ojo grande.

Cuando estaba preocupada la mamá consultaba su dibujo. Y según me parecía, el dibujo tenía la capacidad de preocuparla más todavía.

Yo sentía entonces que tenía una mamá importante.

Tejía la mamá, pero poca cosa. Capaz que hubiera tejido

más, pero en la ruca casi no teníamos lanares. El carnero era a medias con don Bartolo Queopán. Lo que sacábamos no rendía.

La esquila nos juntaba a todos. Los que tenían buena rendida, y los que no. Era bien bonito de ver. Y de estar con todos el vecinaje.

¡ Qué contenta la pasaba !

Se preparaban asados. Si la esquila era grande, esos vecinos ricos cocinaban puchero. Es bueno tener vecinos ricos que se acuerden de uno. No como esa pobre gente que suele andar olvidada de los semejantes.

Los hombres y los muchachos nuevos trabajaban en los corrales tijaeron en mano. La cintura doblada y la faja firme como para que aguanten los riñones.

Los chicos teníamos mucho para hacer, sobre todo en la clasificancia. Ayudar a juntar la lana que se suelta del vellón, poner en su lienzo la lana sucia de la panza y la lana de ojo.

A veces hasta hacíamos de agarradores. De a ratos, nos poníamos a trajinar, con gran desconsuelo de la gente grande.

Cuando esquilaban las ovejas paridas, daba susto de que les tajeen las tetas llenas de leche. A veces las pasaban a cortar y nos poníamos en rueda para ver y aprender cómo con un palito elegido a medida sujetaban la pérdida.

¡ Qué sabiduría la de los veteranos !

Al terminar el trabajo del día nos rejuntábamos en la ramada para matear esperando la cena.

Después de comer, ya sin sol, era el tiempo del fogón.

Fue en un fogón de esos que escuché la contada de don Preciado Quiñepán, al que todos nombraban el Peuco.

Nadie entendía como podía valerse para esquila solo. Los más allegados se admiraban de que el hombre ni siquiera tenía corral. Arreaba los bichos de palabra y suavecito, nada de gritos ni chiflidos. Se nota que le confiaban. Tal vez porque era el único paisano conocido que no probaba asado ni puchero de lanar. Querendón el hombre con sus lanares.

Los mercachifles le venían de todos lados, le caían hasta en yunta. Era bien pretendida la lana peinada del Peuco. Más de una pretenciosa se le despeinaba por conseguirla.

Nunca se le conoció animal cortado en su esquila. Cuentan que se le arrimaban solitos a la fila.

No se le conocía herramienta de pelar lanares. Lo que sí debería ser muy capacitada porque el Peuco era ciego de los dos ojos.

Como para que no lo obedezcan sus lanares, con la mirada admirada que desparramaban sus ojos callados.

¡ Lo que es ser lanero calificado !

En tanto, algunos coltros<sup>10</sup> desordenados seguían trajinando con los juegos. Pero no conmigo. Ese era mi tiempo de sentarme con la abuela.

Mientras el sueño me ganaba, pensaba si por ser machi sería que era tan calentita.

## ACONTECERES

Después de la esquila, volvíamos a las cosas de siempre.

Los días en que al papá le agarraba el entusiasmo, salía a armarle trampa al león. Jodido el león, porque cebado se prevalece con los animales sueltos.

Pero más peor la leona parida, cuando sale con su crianza a enseñarles la vida. Les muestra como matar corderitos con la uña larga de la mano. Un manotazo y los corderitos basta.

En una noche de esta escuela queda el tendal de corderitos degollados.

¡ Qué roja se vuelve la lana de repente !

Y entonces, al otro día, el sol alumbra un cielo teñido de cordero degollado.

Pero el oficio más verdadero del papá, el que más autoridad le daba, era el de ser gran domador.

Siempre le hizo mucho a los caballos, y hasta tuvo tropilla propia.

A veces el papá se quedaba en la casa. Estaba nomás.

La mamá tenía que lavar los vellones para sacarle el veri<sup>11</sup> y las espinas. Después la seguía con el hilado.

Poco le gustaba a la Julia este trabajo. Decía que era cosa de veteranas y paisanos.

Lo que sí le gustaba era mirar las figuritas de revistas. Lindas las figuritas, todas de colores. Claro que bastantito arrugadas. Lástima que no llegaban muy seguido.

La abuela María recibía gente enferma o con achaques. Por veces le traían las aguas<sup>12</sup> de alguien, por veces la mandaban a llamar y tardaba hasta algunos días en volver. Esos eran las ocasiones del machitún<sup>13</sup>, o de atender algún parto jodido.

Los días sin ella me anoticiaba cuánto la quería. Andaba por ahí, medio perdida, ayudando en lo que manden.

Me hablaban poca cosa y poco era lo que yo decía.

La abuela sí que se me dedicaba y sonreía siempre. Lo mejor era cuando salíamos a caminar.

Agarrábamos por detrás de la casa rumbeando para el

mallín<sup>14</sup> del pan. Por esa huella encontrábamos nuestro pino. Un pino sólo.

Era muy único nuestro pino. Porque era macho y hembra. Todos decían que era raro el pino macho y hembra. Y entonces yo me agrandaba como torta en el agua.

«Cuando mi carne y mi hueso ya no estén sobre esta tierra, voy a seguir en este pino para vos, mi Aimé».

## EL CONCHABO DE SEGUNDO

Es que la Julia cansaba al más pintado. Para peor Segundo no era de los más aguantadores.

Todos los días ella se tenía que ir al culto canuto y los sábados se los pasaba enterito en el templo de los suegros. Estos chochos, porque nunca lo habían podido convencer a Segundo.

En cuantito llegaba al cuadro del Ojo que Mira, la Julia se arrodillaba y a los gritos pedía perdón. Quién sabe por qué cosas que algún día pensaría hacer.

Porque la verdad es que la pobre Julia no hacía nada.

Segundo le trajo un vellón de lana y le reclamó un chaleco de cuatro colores. Es sabido que todo domador necesita un chaleco de cuatro colores. Pero como Julia tenía que bordar la manta para el púlpito no le pudo cumplir.

Hay que reconocer que no cualquiera le podía a esa labor. Tenía flores por fuera en tres colores, rojo, rosa y hojas verdes. Y en el medio :» Ora y vela para no tentarte.»

Y arriba de todo el bordado aparecía el Ojo que Mira.

A medida que a la Julia bordadora se le iba apareciendo el Ojo que Mira en la tela, le iba entrando la calladez. Una calladez que la dejó medio quieta para toda la vida. Que también le durmió la risa.

Jodida la calladez...

La cuestión es que el Segundo se fue aburriendo de no tener chaleco de cuatro colores y de tener mujer con calladez. Y fue dedicando cada vez más tiempo a los caballos.

Cuando de la estancia del Fridan le ofertaron conchabo lo pensó mucho. Y eso que le prometieron vicios<sup>15</sup>, alpargatas las que fuera necesitando y hasta un par de botas de cuero nuevas. Se nota que su fama de domador había corrido firme.

Al no poder convencerlo el capataz, que no era ningún quedado, le bichó su padrillo gateado y ahí nomás le largó:

- Y por si fuera poco le ofrezco la madrina gateada para que haga tropilla de un pelo.

Ahí lo cagó.

¡ Qué caballito no se debilita ante semejante oferta !  
Entonces fue que Segundo le entró a mermar a la Julia.  
Ella le siguió rezando a su Ojo que Mira, capaz que para  
que Segundo le siguiera haciendo a su tropilla gateada de un  
pelo.

Capaz que para no tejer chaleco de cuatro colores.

## LA VISIÓN DEL MALLIN

Conforme avanzaba el verano, el agua y los pastos empezaban a escasear. Ya cuando la sequía empeoraba, los animales rumbeaban solitos a la veranada<sup>16</sup>.

Era un trabajo pesado estar atajando animales todo el día. A nadie le gusta pasar tamaña necesidad.

Donde antes había pasto aparecía pura piedra. Por partes, del calor que hacía, la tierra se abría igualito que un zapallo que se cae al suelo.

Por eso había que apurar el viaje a la veranada. Pero el papá no llegaba de la estancia. Seguro que andaba con sus gateados tratando de armar tropilla.

O capaz que el Fridan no le soltaba permiso.

De repente, cuando ya casi todos los vecinos habían dejado la invernada, y el Cilindro y el Choroi se resabieron de tanto atajar lanares, se apareció el papá.

Montado en su padrillo gateado, con la madrina preñada a la siga.

Y ahí nomás me largó:

«Vamos a salir a veranar. Los animales están flacos y tenemos que apurar el viaje. Hay que terminar de una vez de preparar las cosas. En la estancia me dieron permiso por pocos días. Cuando me vuelva, la Julia se encargará de los lanares. Yo mañana salgo a ver si el secretario del pastor me pasa el catango para alivianar el viaje. Nosotros no tenemos y el secretario sí. Sus bueyes no serán como los de don Egidio, porque como el Parece y el Bandera no se conoce más, pero el Oro y el Siempre también son afrontadores. No se les tuerce la tirada así nomás. Habrá sido favorecido el secretario porque el Dios de él lo ayudó y así lo quiso. El nuestro debe ser un Dios de pobres nomás».

Venía enojado el papá. Todo eso le dio ganas de decir. Capaz que le dolía el no tener. Pero también hay que entender que él no era de los lanares. Era caballisto.

¡Cuándo se habrá visto domador semejante peludeando con ovejas!

Esa noche no me podía dormir. Y no era para menos.

Es que al otro día el papá me iba a decir si me ocupaba en la veranada o me dejaba acá con la abuela.

A la mañana lo iba a saber. Mientras tanto daba vueltas en mis pilchas<sup>17</sup>.

El sol empezó a calentar bien tempranito. Aproveché el desvelo para preparar los amargos. Así a mi papá le agarraba el dulzor.

Entre mate y mate el papá anunció que yo quedaba en la invernada con la abuela.

Me lo imaginaba, porque no me habían ordenado preparar mis cosas.

¡ Que alegría me entró ! Con la abuela casi toda para mí.

Pero por otro lado, capaz que echaba de menos a los veranantes.

Al papá , a la mamá, a los vecinos del paraje. El mejorar la ramada que habíamos dejado el año pasado. Quién sabe cómo estaría. La travesía con los cargueros, el arreo.

Los preparativos siguieron durante todo el día. Los animales en el corral de piedra. Ya habíamos cargado las pilchas y los vicios : yerba, fideo, azúcar, harina y tabaco. Y alguna damajuana de vino. La olla de fierro, cuchara, jarros y platos.

Todo parecía caber en el catango del secretario del pastor. No sería como el carro de don Egidio, ni sus bueyes como el Parece y el Bandera, pero no se lo podía desmerecer.

¡Esos Huayquifiles nos ganaron de mano en el pedido a don Egidio, qué joder!

No era corta la travesía. A veces duraba, con suerte, solamente tres o cuatro días. Pero si soplaba puelche<sup>18</sup>, los animales se resabiaban y costaba mucho rumbearlos. Ahí el Cilindro y el Choroí daban una buena mano. Se hacían respetar por los lanares.

Se salía bien temprano, antes de que clareara. Apenas con unos mates medio a las apuradas.

Se juntaban los animales, y ellos solitos enfilaban hacia los pastitos tiernos.

¡ Qué buena sabiduría !

Y la primera noche no había problema, porque se alojaba en la Cueva del León. Donde empieza el Cerro Molido.

Era conocido que ahí habitacionaba el león del Mallín Atravesado. Que según la comentancia no ataca a los viajeros pero se cobra siempre con algún chivito. Cosa justa, a mi entender.

Por fin, al otro día, llegó la despedida.

De repente la mamá se pegó su última recorrida, agarró la bolsita azul, la de las anilinas que le mandaron del pueblo, con sus papeles importantes y el libro de los monitos. Las revistas con los dibujos de colores quedaron en casa, para que yo siguiera capacitándome en figuritas.

En todo pensaba la mamá a veces.

Y ahí sí que la partida estuvo lista.

Entonces corrí para llegar prontito a lo más alto del Cerro Negro.

Allá se iba la tropa. No la vería hasta la entrada del otoño, cuando empiezan los primeros fríos fuertes.

Pero ya a la ida o a la vuelta, por aprovechar los pastos que aparecen o se quedan, uno tiene que andar peligrando por esas nevadas a destiempo que suele mandar el Pillán<sup>19</sup> para agarrar a los desprevenidos.

Esa tarde, esa misma tarde, acompañé a la abuela a cantar su pillantún<sup>20</sup> pidiendo la protección de Nguenechén a los veranantes. Quedé muda de la emoción. La abuela, sonriente, me acarició el cuello y juntas entramos a la ruca. Ya el sol estaba bajando. Recién cuando se ocultó me animé:

- ¿ Cómo es que usted se hizo machi, abuela ?

Me dio cosquilla preguntarle. Pero cuando me miró supe que esperaba esa pregunta.

- Siendo chica, casi de tu tiempo, tuve un sueño. Estaba en un mallín verde. Muy verde. Con florcitas amarillas. Había muchas florcitas amarillas. De pronto apareció un cahuel<sup>21</sup> gateado de ocho patas. Grande, hermoso. Con una matra<sup>22</sup> verde de florcitas amarillas. ¡ Qué labor tan linda ! Sin riendas venía. Era un caballo superior. Sin vueltas lo monté y salimos volando suavcito hacia el sol. Por fin llegamos a una casita toda de vidrio. ¡ Cómo brillaba la casita ! Casi como el pectoral de plata

de la mujer que nos recibió. Me dijo que yo sería machi, mientras me ponía sus manos en la cabeza.

A los pocos días me enfermé. Era el espíritu de machi que me estaba entrando. Y después los sueños siguieron para que aprendiera el remediaje. Para echar al huecufú de los que sufren dolor. No tuve miedo, porque así tenía que ser. Ya mi madre, machi de las mejores, me había capacitado en yuyos. Pero no era suficiente. No se es machi sólo por capacitación. Me faltaba lo más importante, me faltaba el don.

Y esa noche, como tantas otras noches de ahí en más, me dormí deseando que llegara el don, para alguna vez yo también poder ser como la abuela.

## LAS ALMORRANAS DE DON REALIZADO

Nuestro lonco siempre andaba de a caballo. Gente muy veterana y de palabra reconocida comentaba que en un temporal, de esos que arman la noche en pleno día, vino a enfermarse de parto doña Esperación.

La madre de nuestro lonco venía remontando la travesía montada en su yegua alazana. Las dos venían afrontando la preñez.

Y esa travesía que no era para cualquiera.

¡Qué rejuntadero de sufrimiento !

¡Qué rejuntadero de vida !

La cuestión es que el temporal se les cayó encima y de repente. Con toda su fuerza.

Jodido la fuerza del temporal. Porque por un lado destruye lo que le aparezca.

Si viene a destiempo, detrás de las pariciones, deja el desparramo de corderitos y chivitos.

Pero también es conocido que da aliento a las crianzas para que se le animen a la vida.

Por eso es que en medio de la travesía, en un derrepente, doña Esperación y su yegua sintieron el apuro. Y ahicito nomás, entre remolinos y coirones<sup>23</sup> que volaban arrancados por el viento, pararon su marcha y se juntaron.

Poderoso el calor de madre. Tanto, que cuando al mismo tiempo sus cuerpos se rajaron el mundo se detuvo.

Y el silencio y la luz ganaron su lugarcito a la tormenta.

Ya el calor de doña Esperación y de su yegua eran uno sólo.

El lonco niño y el potrillo también.

Nunca se supo quién de ellos se comió las bolsas y quién se tomó la sangre.

Lo que todos recordaban es que doña Esperación preparó a su llegada al paraje un hervido de ruda para compartir con su compañera de parición. Además frotó su panza y la de la yegua, para afirmar el coñigue<sup>24</sup>.

Por todo esto en las juntas del paraje siempre se hablaba de la historia de nuestro lonco don Realizado. De que había aprendido a relinchar antes que hablar. Que desde chico galopeaba que era un contento. Y que su potrillo lo seguía retozando como un chico.

Y algún viejito conocedor de los que nunca faltan, aseguraba haberlos escuchado conversar atrás del morro, una noche que la luna convidaba a decir cosas.

Unos pocos, muy por lo bajo, rumoreaban que don Realizado salió de la rajadura de la yegua. A mí esa comentación nunca me convenció del todo.

Pero aquella tarde sí que quedé bien confundida.

No era para menos. Don Realizado se apareció caminando seguido por su caballo.

En vez de andar como siempre, medio de trotecito, se le había dado por tranquear como ganso. Medio abierto de patas y eligiendo dónde meter el pie. Y hasta su alazán le había copiado el tranco.

La abuela, como si nada, lo saludó correspondientemente y lo hizo pasar a la ruca.

Eso sí, ni le ofreció el asientito de las visitas. Así el tronco con el cuerito laboreado se quedó esperando sin dar su calorcito a ninguna asentadera.

Don Realizado se tranquilizó. La abuela entendía su mal.

Delicado para un hombre, y para más lonco, andar hablando de almorranas.

- Aguánteme un poquito, don Realizado, que ya le traigo unas hojitas de quilloy-quilloy<sup>25</sup>. Después de machacarlas, en cuantito se las ponga se va a olvidar del dolor. No va a necesitar andar de a pie.

- Gracias doña María, por procurarme el alivio. Encima, cuando uno es lonco no puede joderse demasiado. La tengo a usted y las cosas del paraje están encaminadas. Ventaja de tener buena yerbatera y buen secretario.

Nos fuimos derechito con la abuela a donde salían los mejores yuyos. Cerquita del arroyo, pero no al lado. Para encontrar la frescura que don Realizado andaba necesitando.

Juntamos bastantes hojas. La abuela me recomendó

cuidado porque las almorranas de lonco solían ser más jodidas que limpiarse el culo con ortiga.

Ya de vuelta, me hice cargo del remedio en el mortero. Mientras machacaba las hojas de quilloy-quilloy, me llegó la alegría de poder ayudar. Pero también la inquietud:

- Abuela, tengo miedo de no recordarme el remedio y todos los que tengo que aprender.

- Ya va a ver , mi nieta, que nuestro pino es bien memorioso. Y el tiempo es su amigo.

Al otro día vi a don Realizado cruzando el claro, rumbeando para la veranada.

Allá iba mi lonco.

El hombre que nació al resuello de una yegua, montaba muy derecho su alazán con la asentadera bien fresquita.

## EL CANTO DEL KULTRÚN

Se notaba que estaban mejorando mis mates. Poco comentario de la abuela, pero su cara me decía que le habían gustado. Claro que todavía me faltaba. No me salían tan espumosos como los de ella, pero no se me desentonaba el gusto. Ni la mamá le hacía asco a mis amargos.

La cuestión es que aquella tardecita, después de la mateada, la abuela sacó su quitra<sup>26</sup> y la bolsita de cuero del tabaco que siempre la acompañaba.

Y hablando de acompañamiento, me pidió que fuera con ella. Tomó su kultrún y enseguidita nomás llegamos a nuestro pehuén<sup>27</sup>, nuestro pino santo.

Su kultrún de rogar. Cosa sería el kultrún de una machi. Uno solo y para siempre. Y para nadie más. Tallado en madera. La pata de choique<sup>28</sup> dibujada en el parche de cuero me decía de rastros, los conocidos y los otros. Igual que el palito de retumbar, con la cabeza de caballo tallada en una de sus puntas.

Y cuando la abuela lo hacía danzar, en sus adentros cantaban las piedritas sagradas.

Sonaba de muy distinta manera según que la rogativa fuera para pedir agua, para despedir a un muerto o para agradecer la llegada de un coltrito.

Es que ya ella me había dicho que el kultrún es el alma de la machi.

Luego de un rato de reservada espera, nos sentamos a la sombra de nuestro árbol. La abuela encendió su quitra, y lentamente empezó a fumar.

El humo nos envolvió con su olor. Un olor suave, a otoño, un olor que buscaba un tiempo.

Y el tiempo fue llegando, también suavemente.

Fue llegando con el canto de la abuela, acompañado del sonar de su kultrún.

Que se fue haciendo cada vez más propio.

Tanto, que la voz de la abuela se fue perdiendo poco a poco.

Y también de a poco, solo quedó la voz del kultrún. Una voz llena de sustancia. La de los recuerdos de otros tiempos.

Y el kultrún me habló de la abuela María. De cuando era niña y de su madre machi, caminando de noche por el bosque.

« Caminaban seguro a pesar de la oscuridad.

No traían miedo de perderse.

Llevaban de tiro un cordero blanco que habían elegido el día anterior.

Llegaron al árbol de la veterana machi y entonces comenzaron los ruegos de doña Antonia Kolupán.

Rogaba por que su hija María, que había recibido el don, fuera buena machi. Que tuviera siempre la ayuda de Nguenechén<sup>29</sup>, que pudiera volar a través de su peuma<sup>30</sup> y que su machi-pellu<sup>31</sup> la protegiera del kalkú<sup>32</sup>.

La luz del amanecer encontró sus miradas.

Entonces, Doña Antonia y María, se taparon los ojos con un pañuelo, para que así solo las alumbrara la luz de sus adentros.

Y el ruego siguió, y María, la joven que quería ser machi, bailó con pasos cortos y giradores buscando mi sonido.

Y así fue que María llegó a mi madera con la que galoparía su peuma.

Al árbol lo había partido el rayo hacía poco. Por eso tenía la fuerza del fuego.

Doña Antonia y María sacrificaron el cordero, comieron el corazón y con su sangre me lavaron.

Con el cuero harían el parche y los tientos.

Por eso cuando canto a través de María la llevo con el aliento del fuego hasta el Wenu Mapu<sup>33</sup>, al encuentro con Nguenechén.»

La voz del kultrún se fue apagando. La abuela respiraba despacito con sus ojos cerrados.

Yo también sentí que salía de un sueño.

Estaba madurando mi tiempo.

## EL BUEN TRATO Y EL MAL TRATO

Cerca de la casa pasaba el camino carrero. Aunque nunca lo había andado estaba segura, por las contadas, que por ahí se salía para el pueblo.

Por ese lugar entraba el camión y Don Juárez cargados de vicios y se llevaban los cueros y la mayoría de los chivos nuevos.

Por ese tiempo solía imaginar el fin de ese camino. Lo pensaba una pampa grande donde se apilaban, en una montaña que llegaba al cielo, los cueros que Don Juárez se había llevado todos estos años.

Pero el pueblo sólo se me aparecía en sueños. Capaz que por eso quedaba tan lejos.

¡ Qué figura la de Don Juárez ! No le debería ser nada fácil mantenerla.

No demasiado alto, era grueso. Bien grueso. Todo en él era grueso. Eran gruesos sus brazos, su cuello, cada uno de sus dedos y sus numerosos anillos. Porque, sobre todo, eran gruesas sus maneras. Su manera de caminar, de comer, de respirar.

Esa gruesancia también aparecía en su tarea de mercachifle. Y se les desparramaba a todos.

Por eso sería que los paisanos, entre visita y visita, siempre parlamentaban sobre lo áspero que era tratar con Don Juárez.

Que la harina no era buena. Que a los fideos los agarraban los gorgojos. Y los cobraba. Que la grasa tal cosa y que la yerba tal otra.

En cambio, el único lamento que levantaba el vino, era que se acababa pronto.

Otras comentaciones inquietas decían que en cada viaje del mercachifle eran más los cueros que valía una bolsa de harina y menos los kilos de yerba y azúcar que merecían los tejidos de las veteranas.

Don Juárez, con gruesa impaciencia, no se gastaba mucho en explicancias:

-Acá está el cantaclaro.

Y desenfundaba del bolsillo de la puerta de su camión una gruesa libreta, y de su oreja un grueso lápiz.

Las ideas de los vecinos recibían atentas y atravesadas contestas.

Que los cueros de la otra vez se pudrieron, que cambié una cubierta, que la nafta aumentó.

Pocas veces necesitaba mostrar algunos números de su gastada libreta negra.

En realidad, brillaban de negro las tapas. Los que no brillaban eran los números.

Pero lo más raro de la libreta de Don Juárez era su grueso olor a queso.

Todo aparecía como un juego. Pero ahí, de esas conversas, salía qué familia iba a poder mantenerse en los meses por venir, y quiénes iban a necesitar la ayuda de los vecinos. Que si la lana tenía semillas por haber esquilado tarde, que sólo Don Juárez veía, que si ese cuero era de descarte o aquél lazo poco sobado.

Todo lo valoraba, o poco valoraba, con su mirada gruesa.

En los tantos siempre perdíamos.

Y por si fuera poco se recordaba todo. Los nombres de los hijos de doña Evarista Huayquifil. De mayor a menor, o al revés y de corrido. Hijos que, como es sabido, eran todos de distinto padre, según las comentaciones.

Tampoco se olvidaba las damajuanas que había dejado el año pasado a Don Bartolo Queopán. Y más valía que no se hubiera roto ningún envase.

A su parecer valían mucho los envases. Así lo decía y así los cobraba. A pesar del descontento que sus pareceres despertaban en el paisanaje.

Por eso, la consulta que a veces hacía Don Juárez a su libreta era entendida como una consideración de su parte, más que una necesidad.

Y ésta consideración borraba cualquier duda. Por algo era escribiente el hombre.

Y por si fuera poco, su camión tenía un cartel enletrado que decía: «El Buen Trato».

Nombre que demostraba sus consideradas intenciones.

Pero que no dejaban de ser intenciones.

Porque, en realidad, el pobre «Buen Trato» estaba bastante maltratado.

Una de las admiraciones que teníamos, era que «El Buen Trato» siguiera funcionando.

Cuando se acercaba la época de su aparición, los coltros jugábamos a cuándo llegaban. Si venían mañana, o la semana que viene.

Los más animados largaban:

-Mi pillma contra tus anzuelos.

Y así, la pelota de paja retobada en cuero y las herramientas de pesca cambiaban de dueño, aunque igual eran de todos.

Pero más tarde o más temprano, anunciado por los perros y una nube de polvo en el fondo de las huella, aparecían «El Buen Trato» y don Juárez.

De lejos nomás se oía la bocina prometedora.

Camión y mercachifle largaban ruido por todos lados.

Los pedos de los dos eran muy comentados, sobre todo por los coltros. Eran diferentes pero no había que desmerecerle el esfuerzo a ninguno de los dos.

Los de don Juárez, si se quiere, eran más sorprendentes. Podían aparecer en cualquier momento.

Muchas veces acompañando un ataque de tos, o cuando levantaba algún fardo, o más simplemente cuando subía a su transporte. Aunque no eran tan olorosos como su libreta.

Doña Luisa decía que tenía floja la cincha.

¡ Qué delicadeza la de don Juárez probar de tapar el ruido de sus pedos con una tos!

«El Buen Trato», en cambio, sólo pedorreaba al andar.

Está visto que los dos querían ser respetuosos.

Y así, entre pedos, resoplidos, toses y demás yerbas, don Juárez y «El Buen Trato» llegaban, traídos por los nuevos chivos y por el acopio de cueros y tejidos. Y también por las necesidades de la gente.

Mientras los tratos se sucedían, los coltros, de a poco, nos acercábamos a «El Buen Trato». Los flecos de las gomas siempre eran motivo de comentarios, o la humeada que salía del motor, o

el foco que le había tocado romperse. Suerte de marcachifle que tenía, siempre le quedaba alguno para alumbrar.

Al final, los distintos colores de pintura, su trompa achatada y su tranco áspero lo hacían bien alentado.

Pero lo mejor era su historia.

Todos sabíamos que venía de muy lejos. Que lo habían golpeado y todavía mostraba sus agujeros de balas.

Por picadas, menucos<sup>34</sup> y travesías llevó heridos y alimentos, medicinas y balas.

¡ Ni que fuera catango<sup>35</sup> !

Estuvo con personas que se mataban con otras. Y no por cosas de mala toma. Dicen que porque habían personas importantes que los mandaban a pelear. Así cualquiera pelea.

Cagones los importantes.

Pero lo cierto era que «El Buen Trato» tenía su historia. Es muy importante tener una buena historia.

La suerte le venía de la virgencita de colores. Colgaba del espejito y brillaba más que él.

Era la única parte cuidada de «El Buen Trato».

Casi tan admirada como su bocina, que tanto desarmaba el piño<sup>36</sup> que se le cruzaba en el huellón como avisaba la llegada o la partida.

Porque, eso sí, don Juárez y «El Buen Trato» eran muy considerados.

Cuando llegaban, y mientras el camión recibía nuestros cariños, don Juárez tomaba sus buenos mates y se comía muchas tortas fritas. Muy pocas personas se le emparejaban en eso.

Capacidad sólo comparable a la de comer chivito al asador con que lo obsequiaban al mediodía.

Atención que el mercachifle devolvía con vino que también siempre se aceptaba.

Don Juárez nunca comía por cumplido y eso ponía feliz a mi gente. De paso, mantenía su gruesa figura. No cualquiera tenía esa figura.

Y por fin, listos para el regreso, «El Buen Trato» cargado de cueros, tejidos, animales, un olor a humo negociante que ni siquiera se tapaba con triple bozal, y alijerado de los vicios, venía nuestro momento.

Era el momento de los coltros.

Acá don Juárez sacaba una bolsa de caramelos, y los repartía.

Justo es decir que siempre se recordó de hacerlo.

Eran unos caramelos grandes, cuadrados, gruesos, de dulce de leche. Envueltos en un papelito que también usábamos después para jugar.

Caramelos que nunca fueron motivo de apuestas.

Porque quién puede apostar lo más dulce, lo más de uno, lo más único.

## LA CONSAGRACION

Estaba cantado que la abuela quería contarme de sus cosas de machi.

¡Con qué ganas lo hacía!

Y yo lo que quería era escucharla.

Así a cualquiera se le pasa el miedo de andar curioseando. Esa era la suerte de tener una abuela machi. Que según todas las comentaciones, era una de las últimas machi que quedaban.

¡Casi nada escuchar la contada de la abuela!

«Aquella mañana amanecí enferma. Fué pocos días después de haber tenido el sueño que ya te conté.

No era cualquier enfermedad. Así también me lo dijo mi madre.

Mi madre machi, doña Antonia Kolupán, esposa y viuda del gran lonco Pascual Loncón, que me sembró para morir antes de mi nacimiento. Lo que fue entendido por todos como un anuncio. Hacía tiempo me estaba capacitando en las cosas de la curación.

Buena maestra mi madre. Dijo que mi enfermedad me venía de Nguenechén. El quería que fuera su ayudante.

¡Cómo me iba a negar!

Sabía que no era el huecufú el que me ganaba. Por eso mi madre y los vecinos prepararon el Nguericurrehuen<sup>37</sup>.

Era la única manera de curarme. También la manera que tenemos los mapuches de presentar la machi nueva a los vecinos.

¡Cómo para que no estuviera preocupada!

Por eso mi madre me preparó lo bastante.

Tomé el kultrún, mi caballo de volar al wenu mapu. Que sólo yo podía usarlo y que no podía entregar a nadie.

En verdad no era necesaria tanta prevención. No se me hacía el compartirlo.

Los vecinos se prendieron en la juntada de las provisiones.

El lugar elegido no podía ser otro que el rehue<sup>38</sup> de mi madre, doña Antonia Kolupán, la antigua machi. El grueso tronco de radial tenía tallado de un lado unas gradas y del otro una cara

que miraba al este. Lo rodeado por lanzas de y ramas de las que colgaba con sangre de cordero.

Ahí nomás la ramada que armaron los vecinos.

Como vinieron otras dos machi la gente comentó que era un rejuntadero de capacidades. Todas con su kultrún, hermosos trajes y en sus cabezas, plumas y cintas de colores.

Y más encima la música de las pifilcas, trutruucas y clarines alentaban que era un contento.

Así daba gusto de enfermarse para ser machi. Y eso que yo era casi una criatura.

Llegó el gran día, el señalado para mi consagración. Todos sentados en el suelo alrededor del rehue, hacían honores a la carne asada y al muday<sup>39</sup> hasta que mi madre tomó su kultrún y las otras machi la imitaron.

La música sonó más fuerte y se sentaron rodeándome. Y meta golpear los parches, cantaban sonajeando los cascabeles de sus pulseras de plata.

Hasta que mi madre se levantó y entró a hacer cantar su cuerpo, con pasitos cortos siguiendo la música.

Y ahí nomás sus compañeras la siguieron en su baile para Nguenechén. Y todos, ayudados por el vecinaje, se alentaron armando ronda gritada.

Cuando sacudieron las ramas mi madre, la machi mayor, me agarró la cabeza y la entró a zarandear de un lado para otro. Quedé llena de música y gritería.

Me perdí por rastros caminados por antiguas maestras machi que desde siempre los anduvieron y que siguen enseñando desde el Wenu Mapu. Lugares de luz y serenidad.

Doña Antonia y sus ayudantas me desnudaron, frotaron mi cuerpo con hojas purificantes y me chuparon el cuero para sacarme los males.

Volví del camino cuando me lavaron la cara con su saliva. Despertadora la saliva de machi.

Cuando estuve de nuevo en el rehue conté cosas que se me salían solas. Las conté cantando, acompañada del kultrún.

Agradecí que llegara el descanso.

Era el tiempo de la comentación acerca de la nueva machi.

-Parece que tendrá la fuerza del viento y el saber del río.

-Capaz que salga a su madre.

-No por nada es hija del lonco Pascual Loncón.

Después del canto me trajeron mi caballo. Era el gateado de mi peuma. Me lo había conseguido mi madre. Mucho empeño habían puesto en amansarlo. Sin embargo, era un contento su bellaqueo que paraba al acercarme.

¡Qué lindo su bellaqueo!

Me acompañó hasta su muerte. Después ya no quise tener otro. Respiré su aliento y lo besé, para que el animal también aprenda los secretos. Es que ya estaba siendo el caballo de una machi.

Después todas las machi fueron al bosque, a elegir el árbol que me acompañaría, mi árbol. Era un hermoso radial. Qué buena manera de elegir.

Ese radial fue mi árbol machi hasta que los huincas nos echaron del lugar, cuando nos fueron sacando la tierra. Pero yo lo sigo llevando dentro mío. Siempre siguió siendo mío. Desde ese momento en que lo abracé con todas las machi y que cantamos a su alrededor.

Por fin llegó el momento de balancearme en mi rehue. El Nguéicurrehuén.

En el lugar del encuentro con Nguenechén, yo encontré mi gente.

Más cerca del Wenu Mapu. Más cerca de los antiguos.

Ya ni sentía la música ni los gritos. Sólo los latidos de mi corazón y un olor a pasto mojado.

Cuando desperté del peuma estaba sobre una matra en el suelo.

Mi madre, la machi principal, sacó mi lengua con su pañuelo y le hizo un tajo en la punta. Después cortó su lengua, con su sangre mojó el cuchillo y la mezcló con la de mi herida.

Así me pasó el poder para enfrentar el huecufú y amigarme con Nguenechén.

El secretario del lonco sacó con una puñalada el corazón del cordero.

Las machi se lo pasaron entre ellas frotándoselo por la cara. Yo fuí la última.

Yo ya no fuí yo. La fuerza que me entró, me había anoticiado que toda mi vida sería para darme a mi gente.

Los miré y me sentí de ellos».

## ANIMALADAS

Perros puede ser que haya muchos, pero si de algo me puedo agrandar es de los que me mandó Nguenechén.

El Cilindro estaba recién llegado, pasando la avergüenza debajo de un banco, cuando llegó de visita el padre Valerio. Que solía andar con una pala en una mano y un librito en la otra. Pero un librito sin figuritas como el de la mamá.

El cura lo bautizó, nadie entiende bien por qué, con el nombre de Cilindro.

Cuando le pusimos queja por llamarlo así, nos contestó que no había por qué preocuparse, que se conocían nombres mucho peores, y si no que nos fijáramos en el almanaque de «La Insuperable», Ramos Generales. No sé muy bien lo de los ramos, porque no se veía ni un gajito en el dibujo, pero los nombres sí que no parecían de personas.

El Choroi estaba de siempre. Además tenía nombre de paraje. Por eso era perro muy parejo.

Decir que el Cilindro y el Choroi me ayudaban a pastorear, sería una agrandadez de mi parte.

En realidad, sobraba que la mamá me dijera que era el tiempo de los bichos, para que los dos salieran a las disparadas justo hacia donde habían rumbeado los lanares.

Y yo trataba de seguirlos como para disimular que era obediente con mi mamá .

Lo que más me costaba, cuando la tardecita pintaba linda, era volver a la ruca.

Porque ahí sí que le sacaba el jugo a mis perros más que chicha a la manzana.

Ya sea para corretear a una liebre, olfatear un hurón, jugar a la mancha o tirarle un palo para que me lo trajeran. En verdad, el que me traía siempre el palo era el Cilindro, porque la tarea del Choroi era molestar al Cilindro cuando éste me traía el palo.

Nunca se le hubiera ocurrido al Choroi agarrar el palo.

Se les notaba a los lanares que esas tardes de volver jugando los llenaban de felicidad.

Pero cuando los días se ponían jodidos, porque el agua se les ensañaba, o el viento los comprometía con los terrales que se levantaban, era cuando más se hacían sentir.

Los animales, resabiados, disparaban para cualquier lado, hasta que mis dos perros les señalaban cuál era el mejor camino.

Y a mí también me lo enseñaban.

Por eso yo siempre pensé que ellos nos pastoreaban a los lanares y a mí.

Pero no solamente eran alentados para el trabajo.

El Choroi era muy capacitado para el canto. Reconocido por todo el vecinaje.

Pero bien reconocido. Porque jamás se le ocurría cantar a la siesta, o a la tardecita, que no era oportuno.

El Choroi cantaba de lo lindo y de mañana, acompañando al gallo viejo que, dicho sea de paso, si no fuera por él no despertaba a nadie. Ni siquiera a las gallinas, porque tenía el ruido bastante gastado.

Por eso es que los vecinos le estaban reconocidos a mi perro.

La gracia del Cilindro no tenía nada que ver con el canto.

Se la enseñó mi papá antes de los problemas. Cuando tenía más tiempo y todavía habitacionaba en la ruca.

Se sabía que el papá era bastante compadrón con su montado. Le gustaba lucirse en las juntas.

No le alcanzaba llegar con el gateado caminando atravesado o haciéndolo espantar de a propósito.

Adornaba su entrada con la gracia del Cilindro que de un salto se quedaba en el anca.

En los tiempos que su agilidad le rendía mucho, era una lindura ver cómo se mantenía mi perro mientras el gateado corcoveaba con ganas de hacerle probar el suelo.

¡Se cagaba de risa el papá !

Lástima que yo no podía reírme porque le adivinaba el susto al Cilindro. El pobre lo hacía por cumplimiento con mi padre.

Después se fue ese tiempo.

Y llegó otro, donde algunos vecinos se entraron a reír del Cilindro porque caminaba como don Herminio, mi vecino acortado.

Pero se reían de brutalidad nomás, porque no conocían la historia.

El que en realidad estuvo más bruto fue mi papá .

Resulta que había vuelto de la estancia con ganas de comer tortilla con unos hongos morela que juntó por el camino.

Ni siquiera le avisó a la mamá del antojo que tenía.

Tenía que adivinarle la mamá , porque cada día se aparecía menos. Se nota que le iban dando cada vez más trabajo en la estancia. Cosas de ser caballisto importante.

Se fue derecho adonde las ponedoras, buscó por todos los nidos y no encontró huevo, ni para muestra.

Así, con hambre, recibió la mala noticia de la mamá :

« El Cilindro se cebó con los huevos de las batarazas».

Y papá cambió el hambre por calentura, agrandada por la mala toma que había agarrado en el camino desde la estancia.

Cosas de la sed que trae el polvo de las huellas, el mandoneo de los patrones y la soledad del puesto.

Enseguida manoteó el chicote trenzado.

El Choroi y yo los miramos solamente un poco. No me alcanzó el coraje cuando recordé mis propios ardores.

Encima la abuela no estaba para defenderlo. Ella no lo hubiera permitido.

Cansado de tanto odiar, revoleó los hongos morela, terminó el litro que traía empezado y se fue a dormir sin comer nada.

El Cilindro quedó boqueando en medio del patio.

El Choroi se le pegó con la lengua a sus heridas.

Como los perros saben mucho de esto, yo también hice lo mismo.

Fiero el gusto a dolor. Casi se nos gastó la lengua pero parece que valió la pena porque, a la larga, el Cilindro pudo abrir un poco los ojos y al menos largó un gemido muy áspero que no parecía de él.

Era un dolor muy guardado que no le reconocía.

Cuando el papá se levantó nos encontró a los tres juntos.

Los fantasmas de la toma se le habían ido. Se nota que quiso pedir perdón, pero no supo. Lástima, porque perdió el momento de alivianarse.

Preocupada llegó la abuela. Ya sabía lo que había pasado.

Lo primero que hizo fue consolarnos con una buena pasada de mano por la cabeza. Nos vino bien.

Después nos dijo:

«Para sanación de bicho, nadie mejor que doña Domitila, mi ayudanta más capacitada».

El paraje vecino no quedaba tan lejos cuando uno se sentía tranquilo, pero con perro jodido parecía no llegarse nunca.

Y eso que la abuela me preparó una mochilita especial de llevar perro que daba gusto, porque era superior a todas las que había conocido antes.

Me alentaba el saber, por las contadas del vecinaje, que doña Domitila tenía tremenda capacidad en la sanación de animales. Los mismos bichos le hacían reconocimiento arrimándose a su casa solitos cuando estaban jodidos.

Dicen que una vez cayó un león con la pata estropeada, y no sólo lo curó sino que le dio alojamiento por un tiempo.

De agradecido nomás, el animal le armó acuerdo y desde ahí le pastoreó los chivos. Doña Domitila juntó así una buena chivada.

Es bien raro un león que pastoree, pero parece que tiene la capacidad.

El Choroi también nos acompañó, por suerte, porque a la vuelta se me podía hacer difícil la orientación.

En realidad, yo estaba bastante desorientada por el nudo que tenía en la panza.

Al mejor estilo de la abuela, doña Domitila ni ocupó palabra.

Me hizo pasar y me dió asiento al lado del fogón.

El pobre Cilindro ya estaba bastante bien lavado con los salivazos míos y del Choroi.

Doña Domitila dijo:

- Cosa buena el jugo de boca para alentar contra golpes.

Yo pensé que eran buenas palabras para empezar una conversa.

Pero también fueron buenas palabras para terminarla, porque no abrió la boca ni para despedirse.

Para mí que el trabajo en calladez era el fuerte de doña Domitila.

Ahí lo hizo entrar al Choroi y le acercó su boca. Se mezclaron los dos alientos. Doña Domitila le inundó el cuerpo de aliento a bicho sano.

Después armó un cigarro con tres tipos de hojas secas que eligió de unas cajitas que estaban abajo de la cocina.

Y ahí nomás, lo encendió de una sola chupada bien profunda y mirando al cielo a través de su ventana.

Bien ubicada su ventana, que mira hacia donde nace el sol.

Y bien fuerte la humeada que le entró a echar en la boca y el hocico del Cilindro.

¡ Como para no despertar a perro maltratado !

Si hasta yo, que me había salvado de los golpes pero andaba con el espíritu por el suelo, empecé a espirituarme, me entró a bailotear el ánimo y me agarraron ganas de volar por los techos.

A la vuelta, el Cilindro pesaba mucho menos en mi mochilita especial de llevar perros. Y cuando llegué a la ruca dió sus primeros pasos.

Todos nos habíamos alivianado.

Pero no fue el único cambio.

El papá no pudo nunca más sostener la mirada chueca del Cilindro.

El vecinaje se lamentó del sucedido pero no se animaron a reclamarle al papá .

No era para menos, porque el Choroi, de puro comedido con su compañero, nunca más volvió a cantar por la mañana. Unos cuantos paisanos se entraron a levantar tarde y armaron recelo.

El gallo gris trató de arreglar la cosa con un canto medio ladrado, pero le salía como atorado con moco y ni se le escuchaba.

A mí me dieron ganas de echar el chicote trenzado para que le diera gusto a la sopa, pero la verdad es que no me rindió la temeridad.

Ahora sí, el cambio que más se hizo sentir fue el del Cilindro, que a partir de ese momento, ya por la chuequera, ya porque no le rendía la agilidad, o por un auténtico orgullo de perro, nunca más le adornó el anca al gateado del papá .

Pobre papá .

## LA NOTICIA

Casi sin darme cuenta, despacito, como pidiendo disculpa, la primavera comenzaba su entrada. Medio tímida nomás.

A veces llegaba y algo la asustaría, porque de nuevo se colaba el invierno con su nieve.

Eso sí, era mi tiempo de caminar y de correr por los cerros.

Si el día estaba bueno mejor. Y si no también.

Llegaban las pariciones y había que andar todo el día a la siga de los animales esperando que saquen las crías.

Caminar y caminar, rodeando para que no se alejen y vayan a parir lejos. Porque las madres solían dejarlas allí donde las parían y les negaban la teta.

Ahí tenía que estar yo, siguiendo la chiva con la chivita en brazos, dándosela una vez y otra hasta que la aceptara.

A veces las chivas grandes morían y a esos animalitos guachos los llevábamos a la ruca.

Si la visita médica dejaba leche se le daba a los bichitos con mi mamadera. Que la verdad, ya no ocupaba.

Muchas veces me pregunté cómo me trataría el doctor si se enteraba en qué ocupaba la leche del hospital.

¡Con lo receloso que era con su leche en polvo ! Ni que lo ordeñaran a él.

Claro que no era para tanto un paquete por mes.

De todos modos, yo trataba de comer lo que me daban, así él no maliciaba nada.

Cuando durante la parición se desmejoraba el tiempo había que meter los animalitos al galpón o a la casa. Y así y todo, muchos morían.

Tenía seis años cuando al terminar los trabajos de la parición me avisaron que iba a entrar a la escuela. Para que no me pasara lo de aquél chico del paraje de al lado, que parece que lo encerraron preso en una jaulita con un libro en la mano porque los padres no lo mandaron de escolar. Y salió recién cuando le recitó el libro entero a una maestra. Eso nos anotició don Raimundo, que fue el que hizo sonar este ruido en el paraje.

Jodido si me tocara lo mismo. Eso fue por ir contra la legalidad. Terrible la legalidad escolar.

El papá había largado el carnero unos días antes y sólo iban tres semanas de clase cuando ya no me ocuparon.

Culpa de este apuro a varios animalitos les ganó el temporal. Por un lado, me daban lástima los animalitos nuevos cuando les agarraba el frío, el agua y el viento. Pero entonces, casi seguro que el papá se aparecía por la casa.

A mí el papá me daba un cariño miedoso. Cuando se chupaba y me pegaba no lo quería. Me jodía no quererlo. A veces lo extrañaba, cuando estaba en la estancia.

La cosa es que ya estaba lista para ir a la escuela.

En la ruca no habían conocido escuela y todos estaban como en su primer día de clase.

Las sorpresas empezaron aquél día cebando mate. El papá me recibió el amargo, me miró de arriba abajo, acercó un banquito a la económica y él se puso a cebar.

Esto era como decir:

«Siéntese, mi hija, la que lee y escribe, la escolar. Déjeme cebar a mí, que siempre lo hace usted. No cebe hoy, que es casi una colegianta».

Si bien nada de esto dijo, así fue como yo lo sentí.

Al rato la mamá se fue a revisar su bolsa. Una bolsa en que una vez habían llegado unas anilinas mandadas a buscar a un pariente del pueblo.

Ese era el lugar especial de mi mamá . Ahí guardaba papeles muy importantes. Documentos, almanaques, el cartón de la visita médica y de las vacunas, su libro evangélico con el dibujo de los dos caminos y de los monitos tranquilos y de los alborotados.

Nunca imaginé lo que la mamá iba a sacar de su bolsa increíble aquella tarde.

¡ Una hermosa hebilla !

¡ Grande, con tres flores plásticas de color rojo !

Entonces supe que era muy importante ser colegianta.

Mientras tanto, la Julia me decía algo así como que hiciera todo bien, que Dios me iba a estar mirando el empeño.

Al rato, pasado el susto de que se fijaran tanto en mí, llegó el turno de la abuela.

«Es importante hacer hablar las letras, mi nieta. Pero no hay que olvidar de hacer hablar el espíritu».

Con la sonrisa más linda se acercó, me dio un beso y se fue a dormir.

Al clarear me puse mi hebilla y rumbeé para la escuela.

La mamá me fue a endilgar hasta la loma y me depositó en la senda más corta.

-Ahí viene Aimé, la de hebilla colorada-me decía yo misma.

-Ahí viene Aimé, la nieta de la machi.

-Ahí viene Aimé, la colegianta Aimé- me repetía.

Anduve la legua de senda que me llevó a la escuela. Estaba medio asustada. Una señora se me acercó.

-Hola, nenita, que tal, cómo te va. ¿ Cansada ? ¿ De dónde venís ? ¿ Lejos o acá cerquita ?

-...

-Vení, vení, vamos a conocer a tus compañeros. Vamos, no tengas vergüenza. Bueno, si tenés vergüenza no importa, ya te vas a integrar. Vamos, acercate. Bueno, si no querés no te acerques. Mi nombre es Cinthia y voy a ser tu maestra. ¿ Y el tuyo ?

-...

-¿ Cómo te llamás, querida ?

Me quedé muda por el resto del día.

Con esfuerzo, podría haber hablado, pero se me había olvidado hasta el nombre. Es que la señora era tan rara, con el pelo y la boca pintados, hablaba tan rápido y con palabras tan novedosas que nunca había escuchado. Encima me había mirado como mira el jote<sup>40</sup> al corderito muerto por el león.

Y que con toda la mirada que me había echado, no parecía haberse dado cuenta de mi hebilla nueva... con tres flores coloradas.

## EN LA ESCUELA

No era que la señorita Cinthia sea mala, sino que era rara.

Si la verdad es que ya no le tenía miedo, verdad también es que no me le acercaba mucho. Me daba más por quedarme conmigo. Esto le hizo caminar la preocupación a la pobre.

- Querida... No estés tan callada. Si no entendés algo, me preguntás nomás. Para eso estoy.

No lo decía de irrespetuosa. Después de todo, ella ni conocía a la abuela y a nuestro pino. Así que me alisé el pelo lo más que pude y en la sonrisa le dije que no todo se arregla con letras. Por algo me lo había dicho la abuela.

No sé como me salía, pero aprendí a formar en fila, tomando distancia y con las manos fuera de los bolsillos.

Para esto tuve mucha suerte. A mi saco la mamá le arrancó los dos bolsillos y se los cosió en los codos.

Había otras cosas que no me entraban en la cabeza. Como ser esos gritos que había que dar cuando girábamos en trencito.

O la cuestión de los colores cuando de golpe: ¡ simáforo !

Según parece, luz verde, permiso para caminar, luz roja, sujeta el tranco.

Esto de andar coloreando el tranco es cosa de mentos.

Pero algo debe haber que sea cierto nomás.

Hasta la mamá lo tenía muy en cuenta.

Porque el Nerio ni se le acercaba hasta que a ella se le ocurría ponerse la blusa verde de desujetar el tranco. Siempre que la abuela no estuviera.

Hay que ver lo brillante y lo potente de esa blusa.

Pero eso sí, bastaba que se la pusiera para que a la noche apareciera el Nerio haciéndose el disimulado. Y cuando clareaba se iba más disimulado todavía.

Entre disimulo y disimulo, le desordenaba a la mamá todas sus pilchas de dormir.

Me costaba entender cómo a la Cinthia, que había llegado pintada como para bailarse un loncomeo en el nguillatún, se le

había entrado a borrar la cara y a oscurecer los pelos en el medio de la cabeza.

Vista de arriba parecía una mosca amarilla, de esas que comen la carne.

Pero lo que menos entendía era su olor.

Ya de entrada nomás no olía a gente. Ni siquiera podía decirse que olía a humo.

Para mí eran los olores y colores de maestro nuevo. A veces me entraba la gana de pegarle una probadita, aunque sea un mordisco chiquito.

Sale el sol  
sale el sol  
por al lado de mi casa.

Voya ver  
voya ver  
la cir güela solitaria.

A las alumnas viejas sí les entendía la enseñanza.

Con la mirada nomás manejaban: ahora vamos a tomar la leche, ahora el almuerzo, a quedar callado que anda atravesada la maestra, principiemos a joder que se puede.

¡ Qué buenas mis compañistas !

Pero a la que encima le tocó la inteligencia, ésa era la Ignacia.

Era la que más rondas sabía. No se le olvidaba ni una parte.

Fue ella quién me agarró de la mano y me puso a dar vueltas en ronda por primera vez.

Que salga a bailar la rana  
vestida de marinero  
si no tenés dinero  
la cárida de acero.

Y con tanta vergüenza fui que me tuve que tapar la boca, me dejé llevar a la rueda y...

Sale el sol  
sale el sol...

En veces aprovechábamos los recreos para hacer ronda un poco y otro poco para ver al Raimundo, el maestro de huerta.

Buen maestro el Raimundo. Según la Ignacia, como no era huinca, para la escuela era un maestro prestado nomás.

Por eso no cobraba como la señorita Cinthia. Y tampoco se pintaba el pelo.

Pobre la señorita Cinthia, qué desconsuelo cada vez que cobraba en el pueblo. Las palizas que recibiría.

¿ Sería por eso que se despintaba cada vez más ?

Con tantas sacudidas no había polvo que aguantara.

Raimundo sí enseñaba clarito. No necesitaba ni guardapolvo blanco porque enseñaba lo nuestro. Y todo con plantitas.

Y eso que el guardapolvo blanco es una gran cosa.

Dicen que Santa Teresa

se comió una milanesa

y a las doce de la noche

le dolía la cabeza.

## LO DE ADENTRO Y LO DE AFUERA

Que el pañuelo colorado se lo había regalado el Nerio era bien sabido.

Ni le preocupaban las comentaciones a la mamá .

Al principio eran muchas. Sobre todo las de mala intención. Hasta yo en la escuela sentí un ruido malicioso.

«Cuando el Segundo se va la estancia y la abuela María anda con sus enfermos la Julia le da cobijo al Nerio».

En realidad, me jodía un poco. Pero como era cierto, prefería hacerme la distraída.

Eso sí, el pañuelo colorado era bien lindo.

A la abuela no hubo quién se animara a regalarle pañuelo para atropellar en la noche. Y menos quién tuviera coraje de robarla.

Problema y suerte de ser tanta mujer.

Ocupó hombre solamente para asegurarse hija. Así la gente del paraje tendría machi.

Claro, no se le hizo con la Julia, que le salió canuta.

Pero la sangre sigue. Y la sangre es muy importante para las cosas de machi.

A mí me parece que capaz a la abuela le hubiera gustado hombre, pero dónde iba a encontrar el que le hiciera comparancia a su padre, don Pascual Loncón.

La cuestión es que la mamá se hacía dos veces por día el viajecito hasta el embanque.

Me agarró el curioso. Después de todo yo era la encargada de los mandados en la ruca, que tanto.

Pero no eran para mandado los viajes de la Julia al embanque.

La seguí medio de lejos para que no se diera cuenta. La Julia se miraba en el agua acomodándose el pañuelo para un lado y para el otro.

¡ Bien presumida la mamá !

De a poco, los vecinos le entraron a mermar la confianza.

Para peor, las visitas del Nerio también le fueron mermando.

Ahí parece que la Julia le entró a desconfiar al poder del pañuelo colorado.

Entonces se animó a hacerle un encargo a don Juárez.

Importante el encargo, porque le pagó adelantado con media docena de gallinas ponedoras, de las batarazas para más.

La abuela le hizo cara fea a este negocio. No era cuestión de andar derrochando.

Nada bueno podía salir del engreimiento de la Julia. Y peor si entraban a mermar los huevos.

Y así nomás pasó. Al tiempito don Juárez se apareció por el paraje.

No faltó al cumplimiento del encargo de la mamá .

El cumplimiento vino envuelto en papel tipo caramelo. La mamá corrió hasta la ruca para abrirlo. Se nota que era encargo bien propio.

La cuestión es que ya la Julia dejó de ir dos veces por día hasta el embanque para acomodarse el pañuelo.

Para eso le había llegado su espejo encargado. De tamaño de cuaderno de escuela, con los costados colorados que hasta hacían juego con el famoso regalo del Nerio.

Y acá vino lo más jodido.

Parece que la mamá no quería prestar su espejo de arreglarse el pañuelo.

Así que lo colgó bien alto, donde solamente ella podía llegar. En el mismo rincón donde guardaba sus pilchas de dormir. Su rincón. Donde nadie la molestaba, al fondo de la ruca.

Bien lejos de la puerta, era el lugar más fresco en el verano, capaz que por lo oscuro.

El cumplimiento de borde colorado le empeoró la preocupación a la Julia. Era cosa del huecufú.

Cuando se le ponía a tiro al espejo, quedaba buscándose. De un lado y del otro. De más cerca y de más lejos. Pero no le aparecía pañuelo ni mirada. Sólo una sombra.

Creo que yo fuí la primera en darme cuenta que el espejo le robaba la luz de la mirada a la mamá . Es que se estaba pasando

el ojeo<sup>41</sup> ella misma. Y al llegarle la sombra se le entró a desustanciar el aliento.

Porque, por más que le hubiera pagado a don Juárez media docena de gallinas ponedoras batarazas, el cumplimiento la había jodido. Eso por no hacerle caso a la abuela.

Ella la dejó hacer un tiempo para que entendiera su mal. Yo también lo entendí. Ayudada por la visita que me hizo en un sueño una veterana que me aclaró la situación.

¡ Qué feliz se puso la abuela María al saber que su mamá, doña Antonia, me andaba visitando ! Que se sumó a mi alegría de saber que podía recibirla.

« No te preocupés, Aimé. Estas son cosas de la vida y del amor y a la Julia le vamos a mostrar el camino. Como te lo mostramos a vos».

Y así fue nomás. Primero la mamá se vino abajo como corderito guacho.

Casi ni comía, andaba como sombra, cuando andaba. Porque se la pasaba en su rincón.

Una mañana encaró la letrina, y el pañuelo se le enganchó en la puerta.

Ahí se dio cuenta que ya no era lo que había sido. Nada quedaba de su color.

Para peor, cuando quiso desengancharlo se le hizo flecos.

Se pasó las manos por el pelo. Lo halló como fogón abandonado.

Es que se le había desacostumbrado a la luz de tanto que lo tenía debajo de su pañuelo.

Entonces fue que precisó llorar. Se escondió en su rincón.

Le salió un llanto rinconero. De primera oscuro y espeso. Se me hacía que sería más amargo que hambre de veterano.

Nos llegó la noche y la lagrimeada no le mermó. Eso sí, se le fue aclarando de a poco. Cada vez más suave y luminosa.

Llegó la vida al rincón de la Julia.

La abuela se apareció con dos manzanas. Una era verde muy brillante con cáscara parejita. Daba hambre el sólo verla.

La otra estaba manchada y hasta con algunos machucones.

« Pruebe, mi hija. La que guste».

La Julia eligió la más linda. Le arrancó un pedazo grande. La hediondez se le reflejó en el semblante. Tenía brujería la manzana.

Escupió la mascada bien lejos. No se achicó.

Con la mano se sacó lo que quedaba de la boca. Y con firmeza le clavó el diente a la manzana machucada. Y ahí el semblante se le llenó de dulzor.

Ni la semilla quedó de la manzana.

La abuela le puso la mano en su pelo ahora reluciente y le dijo despacito:

« El adentro es lo que vale».

El brillo volvió a la mirada de la Julia.

## LOS RECREOS DEL PARAJE

Ya me empezaban a gustar las cosas escolares. De a poquito y más por sospecha que por conocimiento.

Dentro del aula mucho no entendía. Pero la Cinthia hablaba divertido y el mirarla era una novedad que no terminaba nunca.

Y no solamente yo pensaba esto.

Hasta la Eusebia, que con la Aurora eran de las más calladas, comentaba el modo de tranquear de la maestra y no faltó alguna vez que la remedara.

¡Lo que es ser buena maestra!

También los recreos me gustaban. Aunque siempre con la Eusebia éramos las últimas en salir, todos le pegábamos una disparada para el lado de la puerta cuando la Cinthia golpeaba las manos.

Se diría que sus golpeadas de manos eran muy reconocidas por el coltraje. Aplaudidora la maestra.

A veces los recreos duraban bastante, para nuestro contento.

Sobre todo cuando la Cinthia se metía en su pieza a pintarse un rato, o cuando se ponía a tomar un café en la cocina, pero siempre con taza de maestro.

Porque había sido que la taza de maestro era especial para café.

En las tazas coltreras sólo entraba el mate cocido, por suerte bastante azucarado y mezclado con leche en polvo que a mi tío Julio, el portero, le salían con puros concones. Para mi gusto así era más rico. Porque al final era como tener la leche quieta y masticable.

Pero no era así para el gusto del Ignacio Cheuquepán, que siempre fue un coltro bastante delicado. Tanto que cuando escupía los concones lo hacía siempre de costado y para arriba. Sin mancharse la ropa y volteando apenas la cabeza.

¿ Será por eso que le decían el Pollo ?

Eso sí, cuando el tío Julio hacía la preparancia de leche a

las apuradas, alrededor del delicado quedaba el desparramo de concones<sup>42</sup>.

Como ya decía, los recreos de pintura de la Cinthia eran bien largos, por eso nos rendían bastantito.

Hacíamos tres rondas distintas, dos manchas lenteja, un partido de pelota a unos cuantos goles por lado y nos corríamos al arroyo a tirar toscas. Y encima nos sobraba tiempo para aburrirnos. Eso sí, nunca dejábamos de reconocerle a la Cinthia su empeño en armarnos un buen recreo.

Pero los recreos que sí duraban lindo, casi todo el día, era cuando venían los del hospital del pueblo. Siempre el primer martes de cada mes.

Ese era un día muy especial y no sólo porque nos capacitábamos en ronda, mancha y pelota.

Ya desde tempranito iban apareciendo los vecinos más cercanos.

Enseguidita nomás se armaban algún fogoncito debajo de los sauces del arroyo. Allí se juntaban los hombres del paraje. No faltaba nunca el fuego que hacía don Estanislao, el padre de Eusebia, con neneos<sup>43</sup> medio verdes y en lo alto del montecito.

Con la humeada avisadora anoticiaba a todo el paraje que era día de visita médica. Puede que parezca al pedo, porque para eso era primer martes. Pero no faltaba la despistada que se le olvidaba, y cuando veía el humo peinaba a las disparadas al coltraje para que no se quedaran afuera del reparto de la leche doctoral. Que es una leche de lo más saludable que hay. Por eso, para emparejarle la atención, saludábamos a los del hospital que era un contento. Y después de la avisada don Estanislao se corría con algún otro comedido hasta el entierro del huellón para ayudar a los sanitarios a acercar a la escuela la caja de remedios, las de leche en polvo y la balanza para los chicos.

Importante conocer el peso de los chicos, por si a alguno le bajaba el hambre. Y ahí el doctor saludable le encajaba al bajoneado alguna cajita de leche de más, como para que no se olvide de recuperar.

La camioneta del hospital sólo se animaba a llegar hasta el entierro del huellón. Se podía decir que era una camioneta bastante delicada.

Entretanto, todos los hombres se arrinconaban en el fogoncito de la costa del arroyo a conversar y tomar mate.

Porque es sabido que los hombres van a la visita médica para conversar y tomar mate. No se ha visto ni se verá que sea necesario un achaque para la charla con los vecinos.

Para hablar con el doctor estaban las mujeres y los coltros a los que ni se les ocurría acercarse al fogón. Entonces hacían la junta cerca del aula donde atendía el saludable y el agente sanitario, que sabían muchas cosas, siempre y cuando no sean daño ni mal de ojo que para eso no están capacitados.

La cuestión era que la junta de mujeres y chicos se hacía afuera del aula. Mientras que no lloviera ni nevara ni hiciera frío.

En fin, muchas veces la junta de mujeres y chicos se entreveraba con la consulta del doctor. Lo que solía ser bastante divertido. Es que era un contento el rejunte de chicos llorando, meando y cagando, mujeres hablando, gritando y limpiando, cuando no mechoneando a algún crío, el doctor metiendo la corneta de madera de escuchar a los chicos dentro de la panza de las preñadas que ni sé qué escucharía, tratando, eso sí, de ser respetuoso.

Pero el que más se repartía era don Roberto, el sanitario. Alumbrando bocas, desparramando vacunas y pesando chicos.

Menos mal que los hombres no salían de la costa del arroyo porque de seguro el Aurelio Quilapán, conocido por su delicadeza, hubiera hecho problema con las manoseadas que el médico le pegaba a la panza de la Francisca, que se pasaba la vida encargando chicos. Se nota que le gustaba la visita médica.

Por fin fuí de los coltros que el día de visita médica se iban a jugar a la costa del arroyo Siete Venas. Por que era cosa de los más chicos quedarse pollereando con las mujeres.

Encima casi siempre ligaban algunas mechoneadas de los grandes y alguna vacuna de don Roberto, que risa de aquí, cuento por allá, torta frita por el otro, pero la vacuna no la perdonaba. Vacunador el hombre.

Acostumbrado a sobarle la oreja a las mujeres. No distinguía muchacha de veterana para decirle cosas.

Una vez apareció don Lucindo Ancafil, que vivía solo y

lejos. El médico recomendó su internación, pero el paisano no quiso saber nada de ir al hospital del pueblo. Es que ahí le habían carneado al primo. Y como prueba de delicadeza doctoral, le quedó tamaño costurón en la barriga.

¡Como para entregarse!

Al doctor no le quedó otra que sonreírle mucho a la Cinthia, y medio de prepo y medio de pedido le dejó al veterano alojado en el aula de la escuela. Encima la maestra quedó en la responsabilidad de darle los remedios.

Los compañistos me insistieron en que lo ayude. Ni falta que hizo, porque en una vuelta por el arroyo me tropecé con unas matas de llantén que me pidieron que las usara para Don Lucindo.

El paisano a los pocos días ya estaba recuperado. Pero mientras tanto se entretuvo bastante y hasta iba al recreo con nosotros.

Eso sí, no se le dió por jugar a la mancha lenteja.

Al segundo día pidió lápiz y cuando se fue, ya manejaba palotes y sacaba la firma parejita.

Contento volvió a su ruca por no tener que firmar más las notas al ruego y poder hacerlo por su propio valor.

Lástima que no tuvo ninguna recaída porque si no seguro que aprendía a hacer trabajar los números y la ronda de Santa Teresa.

Otra vuelta, sin embargo, el médico vino con apuro. Y para más, se le había juntado mucho paisanaje.

Fue ahí que nos sorprendió:

- En esta fila los que les duele la cabeza, y en esta otra los que les duele la panza.

Doña Visitación se tuvo que ir por que tenía problema en la espalda y no había fila para su dolencia.

Doña Ernesta, un poco confundida porque lo que a ella le dolía era la muela, se decidió por la fila de los que le dolía la cabeza. No sabía si ahí era su lugar pero pudo seguir conversando con su vecina doña Evarista que era bien legítima de esa fila.

Al Juancito Huayquifil que se había cortado abajo del ojo con un alambre nuevo, por suerte lo atendió don Roberto, que tenía menos ciencia pero más tiempo.

Capacitado el doctor, porque le dio pastilla a los de la fila del dolor de cabeza y gotitas a los de la fila del dolor de panza. No era cosa de confundirse. Ni necesitó revisar ni hablar con nadie. Le escuché al Roberto que, sin perder el retobo, se admiraba del ojo clínico. Que según parece no es igual al Ojo que Mira ni al mal de ojo.

No quiero ni pensar lo que hubiera ocurrido si alguno se tomaba el remedio confundido. Seguro que le hubiera entrado a dar hambre al pensamiento y las tripas meta largar números en vez de churretera.

Y enseguidita no más cargaron las cajas y la camioneta rumbeó buscando el pueblo.

Los hombres siguieron con su fogoncito, las mujeres y los coltros chicos en su junta cerca del aula y los coltros jugando a la pelota al lado del arroyo.

Se me acercó la Ignacia:

- Toda la gente viene a la visita del hospital. Pero cuando se enferman, a la que le piden es a la abuela María.

No sé por qué se hizo problema, si después de todo el dueño de la cura es siempre el mismo.

## JUNTA DE HOMBRES

Mamá había estado trajinando en la huerta. El verano nos venía maltratando y se pegó una asoleada. Se quedó en la casa, seguro que rezándole al Ojo.

La abuela estaba ausente, atendiendo a doña Ermelinda Licán en otra de sus pariciones.

Los días anteriores estuvo de rogativa, porque el chico venía atravesado. Acomodarle la panza, que le dicen. No había como la rogativa para ayudar a desatrasar la parición.

Con una mirada de la abuela, el esposo de doña Ermelinda, supo que tenía que ayudar con un awin<sup>44</sup> en la Pampita de la Vutarda<sup>45</sup>. Y ahí nomás, le encajó la pelera sudada en la panza de Doña Ermelinda, para con el calorcito ir llamando a su hijo.

Por eso en la nohecita el papá tuvo que cargar conmigo en su salida para hombres solos. No le quedó otra, con la Julia en la cama y la abuela desatrasando pariciones.

Era como estrenar alpargata la emoción que tenía.

Medio atragantada por la inquietud y al tranquito de su caballo salimos esa tardecita.

Así fue que llegamos a lo de don Lucindo Ancafil.

Al veterano los hijos se le fueron yendo. De a poco y bien lejos. Dos llegaron a Neuquén. Y la mayor hasta Buenos Aires. Tremendo de grande el pueblo, según los dichos. De mucama había llegado. Juntada con un cabo de policía, tuvo chicos y casa. Y hasta había mandado una foto de colores donde aparecían todos con un animal raro. Que se sacó en un lugar donde se juntan muchos animales raros. Ni me imagino lo jodido de pastorear todos esos bichos. Eso sí, les debe rendir bastante para el consumo, porque había uno que ni cabía en la foto.

La cosa es que don Lucindo se fue quedando solo, más después que murió su patrona, doña Hilaria Millañanco. Pero la soledad era de familia nomás. Su ruca era bien convidadora. Por eso se le juntaban los paisanos todos los domingos por la tarde.

Junta de hombres. Para fumar, tomar unos amargos, probar algunos tiros con la taba. Pero, sobre todo, para conversar.

Siempre me curioseó que las juntas de hombres fueran tan solamente de hombres. Capaz que para que las mujeres no se anoticiaran de que también a los hombres se les da por chismosear.

Lo cierto es que esa tarde me sentí feliz por compartir un encuentro, trahún que le dicen.

De todos modos nadie se dio demasiado por enterado de mi presencia. Y por mi parte, yo me quedé quietita. Para ayudar a mi vergüenza.

Se hizo noche bien oscura. Alrededor del fogón, el mate pasaba y pasaba, y las contadas también. El churrasco acompañaba las vueltas.

Cuando a don Beño se le dio por hablar, la atención nos sujetó. Todos sabíamos de la fuerza de la cabeza alada que salía a volar por la noche para hacer brujería.

« Mi padre me habló que un amigo suyo a la madrugada escuchó al chonchón<sup>46</sup>. De a poco se le entraron a morir los animales. Primero fue el tostado, renombrado parejero. Quedó hociqueando como queriendo comerse la tierra. Después le tocó a los perros de la casa. No quedó uno ni para ladrar a las visitas. Murieron con los ojos llenos de susto. No era para menos. Ya se sabía que de los lanares no iba a quedar ni uno. Pero lo que jodió más, fue cuando la mujer se le trastornó. La mente se le desustanció y el cuerpo le quedó tullido. Ni siquiera le llegó la muerte como para aligerarle el dolor».

Fue recién ahí que alguno que otro de los hombres solos se permitieron una aflojada. A don Eusebio se le dio por levantarse el sombrero y rascarse la pelada. Don Marcos se atusó el bigote. Lucidor el bigote de don Marcos.

Don Perfidio fue el que más me sacudió la admiración, porque se le dió por dejarse el culo bien rascado. Como para que le dure bastante la aliviada.

Y al ratito la remató don Lucindo:

«Pero, si alguno encuentra el cuerpo descabezado, y se anima a darlo vuelta, es otro el cantar. Ahí la cabeza se le pega al revés. Y entonces al brujo no le queda otra que morir. Y si fuera bruja, hay que armarse de coraje, y encamarse con el cuerpo sólo, mientras la cabeza anda trajinando. Ahí queda seca la bruja. Eso sí, jodido para que se le pare a uno. Porque la impresión endurece el espíritu pero le afloja el cuerpo».

Siguieron las contadas hasta entrada la noche.

Contadas que hablaban del culebrón<sup>47</sup> y los precios de sangre que cobraba a sus dueños. O del cuero del agua<sup>48</sup> que atrapaba animales y personas en las costas de ríos y lagos. Del duende Anchimallén<sup>49</sup>, que sale de la tumba donde hay enterrado un niño.

Fue el lonco don Realizado el que de repente escuchó el grito de un chonchón.

Ahí nomás todos nos alertamos.

Por suerte, alguien comentó que no creía que lo fuera, porque sólo chilla de madrugada. Y también por suerte, todos estuvieron de acuerdo.

Además estaba la cabeza de caballo en el techo del rancho. Contra muy estimada por los paisanos para que el huecufú no haga daño.

Rato después, y de a poco, aparecieron otros modos de contrear al chonchón.

Por ejemplo, cuando se lo escucha, invitarlo a tomar mate al otro día. Y si aparece alguien, esa es la persona bruja.

O si no cantarle: «Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana».

Y ya bien tarde, llegó el momento de irse. Y de nuevo don Lucindo quedaría sólo con sus recuerdos.

Me agarró un poco de lástima por no poder acompañarlo aunque fuera un rato más. Como me decían la abuela y el pino, Nguenechén es el que cura, y uno lo más que hace es acompañar a los que lo necesitan.

Durante el viaje de regreso, ni siquiera el venir pegadita al papá y acompañada más encima por el Cilindro y el Choroi me hicieron pasar el miedo que tenía, aunque ya estaba aprendiendo a sujetarlo. Para eso era la nieta de mi abuela.

Y me recordé el consejo de don Beño Calfinahuel. Que tuviera siempre a mano alguna tijera para espantar el huecufú. Y que también me iba a servir, escondida debajo del cuerito del banco de las visitas, para entrapar a alguna persona bruja que se llegara con mala intención. Ahí se quedaría pegada hasta que una machi lo quisiera. Total, una vez descubierta, a la mierda con su poder, y el culebrón se la come.

## EL DESPINTE

Yéndose el verano ya comprendía la gran cosa que era ser una colegianta.

No podía decir que me había costado tanto trabajo, y sin embargo ahí estaba. Contenta de haberme aprendido de memoria todas las rondas que se cantaban en la escuela. Todas las canciones y los juegos.

La escondida, la pelota, la mancha lenteja. Esa que hay que correr bien despacito y los apurados pierden.

De tan aprendida que era, cuando las jefas elegían, siempre me sacaban primera de entre las petisas.

Cuando se lo contaba a la abuela, arrancaba con una risa larga, y metía un montón de ruidos acomodando el cuerpo a la garganta.

¡Qué lindo que sonaba la abuela con esos ruidos tan de adentro suyo!

Al principio la señorita Cinthia se me acercaba, me hablaba raro y me metía caricias.

Yo me quedaba trancada de tantas cosas juntas.

Al tiempo, me le empecé a arrimar un poco, no porque quisiera que arranque con sus cosas.

Pasaba que la entramos a ver tan rara... El despinte la había atacado de lo más áspero.

Tanto que la Eusebia, que a veces ni se recordaba de ir al recreo, se le había ocurrido de preguntar qué le pasaba a «la de la Cinta»...

Hasta que una mañana, con los primeros fríos, vino la novedad.

La señorita Cinthia había desaparecido. De recuerdo nos había dejado los zapatos especiales, más puntudos que pico de avutarda y levantados atrás con un palito. Los que lució cuando se nos cayó la inspectora. Seguro que la visitanta quedó tan admirada como nosotros de que ni siquiera se tropezara. Eso sí, caminaba como guanaco en piedrero la pobre.

El cartel simáforo que nos hiciera pintar estaba tirado por el suelo.

Daba lástima, con lo que peludeamos en su momento.

El color de sujete el tranco se confundía con el de desujete. Y el nuevo, misturado, parecía decirnos: agarre por donde pueda.

Los coltros vecinos de la ruta comentaron que el domingo vino una camioneta a buscarla.

Otro grupo aseguraba que tuvo que irse por falta de hombre. Tan bruta la pobrecita que ni se anotició de las pasadas que le hacía el Benjasmín con el padrillo. Y eso que no lo sacaba por cualquier cosa. Capaz que le tenía miedo al padrillo.

Yo también me asusté la primera vez que el Nerio la ocupó a la mamá. Pero cuando la semblanteé al otro día, se me pasó enseguida el cagazo. A veces las alegrías se abren paso asustando.

La Ignacia secreteando a los gritos nos dejó saber que en realidad la señorita Cinthia desapareció, de puro despintada que se fue quedando.

«Caballito blanco

llévame de aquí,

llévame hasta el pueblo

donde yo nací».

## PIÑONEADA

Ubicada la Cinthia para desaparecer. Justo en la época de piñonear, cuando los coltros somos muy necesitados por los mayores. Y no por flojos. Es que no había como nosotros para la cosecha. Porque el piñón siempre fue asunto de coltro, por eso nos llevábamos de lo más lindo.

Año tras año, íbamos al mismo lugar. Cerca nuestro armaban su ramada los Huaiquifiles para el lado de abajo y los Ñancucho para el lado de arriba.

¡Unos y otros eran tantos...! De hijos nomás pasaban bien largo la docena los dos. Y yo siempre tan sóla.

Juntaba el piñón y de lejos sentía el trajinar de mis vecinos.

¡Cómo les rendía...! Seguro que mamá no tuvo en cuenta la piñoneada cuando se le dió por no tener más coltros.

La abuela María ya no se ocupaba de estos trabajos. Tenía fuerza, pero por más machi que fuera, las coyunturas se le habían puesto duras, y la agilidad ya no le rendía tanto. Lo que nunca le mermaban eran la sonrisa y el pensamiento.

Antes de salir me llevó a nuestro pino.

«Este pino es nuestra ruca. Aquí nos seguiremos encontrando cuando mis huesos ya no anden por encima de la tierra. Y seguir siendo nuestra voz cuando necesitemos hablarnos. Este pino, Aimé, es nuestro lugar».

Yo la escuchaba. Muda.

¡Qué otra cosa podía hacer cuando hablaba así la abuela!

«La gente de la tierra cuida el pehuén, el pino de Nguenechén. Cuando comás un piñón, es porque El te invita. Sea la primer cabeza, verde y dulcesita. O la hervida o tostada. También la molida y hecha harina. Lo comás en el pan o en la torta, o como chichoca<sup>50</sup> en el guiso.

Y cuando en invierno la nieve tape la ruca, y tu padre desentierre el piñón que guardó en su momento justo, agradecele al Gran Padre su delicadeza. Agradecéle siendo de alma buena y de buena memoria».

## LOS PINOS DEL HUECUFU

Cerca de nuestro puesto de piñonear pasaba el alambre que rodeaba el Ranch del Fridan.

El alambre sería de él, pero la tierra es de Nguenechén, qué joder. Pobre el Fridan, que tenía que ponerle alambre a la tierra para que no se le escapara. Ni se daba cuenta que si a la tierra se le antojaba dispararse se le iba a ir lo mismo.

Parecilito al agua que viene y va, de arriba abajo y para donde quiera.

Lo que pasa es que el Fridan no tenía el alcance del mapuche.

Encima ni se dio cuenta cuando cortó los pehuenes que nos ofrecen piñones año a año, bien cargados de cabeza y de flores. Y en su lugar plantó unos pinitos que daban pena de sólo mirarlos. Con hojitas largas y todos en fila como hormigas.

Y para peor, prepotentes los pinitos gringos, porque los correteaban a los yuyitos nuestros. Por eso ninguno se les acercaba.

Y todo porque crecían más rápido. Medio confundido el pobre rico. Tan apurado para algunas cosas. Tendría tan poco tiempo, que a veces hasta se le pasaba de pagarle a sus peones y puesteros.

Ocupaba la vida juntando cosas sin suerte.

Cuando yo era más chica le conocí camioneta plateada del color del viento. A mí me había parecido camioneta fuerte y ligera, para eso era plateada.

Y así era nomás. Porque el hombre llegó una vez hasta el huellón buscando alambradores y salió con su camioneta cargada con un pedazo grande de la gente del paraje. Tranquilito la sacó como si anduviera en lo parejo.

¡Camioneta plateada tenía que ser!

Pero parece que ni siquiera así le resultó rendidora al gringo.

Porque al otro año tuvo que conseguirse otra camioneta. Para peor se la dieron amarilla. Pero no el amarillo del sol, ese

amarillo dorado que da gusto. Era un amarillo cagadera de esos que dan disgusto.

Le habrán visto la cara al gringo. O el culo, digo yo.

Le cambiaron la plateada por una de mierda y con churretera encima.

Con el tiempo me fui enterando que el pobre Fridan siguió cambiando y cambiando camioneta. Y tan mal le fue que tuvo que conseguirse de a dos y de a tres por vez.

Digo yo, se habrá avivado que le iba a ir mejor si las ponía de a dos, como yunta de catango. Porque hasta los gringos se avivan de algunas cosas, a veces.

El Fridan parece que no tuvo una señorita que le enseñara cosas. Aunque sea despintada. Y eso que anduvo siempre cambiando señoritas pintadas. Pero no debían saber de letras.

También en esto tuvo mala suerte. No se le quedaba ninguna al lado. Se le pegaban pura señoritas mal enseñadas o mal aprendidas. Eso que parecían bien entretenidas.

Pero por ahí, como siempre solía andar en pedo, ni se daba cuenta de lo que pasaba. Eso porque los pedos que se agarraba no eran como los pedos de paisano. No eran de mudai ni de vino.

Pedos aburridos los del Fridan. Porque ni siquiera se aparecía por la fiesta.

Los que lo conocían decían que se largaba a chupar solito y medio de obligado nomás. Para peor pura bebida blanca. Eso sí, desde bien temprano.

Por suerte para mí pude tener una abuela por demás capacitada que me enseñó las cosas de la vida. Y más encima pude ir a la escuela y aprender las cosas enletradas, como debe ser.

Siempre me admiré de que el gringo Fridan no pudiera tener un rancho como cualquier paisano de los nuestros. Un rancho completo, con todas las letras.

Apenas le daba para tener un Ranch. Yo no lo conocí por adentro pero no me costaba imaginar lo jodido que sería vivir en ese rancho sin completar.

Alguien le había contado a la Ignacia Linares que el Ranch tenía los techos bien altos y adentro estaban los suelos uno arriba

del otro. Amontonados como bosta de cahuel. Y al pedo nomás, porque el Ranch era tremendo de grande. Pero sólo vivía el gringo, alguna de las señoritas pintadas, y dos o tres empleados.

Porque él no se valía ni para picar un palo de leña.

Siempre me ilusioné que el pobre gringo pudiera armarse de familia y no siguiera tan solo.

Aunque sea para completar las letras de un rancho.

Pobre gringo.

## LA VUELTA DE CRISPÍN MARILUÁN

Casi ni paramos la ronda cuando lo vimos cruzar. Ni siquiera dejamos de reírnos.

Nos preguntamos quién sería, y hasta algún compañisto lo saludó. A Raimundo, el maestro prestado, se le enserió el semblante al reconocerlo y hasta paró la picada de leña.

No faltó el coltro atrevido que preguntó quién era.

Raimundo cerró los ojos, mirando para el ayer.

- Llegó Crispín Mariluan.

Ahí sí nos pusimos serios. ¿Quién no había escuchado la historia?

Su andar era raro, casi pueblero. No traía pilcha de paisano.

Y aunque pasó lejos sentimos que el miedo nos había ganado.

Crispín tuvo que matar a Herminio Treupil, su compadre y vecino del paraje. Hace ya muchos años, antes de que yo naciera.

Los dos ocupaban el Puesto del Mallín del Tubo en la estancia del Fridan. Ahí mismo, al propio Crispín se le había roto el tubo de su lámpara de kerosene recién traída por don Juárez.

Sus familias fiesteaban juntas cuando podían. No les solía faltar algún consumo para poner en el asador cuando bajaban del puesto una vez al mes.

Mala la idea del Fridan de probarlo al Herminio para capataz.

Dicen que hasta Crispín al comienzo se puso contento por su amigo.

Pero resultó que al Herminio le quedaba más grande la vaina que el cuchillo. Y se le dió por andar haciendo lucimiento de su cargo, a pesar de que todo el mundo sabía que estaba a prueba.

Crispín esa tarde posteaba duro cuando se aparecieron el capataz iniciado y el Fridan en sus montados. Trabajo delicado la tirada de líneas de alambre nuevo.

El Herminio andaba ensoberbiado al lado del patrón. Ahora el aprendiz de capataz también se hacía respetar desde lejos y a los gritos.

- Andás flojo, Crispín. Parece que el sueldo te anduviera sobrando.

Crispín salió del pozo, que en realidad iba bastante despacio porque había pura tosca. Se sacó la boina colorada y le sacudió la tierra. Buscó un poco de paciencia que no encontró, le buscó la mirada al Herminio y le soltó un gargajo, agregando:

- Floja será tu madre.

Nada lerdo, el Herminio le tiró el montado encima. Crispín pudo manotearlo y cuando venía cayendo lo cruzó con su cuchillo en la barriga.

Las tripas se le tiraron a desparramar, pero el hombre se las re juntó como pudo, miró a su amigo en despedida y cayó.

Crispín ni buscó pilchas cuando se fue a entregar. No quería darle molestia a la autoridad. Pero ni tuvieron en cuenta su delicadeza. Lo encerraron muchos años.

Su mujer lo visitó una sola vez, para pedirle que pusiera el dedo en las papeletas de los hijos. Le anotició que era para pasar la gendarmería. Un chileno, conocido como Pata de Flan, se había comprometido a sostenerla con críos y todo si lo acompañaba.

Quién sabe qué lo traería a Crispín al paraje, si ya no tenía ruca, ni mujer, ni críos.

Capaz que tenía prometida alguna muerte.

Raimundo nos convidó a volver a la casa. Es que quedamos muy alborotados. En la huella nos dimos cuenta de que no queríamos separarnos. El miedo no es zonzó.

Cinco éramos los compañistos que agarrábamos por atrás del Cerro Negro. La Aurora se agitó toda cuando lo vio volver, y detrás de ella todos salimos disparados buscando los neneos<sup>51</sup> más altos para escondernos.

Es que el Crispín venía de vuelta por una huella que lo traía derecho a nosotros.

Desde atrás de las yuyos lo vimos acercarse. Nos sentíamos las respiraciones coltreras y el olor a cazago no tardó en salir.

Se nota que a alguno de los compañistos se le escapó el miedo por atrás.

Cuando casi lo teníamos encima era difícil sujetar el corazón.

El hombre miraba sólo hacia adelante. Traía la frente alta.

Yo sí sabía que nos había visto. Por eso me levanté de entre las matas, mientras mis compañistos me miraban asombrados de tamaña temeridad. El Crispín se paró, dió vuelta despacio y me saludó con su boina colorada, que esta vez no tenía tierra.

Ahí descubrí que el Crispín Mariluán tenía ojos buenos.

Llegué a la ruca a las corridas, con ganas de curiosear.

¡Qué suerte tener vecina alentada para las noticias, buenas o malas!

Ya doña Visitación Treupan le estaba contando a la mamá la novedad. Mientras yo sólo lo había podido cruzar en la huella mi famosa vecina ya conocía su llegada, los trámites en que había andado y porqué se estaba yendo.

- El pobre hombre estuvo preso un montón de tiempo. Pero parece que el peor encierro estaba dentro de él. Porque eso de matar a un amigo es cosa muy jodida en la mentalidad. Capaz que le creció la culpa entre cuero y carne.

- Capaz nomás...

- Porque se fue derecho a la estancia de su antiguo patrón. El pobre Fridan seguro que se cagó todo. Por eso, cuando el Crispín le reclamó la quincena que le debía antes de desgraciarse, se la pagó corriendo. Hasta con plata de ahora.

¡Y parece que le liquidó el mes completo!

La mamá se admiró con el semblante de la generosidad del Fridan, y doña Visitación siguió anoticiando:

- Y entonces se vino para el paraje. La viuda del Herminio ni se mosqueó cuando lo vio llegar y besar a su ahijado. Recibió el sobre con la mensualidad y unos pesitos más que había podido juntar el recién llegado en sus años de presitud. Y ahí fue que alcanzó a escuchar su pedido de perdón. La mujer le pasó la mano, y entonces el Crispín pegó la vuelta.

## EL ALAMBRE CAMINADOR

Las cosas asustadoras siempre anduvieron por todos lados. Según los paisanos hay pagos donde meten susto los rezos de los curas, otros donde las jodidas son las letras del juez de paz y en otros los antojos de los maestros.

En nuestro paraje lo que de verdad siempre metió susto fueron los dibujos de los comisionados de tierras.

Llegaban en unos papeles muy malintencionados. Los Tierra le metían al lápiz y de ahí salían alambrados como yuyo malo. La estancia se nos venía encima o algún ñirantal<sup>52</sup> se nos perdía para siempre. Como si a los yuyos del campo no les costara su buen tiempo levantarse. Para que tengan los animalitos.

¡La cosa es que los dibujos nos pegaban cada atropellada!

Pobre los Tierra que quedaban mal parados delante de nosotros.

Culpa de lo malintencionados que les salían las rayadas, no nos quedaban ni ganas de convidarles algún asadito o invitarlos a unos mates.

Y eso que se gastaban bastante. Ya sea ofreciendo cambio a don Perfidio Huayquifil de damajuana por chivo, o a la mamá misma que una vez le valoraron un matrón y le ofertaron pelo a pelo una foto de Perón y Evita en colores. Bien grande la foto pero no tanto como el matrón.

La mamá no la dejó pasar, aunque a los Tierra los tenía mal semblanteados. Quedó brillando la foto en la pared de la ruca. Hasta que a Perón se le ahumó el gorro blanco. Un gorro raro, de milico huinca. Lo que nunca pudo ahumarse fue la sonrisa de Evita, que le solía hacer sombra hasta al mismo candil de la Julia.

Pero no sólo los dibujos de los Tierra eran impresionantes.

Porque algunos días antes de su aparición en el paraje llegaban a la escuela unos carteles anunciadores. Venían enrollados, para disimular, y con orden al maestro de que los pegara en los lugares de más rejunte.

Ahí era cuando todas las puertas de la escuela quedaban

empapeladas. Ni a la puerta del baño la dejaban tranquila. La cosa es que cuando una cagaba en silla se veía obligada a seguir aprendiendo letras.

Ubicado el maestro para pegar carteles. Aunque se nos desubicara la cagadera.

Los grandes se asustaban más que nosotros, que al poquito tiempo nomás le armábamos dibujitos por todos lados. No faltaba algún agrandado que a la pasadita le entraba a hacer rayita y a lo último hasta se animaba a meterle una agujereada.

A los días de haber llegado, quedaban como flecos los carteles. De irrespetuosos nomás que éramos.

La cuestión es que los famosos carteles eran bien grandes y hasta tenían un montón de sellos y firmas de gente tan importante que obligaban a los veteranos a armar trahún a los pedos.

La junta se hacía en la escuela para estar bien cerca del cartel. Todos se le arrimaban. También los que no le hacían a las letras. Porque con sólo mirarlo comprendían la gravedad de la cosa. Y no lo disimulaban. Movían la cabeza de un lado a otro y decían:

«Ah» .

Ahíto nomás empezaban las conversas que duraban bastante. No faltaban los aprovechados que se largaban a parlamentar de cualquier cosa.

Es que no siempre había junta y no era para desperdiciar la ocasión.

Es cierto que alguno hablaba mejor que otro, para eso eran huerquenes<sup>53</sup>.

Pero también es cierto que alguno que otro no sabía callar.

En eso se lucía el Epifanio, el sobrino de doña Bristela. A veces les hacía sombra a los Tierra de lo lucido de su parlamento. A ellos había que prepararles una contesta, y la contesta tenía que ser una sola.

No era raro que la conversa siguiera con discusión y hasta algún tajo. Cosas de la necesidad.

Todo era una cuestión de numerancia. Por eso había que sacar las cuentas justo. Y ninguno de nosotros era como don Juárez.

Sabido es que el hombre era como luz para hacer números en su libreta negra con olor a queso.

Porque si uno se quedaba corto al declarar los animales los dibujos de los Tierra le cortaban alguna lonja de campo. Y si uno declaraba un poco de más, le aparecían los dibujos para rico y entonces tenía que pagar.

Con razón don Fridan andaba siempre con cara de mate lavado. Seguro que los dibujos de los Tierra le habían cobrado hasta la sonrisa. Y eso que las corridas de alambre nunca lo dejaban mal parado.

El alambre que apareció por nuestro puesto de piñonear, se supo que venía de la carnerería<sup>54</sup> de Don Bartolo, que vivía para arriba, donde nace el Arroyo Siete Venas.

Este vallecito mallinoso solía tener buen pasto durante todo el año. De ahí que la gente entregara sus carneros al cuidado de Don Bartolo. Si el animal era devuelto clavado que estaba gordito. Lo jodido era cuando de tan gordito Don Bartolo les pasaba cuchillo.

Entonces le aparecía la astucia para que el cliente creyera que lo había llevado el león, o se había caído a un menuco, o se lo había cobrado el chon chon.

Cuando fueron los comisionados de tierra a marcar de dónde salía el alambre, se pararon justo entre la casa de don Bartolo y el mallín.

El jefe de los Tierra miró por un antejo, primero para un lado y después para el otro. Cada vez que apuntaba con la mirada, un Tierra que no era jefe corría con una vara roja y blanca. Ahí hizo las últimas anotaciones y sin levantar la vista del papel, dijo:

-La línea v de la casa de don Bartolo Queupán cien metros al oeste.

Y entonces clavó una estaca en el suelo.

Don Bartolo quedó duro y no era para menos. El mallín con los pastos tiernos todo el año quedaba del lado del Fridan. Del otro lado, sólo el verde de algún sauce amargo acompañaba al arroyo Siete Venas, que pasaba cerca de su ruca y se perdía entre el pedrero.

Con ésto Don Bartolo se quedaba sin su rebusque para sustento.

¿ Quién le iba a dar a su cuidado los carneros y castrones<sup>55</sup> para que se los tenga en un campo pelado ?

Era flacura cantada, para los animales primero y para su cuidador después.

No fue de extrañar la visita que hizo don Bartolo a la abuela María.

- Y la verdad es que ando como buey en menuco.

- Quédese tranquilo, don Bartolo.

Me emocioné cuando me puso la mano en la cabeza y agregó:

- Para eso estamos nosotras.

Al entrar la primavera siguiente, Don Bartolo sonreía otra vez.

Unos dijeron que había reclamado los servicios de una bruja muy potente.

Otros que lo había visitado el caballo de oro que sale del fondo del agua para milagrear.

Pero los más allegados conocíamos que el consejo de nuestro pino había sido que don Bartolo desarmara su ruca de barro y quila para volver a armarla cien metros al poniente. Que después levantara el alambre del rico un trecho largo, y lo volviera a tender cien metros para el mismo lado. Lo que se dice, una corrida de alambre al revés.

¡Por fin alguna vez a nuestro favor!

Al tiempo, como en todas las primaveras, y después de las pegadas de carteles, llegaron los Tierra con sus dibujos, sus anteojos, sus cuestiones.

Parados donde sale el alambre, curioseaban el mallín siempre verde donde nace el Siete Venas repleto de animales que este año, más que nunca, los vecinos entregaron para su cuida a Don Bartolo.

Y del lado del rico, un piedrero irreconocible en los papeles de los Tierra.

Tomaron unas notas, miraron por el antejo, consultaron carpetas.

Midieron varias veces del alambre a la ruca de don Bartolo.

Que ya se les había pegado bien solidario. Ahí nomás le dijo con una ceremonia que parecía de político:

-Como está, señor delegado de colonización y tierras.

-Preocupado, Don Bartolo. ¿Me puede decir que pasó aquí?

-No, si es cosa de no creer, don Tierras, cómo se ofenden y secan los mallines cuando se les corta el paso con un alambre caminador.

## ALIGERANDO CARGAS

Fui la primera en verlo. De lejos nomás me anoticié. Un poncho y un sombrero peludiando entre el viento y la nieve.

- ¡Abuelita, mamá , alguien viene!

Salí de vuelta y lo reconocí.

El Cilindro y el Choroi ni ladraron. Lo miraron raramente.

Para más, el andar de Don Marciano Cheuquepán ni rastro dejaba en la nieve blanda.

¡Qué silencio metía el invierno!

La nieve, como nunca, lo emparejaba todo. La huerta con el corral, la mañana con la tarde.

Instalado junto al fogón, Don Marciano amagaba largar algo. En cada intento las palabras se le trancaban en los ojos. Los que no se le trancaban eran unos lagrimones que le salían bien de adentro.

La abuela lo entendía. La Julia y yo no contábamos.

El horizonte estaba ahí, al ladito.

El calor del fogón secaba sus ropas, pero no su semblante.

La abuela se le acercó y le habló en lengua, despacito.

Sus miradas, al fin, se encontraron. Y fue el alivio.

Ya ganada la noche, la abuela dejó la ruca. No pude dormirme hasta que regresó.

- ¿Adónde fue, abuela?

- A ofrecer oración, Aimé. Al rehue.

Recién entonces pude dormir.

Al otro día todo era reluciente. El cielo, el sol. Don Marciano ya no estaba. Nadie lo había visto irse.

Mientras molía unas chichocas, abuelita contó que a Don Marciano lo conocía hace una vida.

- Siendo los dos muchachos nuevos, antes que el soldado nos corriera de Quillén supimos ser amigos. Salíamos juntos a vichar guanacos y juntar manzanas. Una tarde, lejos de los toldos, nos topamos con unos milicos alzados. Gente jodida si los hay. Aunque peligroso, teníamos que avisar a los nuestros. Yo tuve mucha suerte y lo pude hacer. El se quedó escondido. Después

fue un buen mapuche. Formó familia. Fue sólido. Pero nunca más pudo mirarme a los ojos.

Entonces le dije:

-Pero anoche sí. Anoche le miró a los ojos, abuela.

- Sí, me miró. Anoche me dijo muchas cosas. El hombre tenía que aligerar la carga.

Durante todo el día con la Julia estuvimos arreglando los palos caídos del cerco.

Me sorprendió la presencia del hijo de Don Marciano, que llegó a caballo.

Se apeó despacio. Al echarse el sombrero para atrás le semblanteé que también andaba trayendo todo el dolor en la cara.

-Vengo a anoticiarlos que al papá lo llamó Nguenechén. Lo pilló la muerte bien lejos. Del otro lado de la estancia del Fridan. Lo habían mandado a campear los toros. Pero donde lo agarró el temporal, ahí nomás quedó. Si se sigue secando la huella, lo traen esta tarde en la camioneta de la estancia. De no, lo vamos a buscar nosotros, con catango nomás.

Quedé sola con la abuela. Me miró llamando mis preguntas. Esa noche soñamos juntas las respuestas.

## LOS TIEMPOS DE LOS CHICOS

El que no se despintaba ni en pedo era Raimundo, el maestro prestado.

Después de lo que le pasó a la Cinthia nos entramos a dar cuenta de lo bueno que es tomar el mate cocido de mi tío Julio. Don Julio como le llamaban mis compañeros.

Lo hacía con mucha sustancia, y así, difícil despintarse.

Encima, en tremendo jarro coltrero, de esos que se ponían bien calentitos cuando nos servían. Cierto que venían con bastantes abolladuras, pero no sé por qué el mate cocido tenía más lindo gusto. Y no se me hace cómo, pero cuando el tío Julio nos preparaba ñaco<sup>56</sup>, rejuntaban montón más que los jarros lisitos. Nada que ver con el cafecito en taza de maestra, que tomaba la pobre Cinthia.

Ese año empezamos las clases sin maestro letrado.

Por suerte teníamos como rebusque al Raimundo, el maestro prestado. Raimundo era muy callado y se pasaba todo el día con sus plantitas en la huerta. Daba gusto verlo. Las miraba con sonrisa tranquila y si uno se acercaba más podía escuchar que les decía cosas.

Con unos vidrios que habían mandado de lejos quién sabe qué importante persona de esas que mandan vidrios, armó una casita de plantar semillas. Ahí terminaban las semillas de las mejores plantas de las huertas del paraje. Porque todos los vecinos se recostaban en el Raimundo y su casita de vidrio para mejorar la producción.

Los plantines que sacaba los repartía al vecinaje. Nosotros los llevábamos en unas cajitas con tierra para nuestras casas.

¡ Qué capacitancia la del Raimundo para hacer plantines !

Y no era para menos. Abonaba la tierra con un repreparado hediondo que manejaba en el fondo del patio. Ahí entreveraba de todo. Hojas, sobras de comida, bosta de caballo y oveja, y se juntaban lombrices y largaba un calor que después se les pasaba a las plantas. Por eso eran plantas acaloradas.

Pero todos los coltros sabíamos que el verdadero poder

del Raimundo estaba en la charla que les daba. Las atendía todo el día. Algunos hasta dicen que de noche. Y solamente salía de la escuela para ir a controlar que los vecinos las trataran bien a sus plantitas.

La que lo supo espiar era la Ignacia.

Ella nos contó que se había acercado una noche. Y que al maestro prestado le gustaba trabajar más cuando estaba oscuro porque los ruidos paraban y escuchaba cuando las plantas le conversaban.

Y entonces le contaban historias plantistas que él guardaba en su casita de vidrio.

Por esto su casita era mágica. Y él también. A pesar de todo lo que trataba de esconderlo.

Como el maestro de afuera no venía, y el tiempo pasaba, al maestro prestado de la casita de vidrio se le hizo que aparte de las plantas era hora de hacer otra cosa escolar.

Al principio los coltros nos inquietamos pero cuando Raimundo nos contó de la aprendencia que íbamos a tener quedamos bien alentaditos<sup>57</sup>.

- A mí me parece que ya deberían aprender el tiempo de cada uno.

Primero no entendimos nada, porque a fin de cuentas todos sabíamos cuál era el tiempo de las pariciones, de la nieve, de la esquila. ¿Pero el tiempo de uno?

Menos mal que la Ignacia, lejos la más inteligente de todos, nos avivó del problema. Se nota que de tanto espiarlo al Raimundo se le trasminó la capacidad.

- Lo que pasa es que es difícil crecer si uno no le hace a su tiempo.

Ahí nos convencimos del todo, porque a quién no le gustaba ser más grande. Ni que más sea, para no formarse siempre adelante en la fila y quedarse sin los cantitos que se armaban en el fondo del aula.

Recién entonces el Raimundo nos recordó lo de la torta de la señorita Cinthia.

Esa que sólo ella sabía cuándo podía comerse, porque el documento así se lo anoticiaba. Ese era su tiempo, el de la torta con velitas.

¡ Qué felicidad sería tener un documento y así comer torta alumbrada !

Pero en el paraje casi nadie lo tenía. Los pocos que había, encima, eran de mala calidad. Y no mandaban hacer torta.

Por eso la gente crecía poco, y de pedo nomás.

Así que cuando el Raimundo pensó en algo escolar le pareció que era una idea muy justa capacitarnos en cumpleaños.

Con gran saber nos ordenó en el aula de más chico a más grande y de adelante hasta el fondo.

A todos nos pareció lo más justo cuando dijo que los que estábamos en la primera fila, cumplíamos año al otro día, así había tiempo de preparar las tortas. Y de paso nos ganábamos un poco de crecimiento más rápido. Cosa justa.

En cuatro días seguidos, dulces y abundantes, nos capacitamos en cumpleaños.

Pedimos ayuda a doña Asunta, que no tuvo ningún problema en llegarse ese tiempo acompañada de su marido y de sus chiquitos para ayudarnos en crecimiento.

Encima, le salieron unas tortas mucho más firmes que las de la señorita Cinthia. Nos dijo que se llamaban pancitos nevados.

Las hicimos entre todos, con masa dulce, mixturada con piñones.

Y arriba llevaban una tapadita de clara de huevo batida con azúcar que todos pensamos era lo que más aseguraba el agrandamiento.

Gracias a la capacitancia del Raimundo, y a doña Asunta y su familia, nos resultó muy dulce ser cumplidores y capacitarnos en nuestros tiempos.

## JUNTA ESCOLAR

El sí que nos avisó bien. No al pedo el Raimundo era maestro propio.

Porque cuando a la Cinthia se le dió por hacer junta con los padres nos dió un papelito que quería ser avisador. Pero que se quedó en el querer nomás. Letra maquinada, apretadita como chivo en el brete.

Y si muchos de los padres ni le hacían a la letra de lápiz, mucho menos para la maquinada.

Por eso la junta de la Cinthia no juntó a nadie. Fue una junta desjuntada. ¿Qué se podía esperar de esas letras?

Raimundo sí sabía de invitancias.

Primero le sacó permiso al lonco. Y nada de letra. Bien de palabra, y mirando a los ojos para más.

Don Realizado no sólo se lo dió, sino que lo acompañó en la recorrida al vecinaje.

Después nos enteramos que el lonco hasta se hizo un viaje al poblado para pedirle a la inspectora de escuela que se llegara por el paraje para ese día.

Al fin en la escuela íbamos a tener una junta como la gente.

- Avisen a los padres que el sábado antes de almuerzo hay junta en la escuela.

Sobró la entendencia, porque no sólo ese sábado vinieron los papás. También llegaron los abuelos, el pastor Lucio que ni tiene chicos en la escuela. Hasta don Juárez justo se apareció, y eso que no traía nada para vender. De curioso que era nomás.

Y los coltros no faltamos ninguno ese día. Como para faltar, si al fin esta vez nosotros también fuimos los avisadores. Nada de andar acarreando papelitos con letras maquinadas.

En realidad, era muy raro el faltazo en la época del Raimundo. A todos nos gustaba capacitarnos en huerta, el trenzado de sogas, y más que nada el estudio de los juegos.

En el tiempo del maestro propio la comida tenía más sustancia, porque don Julio le podía poner bastantito cilantro sin que lo jodiera ningún maestro pueblero.

Capaz que la Cinthia le agarró recelo al cilantro porque lo juntábamos en el canalito. No era traído del pueblo.

Esa mañana estaba todo helado. Mejor así, porque después el sol relumbraba de lo lindo. Era un sol rejuntador.

Algunos llegaron bastante temprano y se quedaron tomando mate en los sauces del arroyo. Hasta algún prevenido se trajo charqui molido y otro nada descuidado algún churrasco para acompañar la mateada.

Los demás fueron llegando después como para halagar la prevención de los madrugadores.

Cuando el sol se levantó bien ya no faltaba nadie. Parecía día de visita médica. Y está bien el parecer, porque después de todo, aprender es curarse contra la burrez.

Casi todos los chicos tuvimos que oír la reunión de afuera, porque la escuela no tenía alcance para todos. Y eso porque los coltros no ocupamos un sólo lugar. Nos gusta ir probando, joder que le dicen los grandes.

Yo tuve que conformarme con quedar afuera, al ladito de la ventana. Dentro de todo no fue mal lugar porque alcanzaba a bichar algo y escuchaba de lo lindo.

Peor estaba la Aurora, que por quedarse adentro la mandaron atrás de la puerta todo el rato. Por más mudita y sorda que fuera el desprecio no le cayó nada bien, así que al rato, ni bien se llegó un silencio, entró a pasar la uña por el vidrio sacando un ruido que aflojaba los dientes de todos los presentes. Ventaja de la Aurora de no oír su ruido vidriero.

La abuela tuvo viaje para otro lado con doña Domitila, su ayudanta principal. Asuntos de comadroneo que le dicen.

Como no podía ser de otra manera, don Realizado arrancó con la palabra.

- Mari mari peñi<sup>58</sup>.

Todos contestaron su saludo con alegría de que la junta hubiera comenzado.

- Tenemos junta por la falta de maestro letrado. Para la demás enseñanza, está el Raimundo. Vamos a esperar que la inspectora cumpla su prometido y se llegue por aquí. El otro día en el pueblo me empeñó su palabra.

Y ahí todos nos largamos a esperar.

Los coltros jugando a la pelota un rato, y otro matando matuestos<sup>59</sup>.

Olfateador don Egidio Queopán, que llegó montado en el Bandera, con el Parece siguiéndolo de cerca. En su maleta se trajo dos damajuanas de vino y la taba que correspondía al día. Así que unos cuantos se prendieron en seguidita a la entretención, con la mirada atenta del olfateador, que como es sabido organiza la jugada de taba pero él mismamente no se prende.

La mamá con sus hermanos canutos aprovecharon la volada para armar culto. Era el grupo más peinado de todos. Más bien eran los únicos peinados. Prolijitos. Y no aguantaron nada porque enseguida le hicieron a los cantos.

Venimos a las reuniones  
Y lo decimos cantando  
El Señor nos ilumine  
Y que nos vaya alumbrando.

Las mujeres rodearon a doña Visitación con mate y algunas tortas para acompañar las últimas novedades del paraje. Ahí nos enteramos que la hija del Crispín Mariluán formó familia en Neuquén y tenía trabajo envolviendo manzana. Hay trabajo para todo en el pueblo grande. Y que don Juárez había andado de amores con una paisana del paraje Carriñir. Como rico le había puesto la ruca. Hasta le armó con calentador a kerosén. Vivo el don Juárez, porque donde la paisana le mermaba el cariño él le tiraba a cortar el kerosén. Y ahí nomás se le entusiasmaba de vuelta.

Don Realizado y el Raimundo hicieron yunta y recorrieron todos los grupos. De atrás hasta remedaban el andar del Parece y del Bandera.

Con los chicos se prendieron en el partido de fútbol. Eso sí, el lonco bastante malo con la pelota. Pero la voluntad no se le niega.

Cuando llegaron al grupo de los cantores canutos, se quedaron escuchando solamente, porque es sabido que no le hacen al canto. Encima, esas canciones no sirven ni para bailar con la hermana.

A la taba no les fue nada mal porque en un ratito el Raimundo hizo roncha con cuatro clavadas seguidas. Para mí

que don Egidio le sopló un poquito de la fuerza del Pillán, en agradecimiento a su andar bueyero.

Donde la yunta armó alboroto fue con las mujeres.

Hasta doña Visitación se quedó con la boca abierta cuando don Realizado amagó contar un sucedido sobre ella, de cuando era moza.

¡Qué cagazo se pegó! Y la gente se largó a reír que era un contento. Nada fácil taparle la boca a doña Visitación.

Cuando entró a bajar el sol, algunos comprendieron que era tiempo de ir volviendo.

Ya el churrasco se había terminado, el yerbeo se desustanció, las damajuanas de don Egidio se vaciaron, y el prevenido que llevó charqui molido tenía la bolsa vacía.

Encima, los coltros más coltreros estaban pasados de meo.

Para peor don Juárez no aportó su damajuana reunionera. Se nota que su viaje era solamente de juntar cueros y de llevar kerosén. Calentitos los amores de don Juárez.

Por eso las huellas del paraje se llenaron de vecinos que volvían a sus rucas.

Veníamos quedando solamente don Realizado, Raimundo, la Julia, con carraspera de tanto cantar, y la Ignacia con sus padres, don Valentín y doña Pascuala. Meta y meta arreglar la escuela, porque al otro día seguían las clases.

De repente, ruido de auto desconocido en el huellón. Conocido que era desconocido. No había mucho para elegir. Supimos que era de afuera porque tirarse a cruzar el huellón en esa época era para quedarse colgado.

Bien curiosos fuimos todos. Los más entendidos llevaron las palas directamente. Clavado que el atrevido estaba encajado. Y resultó ser el chofer de la inspectora. Mire que meter camioneta blanca a peludear con el huellón. ¿Dónde se ha visto?

La pobre inspectora no se pudo ni bajar de la camioneta. No era para menos, porque con el barro que había, corría peligro el doble peinado con que se vino.

¡Con razón tardó tanto en llegar la pobre!

Es que el peinado que traía era impresionante. Parecía propiamente un nido de cachaña<sup>60</sup>. Y encima con otro nido más chico arriba.

¡ Qué adorno pajarero más hermoso !

Me quedé pensando que la habría completado si se hubiera puesto un par de huevitos de jote. Le hubieran hecho juego con el color del pelo. Que por otro lado relumbraba como alambre dulce.

Nos costó sacar la camioneta. Las mujeres le pusimos ramas secas, los hombres le hicieron a la pala bien duro, y al final todos nos subimos a la caja para encimarle peso. Siempre según la idea del chofer atrevido, al que de repente le había llegado la hora del lucimiento.

Pero para mí, lo que realmente valió fueron nuestros gritos. Seguro que le llegaron al Pillán y le dieron fuerza a la camioneta blanca pueblera. Si nó, todavía estaríamos peludeando.

La cuestión fue que cuando se desencajó la colgada, ahí nomás pegó la vuelta como para volver al pueblo, porque era claro que había oscurecido.

Para entonces ya nos habíamos bajado todos de la caja. Ahí fue que la inspectora aprovechó, muy cumplida ella, para bajar el vidrio y saludarnos:

- Buenas tardes.

Impresionados nos dejó la inspectora.

Más que por sus palabras porque el peinado se le trancó con la parte de arriba de la ventanilla de su camioneta blanca pueblera.

Si hubiera tenido huevitos los hubiera roto de seguro. Prevenida la inspectora.

El lonco, que no por nada era lonco, ahí nomás le sacudió:

- No tenemos maestro letrado, che.

La inspectora alcanzó a mover la cabeza, pero un poco nomás, porque con mucho movimiento le podía sacar un ojo al chofer.

Y se fue.

El Raimundo, mientras juntaba las palas, alcanzó a comentar:

- Capaz que si hubiera llegado antes...

Lástima. No pudo ni lucir su peinado nido de cachaña. Y con el tiempo que le habrá llevado la preparancia.

## EL PASTOREO

La calladez de la mamá dolía tanto que cuando habló para decirme que la acompañara, ni lo dudé. También es justo decir que tenía curiosidad de ver cómo eran sus salidas a pastorear los vecinos, acompañando al pastor Lucio.

El pastor Lucio tenía mucha llegada con la gente. Un poco por respeto, y otro porque era propio de acá. No como otros cultos, que por lo que dicen los conocedores, vienen trayendo la fe de afuera. Ni manejan castilla, y menos la lengua.

Ventajas que tenía el culto de la mamá. Porque hasta al padre Valerio, con todo lo alentado que era, a veces no le entendíamos un pedo a la vela de las cosas que nos charlaba.

Pero lo que más me curioseaba era ver cómo se las arreglaba la mamá para pastorear con tanta calladez.

Se emprolijó bastante, y a mí también de paso. Ya el sol estaba alto cuando rumbeamos para lo del pastor Lucio. Al llegar nos hizo esperar un rato, pero como en su casa de material había un sillón brillante de color verde con flores rojas dibujadas, para mi gusto tranquilamente podría haber tardado un poco más.

De repente se apareció con dos guitarras. Cuando la mamá agarró la más chiquita, quedé más desubicada que chiva en gallinero.

Al pastor se le facilitaba mucho la predicancia por la altura que manejaba. Para entrar a las rucas tenía que agacharse.

¡También, con esas patas como escalera de juntar manzanas!

Por eso a todos nos miraba para abajo. Así a cualquiera le daba para pastor.

Los tres entramos a andar las huellas del paraje. Al medio quedó la mamá, que con la guitarra me pasaba a pegar a cada rato.

Me dejó la cabeza bastante guitarreada.

Por suerte enseguida nomás llegamos a la casa de don Marcelino Huenteo, que al vernos no disimuló las atenciones. La señora apuró los mates y los buñuelos con huevos y azúcar.

Los chicos todos corrieron para garantizar un buen fogón en la cocina.

Enseguida me encontré con el milagro para el que venía preparándome.

Pero, contra lo que había pensado, no fue el pastor Lucio el dueño del sucedido.

Fue la propia mamá la que le entró a hablar a don Marcelino, de conocida capacidad para el trago, de los daños que trae la mala toma.

¡Y qué bonito que le habló!

Con palabras claras que salían de su boca que había olvidado la calladez. Cerré bien fuerte mis ojos para escucharla mejor. Así me rendía más cada palabra.

Yo nunca había tomado vino, pero con esa escuchada supe que jamás lo haría. Me imaginé la correteada que le iba a pegar don Marcelino a la botella.

¡Casi nada la mamá para hablar!

Cuando ya me estaba acostumbrando, la milagreada se agrandó. Fue ahí que la propia mamá sacó la guitarra, la más chiquita, y se puso a cantar alabanzas. Cantaba como una diuca. Nunca la había visto tan alegre. Si hasta a mí me dieron ganas de cantar. Por eso la entré a acompañar, pero con la cabeza nomás.

Es que yo andaba con poca capacidad para milagros.

Y fue recién al rato, justo cuando se le terminó la fuente de buñuelos, que el pastor Lucio se recordó que él también tenía guitarra y le entró a hacer al canto.

Tan alentado cantaba que llenó el aire de pedacitos de buñuelos. Es decir, le salió un canto bien dulce.

Después de un rato, nos despedimos con dos besos por lado de cada persona.

Fuimos endilgados por toda la familia hasta la curva, lo que no es poco decir.

De ahí le pegamos hasta el rancho de don Tránsito.

Acá la mamá ni se recordó de agarrar la guitarra. Porque don Tránsito no estaba en condiciones de escuchar alabanzas.

Una porque era bien mapuche, y otra porque estaba bastante estropeado de salud. Ni para permitirse un milagro estaba.

Entonces mientras el pastor Lucio le largaba alguna palabrita, la mamá agarró el hacha y picó cuatro brazadas de leña. Le amasó pan con harina de piñones que ella misma había preparado la visita anterior.

Después lo armó de una ollada de sopa que dejó en la cocina para que no le faltara a la noche y esta vez, sin tanto milagro pero con mucho amor, se quedó calladita un rato a su lado.

Ahí comprendí la calladez de la mamá . Ella se reservaba para los vecinos. Para que no le hagan a la toma, o le busquen zapatilla a los chicos y que el capital de los animalitos no lo distraigan malamente.

La tardecita, ya volviendo de la recorrida, me trajo el último milagro del día. Las sombras de los tres, con el sol rayando detrás nuestro, se agrandaban de lo lindo.

La del pastor Lucio llegaba muy lejos, repitiendo su figura cruzada de guitarra. Pero la sombra de la Julia llegaba bastante más allá .

La sombra de mi mamá, la que a veces olvidaba su calladez.

## EL CANTO DEL MAESTRO VILLA

Y seguimos las clases con Raimundo, el maestro prestado. Faltando poco para las vacaciones apareció el maestro nuevo.

No me sorprendió nada. Por algo nos había visitado la inspectora del peinado pajarero.

En casi todo el maestro nuevo parecía gente, pero cuando hablaba... Ahí sí que la cagaba.

Es que las palabras le salían cantando, y se veía que no tenía forma de sujetarlas.

Y entonces, los que no sujetábamos la risa éramos nosotros.

La cuestión es que nos fuimos entendiendo. A lo mejor el maestro nuevo era más gente. Y enseguida le perdimos el miedo. Si hasta nos olvidábamos a veces que era el maestro.

Con la Ignacia nos acercamos para darle charla. Para los más quedados eso era gran cosa. Ocupaban a la Ignacia por la palabra y a mí porque era nieta de mi abuela. Y por mi propia capacidad.

Estábamos anoticiados de que a poco de llegar se había largado a visitar al vecinaje. El Raimundo mismo nos contó que el maestro había ido a su galpón viejo a tomar mate y después se cocinaron juntos un asado en la económica de la escuela. Y eso que ni siquiera era tiempo de chivito nuevo.

Este maestro al que nombraban Villa, de entrada nomás nos dejó la cabeza con un alborotaje como hurón en gallinero.

Los primeros días fueron raros como maestro con bombacha. Nos pidió nomás que al subir la bandera le cantemos a la Aurora.

¿Quién no sabía que la Aurora Ñanco era sorda, y para colmo mudita? ¿No se había dado cuenta de que hasta en las rondas vuelteaba callada?

Tenía la lengua sujeta de un susto que le metió el anchimallén, y... ¿justo a ella teníamos que cantarle?

Desubicado el maestro nuevo.

Parado junto a la bandera, y de un reto que también se le volvió cantito nos ordenó que le principiemos a cantar. En la confundida, la Ignacia, que no era de confundirse, y los otros capacitados fuimos a parlamentar.

- ¿Maestro Villa para qué querés que le cantemos a la Aurora?

- Maestro Villa, la Aurora, a más de sorda es muda. Cantarle, aparte de raro, es al pedo.

Villa se largó a reír bien fuerte, y todo el coltraje, todavía más confundidos, lo seguimos. Hasta la mismita Aurora, siempre más seria que castrón empacado, tuvo que aflojar. Es que no hay como la risa para acompañar la confusión.

Arta en el cielo  
Un águila guerrera  
Aura seleva  
En vuelo triunfal.  
Azuru nara  
Del color del ciee elo  
Azuru nara...

## IDAS Y VUELTAS

Es sabido que de caminos hay mucho para decir y para andar. Mismo el que entraba al paraje, ese era también un buen camino. Por algo hasta en el otoño podía entrar El Buen Trato.

No al pedo todos los vecinos le poníamos el hombro para la mejoría.

Por si fuera poco, hasta le pudimos al Siete Venas. A pura piedra le hinchamos el lomo al arroyo. Todo para que El Buen Trato aunque sea a las hamacadas pasara el vado sin que el agua le llegara más arriba de las puertas. Era de admirar lo limpito que quedaba de abajo. No le hubiera venido mal a don Juárez una mojadita también. Lo jodido hubiera sido que se le mojara el kerosén porque iba a tener que buscar novia por otros parajes.

El camino era el orgullo de todos, pero mi orgullo también rumbeaba por el lado de mi huellita. La que me sacaba de la ruca y me dejaba en la escuela. Pero sobre todo era mi huella porque me llevaba hasta el pehuén. Era la huella que me enseñó la abuela María para que caminara mis pensamientos.

Está bien que había otras parecidas y hasta algunas más cortas para llegar a la aprendencia. Pero como bien solía decir don Egidio Queopan, no siempre la huella más corta es la mejor.

La mía tenía, eso sí, esta subida, aquella bajada, y rodeaba por el lado del alambre al Cerrito Negro de puro antojada que era.

Por todo esto era mi huella. Y no es que quisiera andar por donde nadie pasaba, porque cuando la veía caminada por otros rastros bien clarito escuchaba:

- Buena huella...

- Muy buena la huella de Aimé.

Conocía y me alegraba de todos los rastros. Mirando el suelo me enteraba si don Mario Huayquifil había pasado temprano, si iba apurado o tranquilo, y se le notaba en seguidita si estaba mamado. Era fácil sacarlo por las idas y vueltas. Pero a mí me gustaba más adivinarlo por la apoyada de canto de la

alpargata, en la que no solía faltar una arrastradita muy compadrona.

¡ Qué compadrón que quedaba el tranquito de don Mario cuando se mamaba !

Calidad para emborracharse.

A veces la hablada de la huella me dejaba con ganas. Como cuando me enteré que el Piti, el menor de los hijos de don Mario, había pasado para arriba con zapatilla nueva. Que seguro se las trajo el tío, porque dejaba un rastro pueblera de zapatilla de colores.

Mi huella era muy completa. Conocía cada piedra y cada mata. Por eso éramos amigas. De seguro que cada coltro era amigo de la suya, pero difícil que tuvieran mi suerte. Es que la mía me daba conversa y por si esto fuera poco, como decía don Juárez, me jugaba a las escondidas.

Para los comienzos de clase, antes de las pariciones y de la verdeada de los sauces, la huella me armaba hielo para que me despatarrara en el descuido. A veces, me mandaba de espaldita al suelo a propósito por el solo gusto de escucharla cómo se cagaba de risa.

Por otras épocas le pegaba unas corridas que la dejaban humeando. Eso sí, me sacaba las alpargatas para que no se me gastaran.

Parecido al rastro del Buen Trato el de mis patas.

El asunto es que con un poco de charla y mucho de juego mi huella me iba arrimando donde cruzan las vidas. Así nombraba ella al otro lado del Cerro Negro donde también llegaban las huellas de mis compañistas.

Por eso en cada crucero nos abrazábamos a otra huella con la esperanza de encontrar algún amigo. Eso de mañana, porque a la vuelta de la escuela cada crucero era un saludo hasta el otro día.

En el crucero grande se armaba un desparramo de rastros. La conversa que las huellas se metían entre ellas habían pelado el suelo. Ni pasto ni piedras se arrimaban al entrevero.

Así nacía el huellón, que era el orgullo de todos los que vivíamos para el lado de abajo. Al que no todos se le animaban. Los más, por despistados, porque no conocían otro camino. Y

alguno que otro por conocedor y bien aprendido. Lo que se dice por casualidad o por conocimiento.

Y ahicito nomás estábamos en la escuela.

Con el tiempo, mucho le dije y mucho le escuché a mi huella.

Y algunas veces, de noche, con los pies quietos y los ojos cerrados la precisé para caminarle preguntas.

## LA RONDA DE LOS JUEGOS

Uno nunca sabía cuándo el dueño de los juegos nos iba a mandar a meterle al fútbol, o a las rondas, o al kume<sup>61</sup>. O a lo que sea. Ni a mí me llegaba esa entendencia.

La cosa es que la época futbolera era muy despelotada. Días en que el Américo pasaba a ser el lonko de los compañistos. Porque a más de jugar como ninguno tenía botines Sacachispas. Regalados por su padrino misionero. Buena misión la de su padrino.

El Américo siempre pisaba de un lado para armar los equipos, y del otro se turnaba cualquier elegido para perder. Porque para peor el Américo era muy capacitado para calcular la pisada. Por eso, además de elegir antes compañisto, le humillaba la pata al pobre desgraciado que le había tocado quedar abajo suyo.

Nunca perdió en la pisada pan queso. Algunos envidiosos decían que hacía trampa. Nada que ver. A mí me parece que sus botines tenían una misión que bajaba del wenu mapu, y ése era su poder.

La cosa es que el Américo después de la humillada siempre quería como primer compañisto a la Aurora. Nosotras por un lado la celábamos un tanto, pero era justo.

¡Flor de arquera la Aurora!

Y encima no gritaba nunca gracias a su mudez. Pero eso sí, se hacía entender bien cuando se enojaba. A los del otro equipo los trabajaba con su sonrisa, sobre todo cuando le iban a tirar un penal. No le daba nada de miedo y eso desmerecía el espíritu de los pateadores del otro lado. Tanto era así que la pelota les salía revoleada para cualquier pago.

¿Dónde se habrá visto arquero divertirse tan agrandadamente?

Después, una mañana cualquiera aparecíamos por la escuela y no estaban todos los compañistos jugando al fútbol como el día antes. De lejos se notaba. En lugar de los gritos y de las correteadas en la cancha llegaba un canto de ronda.

La que más se lucía cantando era la Ignacia. Nos contagiaba a todos enseguida.

La pelota retobada, que había sido causa de mucha pelea hasta el día anterior, estaba tirada contra cualquier sauce y se cagaba de soledad.

Es que ya las ganas redondeadas se nos habían rondado. Y meta que meta a la Santa Teresa, a sale el sol, flor de las flores.

Y como cada año la capacitancia se nos aumentaba, quién sabe de dónde aparecían unas rondas novedosas y viajeras, porque ni de casualidad se parecían a las propias del paraje.

También tenía su tiempo la chueca. Siempre se juntaban las ganas de jugar con la época en que las quilas<sup>62</sup> estaban más grandes. Menos mal. Así encargábamos a los mayores que nos trajeran unas cuantas cañas sacadas con la raíz. Cuanto más grandes mejor. Porque no todas las cañas servían para el palín. Tenían que ser firmes y con la dobladura justa de pegarle a la bocha.

La abuela se ponía bien contenta cuando me veía con la quila de jugar a la chueca. Ya me había contado que ella había sido buena jugadora y que su padre, el gran lonco Pascual Loncón, tenía grandes poderes chuequeros.

Como todos queríamos jugar nos partíamos los que éramos en dos lados. Cada lado con un jefe. Todos con nuestra quila.

Por suerte teníamos dos jefes muy capacitados.

Uno era el Juan, el hijo del lonco Realizado. Que como andaba bien en la chueca el papá le perdonaba la escasez de aprendencia en las cosas escolares. Por eso solía errarle cuando contaba los tantos, y siempre en ganancia propia.

¡Capacitado el Juan para equivocarse ganadoramente!

Parecía don Juárez sacando número en su libreta negra con olor a queso.

El jefe del otro lado solía ser el Francisco, que no era tan buen jugador pero por lo menos le salían mejor las cuentas.

Las rayas de ganar las armábamos pasando por los arcos de fútbol así los juegos se amigaban un poco.

La Aurora también se lucía, pero más que al arco, jugando al kume. A las tres habladas ya cobrábamos prenda. En el juego

de los mudos tenía esta ventaja, porque no había manera de hacerla hablar, por más trampa que le hicieran. Al juego le sobraba risa porque había nguepines muy buenos. Que armaban mucha tentación para que los que no éramos mudos le aflojáramos a la lengua.

La Eli perdía siempre a la primera, casi antes de empezar, porque era de poco aguantar la lengua. Bien enfiestado el corazón de la Eli.

- El Juan es tu novio.

- No, que va ser ése si es más zonzo que matuesto.

Y ahí todos gritábamos:

- Kume, kume.

¡Cómo nos provocaba la palabra el nguepín!

Y entre todos le armábamos prenda a la perdedora. Le dábamos la oportunidad de salvarse si adivinaba quién dijo la prenda. Pero como siempre las decía la Ignacia nos quedábamos obligados a trampear esa parte. ¡Si no cuál era la gracia, qué tanto!

Y entonces la Eli tenía que cantar una ronda como hablaba el maestro Villa.

¡Cómo nos cagábamos de la risa!

Por mi parte, yo no andaba mal en el kume. Porque me divertía mucho pero de callada nomás.

¿De dónde venían los cambios de juego?

Para mí que del Wenu Mapu.

Así como a la abuela le llegaban los remedios por el peuma, así también le llegaban las rondas a la Ignacia, o el fútbol al Américo. Aunque ellos decían que no se acordaban de cómo le venían. De última, el juego es un remedio contra la tristeza.

## EL ASADO DEL CHANCHO

Don Herminio era hombre cortés, como decía la Ignacia.

Corto para hablar y hacerse entender. Principiaba la conversa y ya daba la vuelta y se mandaba a guardar. Cuando hacía un negocio era capaz de dejarse cagar con tal de terminar pronto.

Por otro lado, había quedado acortado desde que volvió del hospital del pueblo.

Fue muy nombrado su accidente. Al Fridan se le ocurrió un día hacer un arreo en camioneta. De apurado que era nomás. En la caja iba don Herminio enlazando los novillos. Y como nunca se vio arreo en camioneta terminó desparramado entre las patas de un animal.

La faja le llegaba hasta el medio del pecho. Nadie sabía de donde le faltaba. Algunos suponían que era la parte de arriba, pero siempre aparecía el atrevido que decía que era de abajo.

¡Incompleto el hombre!

Para más, redondeaba su cortesía con un caminar chueco y joroba haciendo juego.

Mucho tiempo estuvo en el hospital tratando de ser de nuevo él mismo. Por eso no cambió en su cortez de palabra, porque ni se le acercó al Fridan para que le arregle la cuenta.

Era un vecino querido por todos. No se podía decir que era atento pero menos que fuera un deslenguado.

Le estaba yendo bastante mal en la vida. Armaban una familia escaseada en sustento y grande en rejunte.

Por eso el maestro Villa siempre le reservaba a su hijo Cheli, el más chico de mis compañistos, lo que quedaba de la cacerola.

Y nadie rezongaba cuando don Julio, el portero, le pasaba alguna que otra caja de leche en polvo conconera.

La cosa es que don Herminio tuvo que echar mano a una oveja del Fridan.

Justo es decir que la oveja estaba en la aguada que fuera de su abuelo hasta que la corrida del alambre de la estancia,

para variar, le cambió el dueño. Dentro de todo tenía su derecho el hombre.

Capaz que la estancia no se hubiera anoticiado de no ser que el Cheli, anunció con buen corazón que esa semana no iba a ocupar lo que quedaba de la cacerola, porque para eso su padre había carneado.

O capaz se enteraron por otro lado.

La cuestión es que el Fridan mandó milico.

El cortés volvió a tener mala suerte.

Porque esta vez no apareció don Cejas, el milico gordo que nos solía comprender.

Nunca pasaron sus multas de un lanar, y hasta a veces se conformó con la visitada y algunos mates y tortas fritas.

Aquella vez llegó un milico nuevo, que hacía honor a su nombre: el Chancho Rivero.

De entrada nomás, por la semblanteada todos apreciamos que con un lanar no teníamos ni con qué empezar.

Pero no al pedo don Herminio era respetado. El vecinaje no estaba dispuesto a entregarlo así nomás.

Antes era otra cosa, porque todo se arreglaba en junta, cuando los veteranos daban consejo al lonco y a los paisanos.

La cagada era cuando había problema con los de otros parajes. Entonces la cosa se solía resolver con un malón.

Hasta que llegó el gran malón huinca que cambió todo.

En las diferencias se entraron a meter los milicos. Y hasta a veces se llegaba a un señor bastante importante. Don Juez Paz, como lo nombraban. Que de Paz no tenía nada. Ese sí que manejaba multas caras. Sobre todo cuando perdía en los votos del paraje.

Tenía su razón el hombre porque de vez en cuando, cada tantos años y antes del voto, nos pasaba a visitar y hasta nos convidaba con algún vicio. Dicen que también se lucía ayudando a las mujercitas nuevas, y más cuando quedaban embarazadas de descuido. Algunos ya estaban un poco resabiados, y le maliciaban que estaba armando tribu propia con todos los coltritos que acomodaba con sus conocidos en el pueblo. El asunto fué que los vecinos le pegaron la encarada al Chancho Rivero.

¡Qué jodido nos resultó!

Porque lo primero que hizo el milico fue secuestrar el cuero del lanar. A los gritos comentó que era el cuerpo del delito.

Nada que ver, solamente era el cuero.

Menos mal que don Herminio y sus chicos, con alguno que otro vecino, ya se lo habían puchereado.

Medio raro esto de meter preso al cuero, porque si total ya no podía irse para ningún lado.

El Chanco Rivero, que para entonces le había acollarado las manos con unas argollas de cadena al pobre don Herminio, puso cara de escuchador.

Como correspondía a un lonco, don Realizado se acercó a parlamentar con su mejor cara de inocente:

- Usted sabe, don Chanco, que la vida está dura para los pobres. Si hasta el patrón de la estancia está llorando por un lanarcito cualquiera. Para peor en el paraje no nos sobra ningún vecino como para guardarlo preso. Y a usted nosotros le vamos a quedar agradecidos por la comprensión.

Hablaba tan lindo don Realizado. Yo ya estaba llorando de sólo escucharlo. Y no era la única. Si hasta la Aurora, que era sorda, de sólo mirarlo se le aflojaban los mocos.

Y el mismo don Herminio, de pura emoción, parecía menos cortés por lo agrandado.

En cuantito el Chanco Rivero entró a ablandarse, don Realizado lo remató con un convite:

- Y seríamos muy honrosos de recibirlo a usted, con todita su gente, a comerse un asadito con cuero este domingo, aunque llueva o el Pillán nos mande trueno.

Sin decir asado va o costilla viene, el milico le sacó las argollas a don Herminio. Montó su tostado flaco, que pareció desarmarse, y antes de agarrar la huella dedicó al vecinaje un saludo con las dos manos en alto.

Bien político resultó el hombre.

Esta vez, la consulta a la abuela la hicieron don Herminio junto con don Realizado. Es que hacía falta un apalabrado para que se entienda a un silencioso.

Nadie se asustó con el consejo de la abuela:

- Para eso está Aimé.

Mi visita a nuestro pehuén no dejó para la duda. El domingo, que por suerte acompañó el tiempo y el Pillán, no faltó nadie a la reunión.

En el medio, un hermoso novillito con cuero se hacía sin apuro. Y vino y pan en su justa medida.

Música sobraba, algunos le hacían a la taba desde temprano y todos muy contentos.

Entre los más felices estaba el Chancho, que se llegó con su gente.

Justo es decir que eran unos cuantos pero también todos muy alentados, y más cuando le metían al diente.

Encima, tuvieron la delicadeza de traer una bolsa de caramelos para el coltraje, así que la alegría estaba completa.

Don Herminio celebraba con doña Mercaida, su patrona, a cada ratito con unos tragos.

Es que necesitaba reponerse, porque la noche atrás estuvo muy ocupado.

Como culpable de la fiesta, le dije que consiguiera, de la manera que ya sabía, un novillito para homenajear la gente del milico nuevo.

Y esta vez, del Fridan, ni noticia.

## CORRETEADAS EN LA ESCUELA

De un principio malicié que los cambios del maestro Villa tenían que ver con el cartel que consiguió en el pueblo y pegó en la puerta de la cocina.

En realidad, la pobre puerta de la cocina servía para pegadero de carteles, porque como no tenía ni manija siempre estaba abierta. Con la del baño, eran lejos las puertas más carteleras de la escuela.

Esto nos convenía bastante ya que olíamos el pan recién horneado. Y todo el mundo sabe que no hay como el pan recién horneadito para contentar la panza. A la puerta también le venía bien, porque los carteles tapaban bastante decentemente el vidrio que le faltaba.

Justo es reconocer que los carteles eran muy útiles porque solían tener a veces hermosos colores.

Este que trajo el maestro Villa del pueblo, además, tenía un montón de dibujitos. Los que más me gustaron eran unas cuantas argollitas de todos colores en la parte de arriba. Aunque los monitos corriendo y las mujeres saltando también se veían bonitos.

El maestro Villa se había vestido como estos monitos, con un pantalón apretado con rayas, y campera parecida haciendo juego.

Se colgó del cuello un pito y un relojito con montón de manijas, los dos brillantes como el pectoral de la abuela. Aparte lucía zapatillas bien puebleras para llamar la atención.

Ya lo quisiera ver a Villa peludeando con esas zapatillas por el piedrero de la travesía. Semejante papelón harían las zapatillas con colorinches.

Siempre fue lindo que el maestro Villa jugara al fútbol con nosotros en los recreos. Y a veces también en horas de clase que entre todos las volvíamos recreo, de acuerdo con las ganas de los coltros y las de él, que solían ser las más fuertes.

Armábamos unos partidos a un montón de goles, y las nenas nos mezclábamos de lo lindo.

Cuando de uno de los lados se hacía diferencia, todos sabíamos que había que conseguir que el otro emparejara. Así el partido duraba más y nos quedábamos contentos. Y si por ahí le errábamos a la cuenta nos hacíamos los zonzos para que quede todo parejo. Así le partideábamos un rato más.

Acá también la Ignacia daba que hablar, por los goles que hacía y por las patadas que pegaba a los chicos que se hacían los fuertes para no pasar vergüenza. La verdad es que les dejaba unos buenos moretones a los pobres compañistos. Se aprovechaba de su mujerez la Ignacia.

Pero, desde que trajo el cartel, el maestro Villa se puso medio insoportable. Cambió las ganas de jugar por las ganas de ganar, y el fútbol por unos concursos raros y bastante aburridos.

Para eso se llegó con unas cuantas cosas del pueblo. El reloj que ya dije y una pelota de fierro bien pesada, muy grande para boleadora y muy dura para fútbol. El Américo, el primer día, la probó de una patada de las que él solía dar. No hay que olvidar que el Américo era uno de los coltros que pateaban más fuerte. Encima para peor, manejaba la misma alpargata desde el verano pasado. Así que le quedó el dedo gordo como la barriga del Chanco Rivero, y más morado que lechuga de la huerta de doña Visitación.

Tan al pedo sería esa pelota dura, que el único juego que se le ocurrió al maestro era ver quién la tiraba más lejos. Más aburrido que esquilador en invierno.

Otra ocurrencia cartelera del maestro Villa fue ponernos en fila, y hacernos arrodillar como si fuera carrera de canutos ensayando alabanza. Y ahí nos pegaba un pitazo que nos dejaba medio sordos. Y salíamos disparados. Quería que nos espantemos como caballos resabiados por la tormenta. Y ni siquiera podíamos ponernos a conversar porque se encabrestraba.

La primera vez, la verdad yo estaba curiosa y medio entusiasmada por la novedad. Nos juntó atrás de una sogá y nos soltó con una patada a todos juntos.

Empezó divertido el juego. Todos los compañistos nos reíamos.

Después se puso jodido porque entró a hacer una clasificancia que no nos gustó nada. A mí, a la Ignacia y al

Eusebio nos sacó en un aparte, y todo porque llegamos un poquito adelantados a los otros.

Yo me quedé medio asustada porque seguro que nos habíamos mandado una cagada. Eso de andar dejando a los compañistos atrás la verdad que es jodido, por más que uno se entusiasme un poco al principio.

Pero el maestro Villa se nota que andaba más loco que la burra del Serafín, porque nos felicitó y nos dio unos besos.

Y a los demás los mandó a jugar al fútbol, que es lo que todos queríamos, y se quedó con los tres meta hacernos disparar y mientras miraba en su reloj quién sabe qué cosa.

Enseguidita nomás, yo, que por un lado estaba aburrída de las disparadas relojerías, y por otro quería jugar al fútbol, entré a mermarle el enviñón.

También lo hice por la Ignacia. Pobre Ignacia, que siempre la obligaban a ganar en todo. Jodido ser el que tiene que andar primereando siempre. Porque de última, el que primerea se queda solo.

Y así siguieron los saltos, para arriba y a lo largo.

Parecíamos propiamente más caballos que chicos.

¿No nos estaría enseñando para bichos el maestro ?

El papá del Américo, que vivía cerca de la escuela y veía las correteadas desde hace varios días, le puso queja al maestro y pidió que llamara junta de padres.

Pero Villa lo invitó a tomar unos mates, y antes de entrar a la cocina le mostró el cartel y le habló en difícil que es una buena manera de hacer que el otro no encuentre la palabra.

Impresionado y hasta medio conforme quedó el papá del Américo.

Facilidad de palabra del maestro Villa que nadie discutía.

El mismo día que la mudita Aurora enganchó el cartel con la olla del guiso y lo dejó todo roto y enguisado, al maestro Villa se le vino abajo una tira de su pantaloncito.

Ahí, por suerte, le entró a mermar el entusiasmo.

Al poco tiempo pudimos volver a nuestras rondas y a nuestro fútbol a un montón de goles, que son la mejor razón para pasarlo divertido.

## LA EMPRESTADA

La cuestión es que doña Visitación Treupán estaba más sola que canuto en nguillatún. Su marido se le había ido a arreglar esas asuntos de papeleta de los veteranos.

Que es un modo de prepararse a morir. Antes, que no había tanto papeleo, sería más fácil esto de morir. La muerte, por decir de alguna manera, era despapelada.

Doña Visitación era buena amiga de la casa. Siempre solía caerse con algún pan recién horneado, o las mejores sopaipillas del paraje.

- Perdóneme la molestia, doña Julia, pero si no ocupa estos días la hija...

En realidad, tanto doña Visitación como mamá esperaban la aprobación de la abuela.

Se nota que la abuela dijo que sí, pero con la mirada nomás, porque yo no escuché ni un suspiro. Hay veces que las miradas valen más que todas las palabras.

Además, doña Visitación era muy buena. Un poco mal arreada a veces, cuando los coltros hacíamos mucho bochinche, en realidad era muy apreciada por la población. Tan atenta con el vecinaje, siempre sabía lo que le pasaba a cada uno y a todos. Y no sólo en el paraje. También manejaba noticia de afuera, que quién sabe cómo le llegaba.

Y ahicito nomás junté las pilchas y rumbeé para lo de la vecina. Tan lejos no era, porque la lomada era apenas parada, pero el sol daba fuerte esa tarde.

El asunto fue que pasé un tiempito con doña Visitación.

De entrada no me acomodé demasiado. No sé si porque le ponía mucha sal a la sopa, que por otro lado tenía mucha sustancia, o porque la pilcha de dormir era muy pesada.

Pero en seguidita, con mis visitas a la ruca, o las del Cilindro y el Choroi, la cosa mejoró. Más encima, la picada de leña nunca fue problema para mí, y eso que el hacha de doña Visitación dejaba mucho que desear de lo humillada que estaba. Cortita como patada de chanco, parecía martillo de tanto uso y

abuso. También las hachas tienen su tiempo, y merecen su descanso. Mismo que a las personas.

Los que no estaban mellados eran sus recuerdos.

¡Qué lindo le salían las contadas!

A la novecita, después de la última comida, mientras le hacíamos a la lavada, era como si se sacara el bozal, y le metía parejito. Y no le aflojaba a la lengua. Con un contar que llegaba hasta bien adentro.

Era más veterana que la abuela María.

Eso sí, había que ponerle la oreja porque si no le agarraba el corcoveo y se mandaba a guardar.

Pero por mi parte, podía quedarse muy tranquila porque para escuchar a los veteranos siempre fui más alentada que caballo volviendo a la querencia.

La historia que más me llegó fue la de don Pascual Loncón. El padre de mi abuela María. Que siempre estaba en boca de los pobladores, aunque muy pocos lo llegaron a tratar. Los que lo conocieron comentaban que si él viviera, las cosas serían de otro modo.

«El hombre siempre fue muy consultado. De él salían las mejores ideas. Adónde iría el piño de cada familia, si la juntada de dos jóvenes iba a resultar, de cómo se repartían los bienes de un finado. Nadie como él para calcular cuántos vacunos y yeguarizos tenía que pagar un hombre a los padres de la mujer que pretendía.

Su fama de hombre justo se lucía cuando había diferencias. Por animales, deslinde de tierra, o lo que fuera.

Si la cosa era entre gente de la agrupación, se facilitaba porque su opinión era definitiva. Aunque siempre hacía un trahún, y pedía la idea de todos los interesados. Más que nada la de los veteranos. Los escuchaba con atención y respeto porque decía que la aprendencia de los demás acorta el error propio.

No solía levantar la voz, pero si lo hacía todos se inquietaban.

Ordenaba los entreveros, y le tocó vivir tiempos entreverados.

Cuando la cosa era con los de afuera, y no se llegaba a un arreglo, él autorizaba el malón. Maloqueó poco pero lo necesario.

Hasta que aparecieron los huincas. Y ahí sí que se desordenó todo. También ellos se lo tuvieron que aguantar.

Por ser lonco le correspondía más campo que a cualquiera, pero jamás lo aceptó. Y eso que no era como esos loncos flojos, que no trabajaban su tierra.

Demasiado alentado para cuidar sus animales, por eso no se le morían muchos. Claro, siempre que no les agarrara un temporal de los de antes.

Nunca se le abichaba el animal que castraba. Y amansaba al potro de palabra nomás. Nada de rebenque. Y le salían bien buenos.

El cahuel lefún<sup>63</sup> lo tenía siempre participando. Dicen que era muy delicado para eso. Jineteaba sus caballos, y ya desde días antes dormía aparte de doña Antonia, porque no es bueno para jinetear caballo haber jineteado mujer.

Hay quienes opinan que le iba bien con los caballos porque la noche anterior a la carrera asperjaba orina de mujer embarazada en el camino del otro caballista. Pero no escuché que hubiera robado el rastro del otro caballo y le hiciera brujería.

Disponía de buenas papas y granos. Tampoco le hacía asco a la huerta. Siempre abonó la tierra con el guano que sacaba del corral. Y jamás le faltó el agua. Manejaba su canal con una delicadeza que daba gusto. Lo llevaba como a un hijo entre la roca y el valle hasta su embanque. De allí se servían unos cuantos vecinos. Nunca se le tapó de yuyos y le rendía parejito todo el año.

Por esas cosas que don Pascual enseñó a nuestra población seguimos juntos, no como en otros parajes que la gente anda cada uno por su lado. Como si fueran puebleros.

Cuando estaba en un trahún, su opinión era esperada. Y no había junta o fiesta en la población que no lo tuviera en cuenta. Nunca se le dio por ser rogado.

Al lado del fogón, soltaba cantos que era un contento. Cantos de amor y de guerra. Y no repetía ni por un casual.

Hombre grande, alto, fuerte. Eso sí, bien feo. Tanto que pocos podían mirarlo sostenido.

Pero no por feo tenía una sola mujer.

Los loncos<sup>64</sup> más poderosos tenían muchas mujeres porque

podían mantenerlas. Al parecer al abuelo Pascual no se le daba por ahí. A pesar de que era bien conocida su riqueza. Por herencia y por hecho. No sólo tenía animales y tropilla de un pelo, buena casa, ropa y muchas piezas de plata. Por eso solía sacar de apuro a los que le pedían una mano. Siempre y cuando a su opinión lo necesitaran y merecieran. Y no se equivocaba en el semblanteo.

Pero su orgullo más apreciado era el trai-lonco<sup>65</sup> que lo acompañaba en el purrún<sup>66</sup>. Sus cascabeles estaban capacitados para armar cuatro músicas distintas, cada una con su destino. Una daba fuerza, la otra sabiduría, una para el dolor y la otra para el amor. En medio del baile era Nguenechén el que nos hablaba por la música.

De familia antigua y apellido de largo alcance. Y eso que su esposa machi, doña Antonia Kolupán, tenía muchas hermanas y primas para elegir.

Puede que doña Antonia también fuera mucha mujer. Porque también se decía que don Pascual nunca tuvo que pegarle con chicote.

Y por si todo esto fuera poco, tuvieron cantidad de hijos. Tu abuela María fue la menor. Tanto que ni siquiera llegó a conocer a su padre, que murió antes de que naciera.

Según los veteranos la preñó a doña Antonia después de muerto.

Capacidad de él y de su esposa machi.

¡Lo que es el rejunte de poder!

Jugaba muy bien al palín<sup>67</sup>. Conocido por su agilidad, se privaba de mujer días antes de una partida grande para tener ligereza.

Y siempre llevaba la bola a un viejo y famoso jugador de chueca. El veterano hacía una rogativa y ponía la bola en el pecho para pasarle su capacidad de jugador. A la noche, el viejo soñaba el resultado y entonces nuestra gente sabía si tenía que apostar mucho o poco. Eso sí, por delicadeza nunca dejaban de hacerlo.

Cuando los hombres querían un juego de chueca, mandaban un huerquén con el hilo de nudos pidiendo junta. Uno de los pobladores quedaba como dueño del juego y tenía que

elegir un nguépín<sup>68</sup> que saludaba a los invitados, organizaba la comida y que no les faltara chicha.

Y el nguépín solía ser el abuelo Pascual. Es que era muy conocedor de las costumbres de los antiguos.

Más que bravo para pelear. En esto si parece que manejaba brujería, porque tenía polvo de hueso de león adentro suyo. Para peor le robó el resuello a un león que mató con sus propias manos.

Desde joven fue capitanejo, a las órdenes de su padre que era el lonco. Y enseñaba a los mocetones a pelear. De a caballo y de a pie. Con boleadoras y con lanza.

Mucho se ejercitaban. A pleno galope sabían esconderse detrás del cahuel para que no le lleguen las balas.

Y cuando gritaban sus alaridos espantaban a los huincas. Hasta aprendieron a manejar el sable y la carabina. Su carabina era una de las pocas de la agrupación. Contados eran los mapuches que podían costearse una carabina. No como los soldados, esos sí que usaban mucho dinero, porque a ninguno les faltaba.

Hasta cañones tenían, que eran como una carabina pero mucho más ruidosa.

¡Qué épocas entreveradas! La agrupación de don Pascual respondió al Gran Lonco Valentín Saihueque. Lo mismo que todas las de la región.

Los dueños de la gran ciudad le tenían miedo porque se les daba por alambrear las tierras de Nguenechén.

Los milicos no fueron los primeros en llegar. Por adelante se aparecieron los curas.

¿Por qué les llamarían padres si ni siquiera sabían hacer hijos?

¿Y por qué curas, si ni siquiera sabían hacerle al ojeo?

Decían misa en lugar del nguillatún<sup>69</sup> y no aceptaban que los hombres tuvieran muchas mujeres aunque pudieran mantenerlas.

Ellos no tenían ni una, capaz que para dar el ejemplo. Tipos raros los curas. Amables para decir que no.

Tampoco acordaban con nuestros malones, pero siempre después de ellos venían los milicos que maloqueaban a lo tonto. Y nunca les escuchamos levantar protesta.

Cuando se vino el gran malón huinca nadie lo esperaba. Los dueños de la gran ciudad tenían parlamento con la gente de Saihueque. El acuerdo era no maloquear de ninguno de los lados. Pero ellos lo hacían a su manera plantando alambre por todas partes.

Con alambrados bien largos nos trancaron primero la pasada y después a nuestra gente. Entonces fue que nos echaron a los piederros.

En cambio nos daban algún poco de harina, tabaco, azúcar, yerba, y raramente un animalito. La generosidad se les lucía con el aguardiente. Con el agua de fuego nuestra gente se nos fue destemplando.

Trataron de destemplanarlo al abuelo Pascual. Le ofrecieron pensión, que era como un sueldo, para que sea también huerquén de ellos.

Para más le quisieron regalar ropa de milico. Pilcha de color firme con botones dorados. Hasta sable, botas y montura.

El abuelo Pascual ni lo consideró.

Total, el ya tenía sable, no necesitaba montura pues era de andar en pelo, y seguro que las botas le quedarían chicas. Conocido por todo el paraje la semejante pata que lucía don Pascual Loncón.

La cuestión es que se vino encima el malón huinca. El abuelo y su gente fueron de los primeros en no dejarse atropellar.

Juntaron unas cuantas lanzas, montaron sus mejores caballos y mandaron a los bomberos a espiar los movimientos de los milicos.

En el nguillatún salió por intermedio de doña Antonia Kolupán que las carabinas y los cañones iban a ser más que las lanzas, pero que así tenía que ser.

La carga de los lanceros de don Pascual, con él al frente, dicen que fue hermosa.

Todo pasó en el valle al lado del río. Una mañana en que el cielo lloraba.

Los gritos se entreveraban con el rugido de los cañones. Uno por uno, los mocetones y los capitanejos fueron cayendo en el intento. No sin antes pasarse a llevar a unos cuantos milicos.

Don Pascual fue el último en caer. Se cansaron de meterle

balas y sablazos. Su cuero, y el de su caballo humeaban de calor y de sangre.

Igual siguió bajando milicos que era un contento. Estaba tan entusiasmado que no se dio cuenta de su muerte.

Ni siquiera les dio el gusto a los caranchos. Es que se recordó que tenía que juntarse con sus mocetones, aquellos a quienes había enseñado las cosas de la pelea, y salió volando al Wenu-Mapu.

Por los agujeros humeantes de su cuerpo le entraba la luz de las balas y de los sables, mientras las cuatro músicas de su trai-lonko remontaban el espacio.

Y su cara se iluminaba cada vez más.

Nadie ya se recordaba su fealdad.

Y las músicas y la luz se juntaron en un arco iris, que apareció en ese preciso momento para buscarlo y llevarlo junto con sus bravos.

Don Pascual Loncón, camino al Wenu-Mapu, se veía hermoso.»

Pasé una temporadita con doña Visitación. Se fueron rápido los días, entre contadas y contadas.

Después de tantos regalos, una mañana me despidió con dos besos que todavía me suenan en los cachetes.

Y por si fuera poco, cuando llegué a la ruca, encontré sobre mi cama el presente de mi abuela María: el trai-lonko que había sido del abuelo Pascual Loncón.

## EL ASADO DEL MAESTRO

Al tiempo de haber llegado, el maestro de hablar cantando anunció vacaciones.

- Así descansan, niños.

La verdad que para descanso buena estaba la escuela. Con las rondas, el paseo de ida y de vuelta, los compañistos. Venía el frío y en la casa, a una siempre le encontraban tarea.

Más encima la comida no era segura, aunque en la escuela también sabía fallar. Como cuando al maestro no le llegaba la partida del pueblo.

¿Pero por qué siempre teníamos que arreglarnos con la partida? Hubiera sido lindo recibir alguna vez la entera.

Para más, capaz que a la inspectora le tocaba en ese tiempo andar peinándose. Como para perder el tiempo en macanas de alimentación escolar.

Me acuerdo el lío que se armó cuando la Cinthia se peleó con el tío Julio por el asunto del cilantro. Para mejor al tío también se le daba por la sal de lo lindo. Firme el tío Julio para cocinar. Y a la maestra se le notaba que tenía el gusto más pueblereado que camioneta con color de churretera.

La cuestión es que un día le tiró la comida de don Julio a los bichos. Fue una fiesta para las gallinas. Pusieron unos huevos con gusto a cilantro, las pobres. Así les habrá quedado el culo de oloroso.

Pero volviendo a los asuntos del maestro Villa, se le ocurrió juntar a los vecinos y habló de hacer un asado para todos, los chicos y los grandes.

El vecinaje se la vio venir, y aunque a nadie le sobraba, es sabido que a la paisanada se le da por lucirse en las reuniones. Por eso don Serapio aportó con algún chivo nuevo, doña Elsa, que no al pedo tiene horno de barro, se ofertó para los panes siempre y cuando la escuela le pase la harina. Hasta la grasa se animó a poner.

Ni qué decir del pastor Lucio, que ni siquiera tenía chico

para escolar, pero de puro agrandado nomás se anotó con un par de corderos. Gesto que levantó mucha comentación.

Se tenía confianza el maestro Villa. Y la verdad es que le cumplió la gente. No sé si por haber caminado el paraje casa por casa, no sé si por los mates que rapidito nomás convidaba a la gente que se acercaba a la escuela.

Nada que ver con la Cinthia. Sería por incompleta, o por despintada, o por el ruido que levantaba entre las mujeres. Lo cierto es que cuando ella llamó para fiesta, sólo respondieron, medio como de compromiso, los más cercanos a la escuela.

Por suerte, no se animó a pedir la pobre. La cagada es que invitó para locro y apenas le alcanzó para guiso. Seguro que no era su intención joder, pero nadie la pudo entender en sus conversas.

Así fue nomás que el último día de escuela no fui sola. Me acompañaron la mamá, con su blusa verde de desujetar el tranco, y el papá, que vino especialmente de la estancia con un cordero y los fierros para asadores que pidió al patrón. ¡Se pasó de generoso el patrón!

Porque en general no era mucha correspondencia la que tenían con la escuela y con la gente del paraje. Raro, porque después de todo, el peonaje salía siempre del mismo lugar.

Para más, yo llegué bien agarradita de la mano de la abuela María, que por suerte no la habían precisado y estaba disponible.

Y ahí nos juntamos todos los que éramos, los que pudieron poner algo, y los que pusieron las ganas de comer. Estaba la gente del culto de la mamá y las del otro culto. Los que vivían cerca y los de lejos.

Y yo más que contenta... Por fin podía ser un poco la dueña de casa. Me sentía bien recibiendo a los míos en mi escuelita.

Don Juárez también había venido. Tenía una escarapela grandota, del tamaño de una buena sopaipilla tirando también a grasosa, tejida en lana de dos colores, prendida vaya a saber cómo en su boina colorada. Le había llegado el patriotismo a don Juárez.

Según doña Visitación, la escarapela se la tejió su novia, la que andaba a kerosén.

¡Qué hermosa le quedaba la escarapela!

Y él lo sabía, porque la andaba revoleando de aquí para allá.

Tenía el vino en el Buen Trato y también lo llevaba puesto, por ahí para hacerle buena fama. Y bastante seguidito bajaba de a varias damajuanas, que anotaba en su renombrada libreta negra con olor a queso.

Ya se cobraría sus buenos cueros, gustosamente pagados por los vecinos. Siempre decían que la vida es para vivirla. Y a mí se me hacía razonable.

Mientras los asadores empezaban a chillar, sonó la campana como de terminar recreo.

Pero no. Era campanazo de anunciar maestro.

Confianzado el hombre, a más de campanear revoleaba las manos para un lado y para el otro, avisando que él mismito iba a meterle al discurso.

Y toda la gente rapidito se acercó a escucharlo. Se nota que lo querían semblantar y de paso cumplirle. Es sabido que no cualquiera es buen nguepín, encargado de parlamentear. Y más tratándose de maestro pueblero.

Luego de saludar, ahí nomás empezó a hablar raro. Hablaba de lucha, de guerra. Me dio un poco de cagazo cuando habló de la explotación de la gente. Jodida la explotada. Porque cuando una vuelta mi vecina guardó la chicha y se fermentó en la damajuana, la explotada que pegó le dejó la ruca patas para arriba. No quería ni pensar lo que le pasaría a un paisano endamajuanado.

También habló de gente mala, que tenía mucho, y de gente que no tenía nada. Pobre gente esa, jodidos por no tener un vecino que les preste un catango, o que le arree la chivada cuando la enfermedad. Gente que seguro nunca tuvo una abuela que lo cuide.

Primero el vecinaje, respetuosamente, trató de entender. Pero no había nada que hacerle, porque hablaba muy en difícil.

Para peor, la cosa se alargaba.

Por ahí, paraba un poquito, por si alguien le respondía, pero al pedo, porque la cosa era de él nomás. Pobre, tan participado a veces y en otras...

Encima, el olorcito de los asadores pegaba una vuelta por las narices como diciendo... para cuándo.

Entonces, primero con disimulo, las cabezas se fueron volteando para el lado de los asados. Y al ratito nomás ya casi nadie escuchaba.

Los oídos y las patas se salían de la vaina por el acordeón del Ojo de Pato, que solía venir sólo para las grandes ocasiones.

Al rejuntemiento se sumó un chileno que traía mucha fama de hacerle sonar lindo a la corneta. Prometía mucho la musiqueada.

Para colmo de males, cuando la gente ya le daba la nuca, y hasta el mismo maestro se había convencido de que ya no era el tiempo, sentí que el abuelo Pascual me ocupaba la palabra. No me quedó más que dar un paso adelante y largar:

«Yo no sé de qué pelea me habla. Esa es cosa de huinca. Usted, como nuevo, debería ser más prudente. Nuestra pelea no es ésa. Nosotros peleamos por la tierra. Y más, después que los huincas nos robaron con muchos palabrazos».

Todos quedaron tiesos. Y el primero, el maestro Villa. Me dio lástima. Yo, por adentro, le reconocía la intención. Pero a veces la intención no alcanza ni para muestra.

Y ahicito nomás, la gente se fue derecho a los asadores. El pobre maestro Villa quedó más descolocado que corneta en culo.

No le fue bien en la semblanteada.

## DE SUERTE Y MERECEMIENTOS

Pensando en doña Bristela se me hacía que la suerte no se tenía así nomás. Porque antes de que le hiciera merecimiento las había pasado bien duras.

Para empezar por algún lado, buen lugar puede ser el techo. Que de última, es un lugar como cualquier otro. Eso sí, más alto.

En un negocio por demás comentado por todo el vecinaje, doña Bristela le entregó a don Juárez aquella primavera casi todos sus chivos nuevos. A cambio el mercachifle le entregaría un techo de chapas para su ruca vieja.

Pelo a pelo fue el negocio.

Como fue trato público, todos nos quedamos pensando.

A algunos le conformó la cosa. Porque traer un techo de afuera era un progreso para el paraje. A otros, en cambio, les pareció una ofensa. Es que el carrizal<sup>70</sup> de la agrupación era muy reconocido. Hasta el Fridan de la estancia lo había ocupado para armarle techo a sus caballos cuadreros.

Los más ofendidos, y con razón, fueron don Belarmino Colipán y sus dos hijos varones. Los tres capacitados como nadie en hacer techos carriceros.

No por nada los llamaban los ranculches<sup>71</sup>. Le tenían el tiempo justo para el corte.

Ya todos sabíamos cuándo se le acercaba la época, porque armaban rogativa pidiendo a la lluvia y al viento que se amiguen con el carrizo para sus techos. Que lo traten con paciencia, para así proteger a los paisanos y a su buen nombre.

Era conocido que todavía de noche, cuando la luna entraba a aflojar, don Belarmino y sus hijos, armados de buenos fierros se entregaban al corte del carrizo.

Decía algún vecino que le habían contado que los hombres de la familia Colipan en ese momento lloraban. Sería por eso que el carrizal, cortaran lo que cortaran, se hacía cada vez más fuerte. Es que lloraban orgullo, y eso le sustanciaba la crecida.

La cuestión es que el trato de doña Bristela trajo inquietación al paraje.

Promediando el verano, don Juárez, para hacerle el cumplimiento a la palabra, se apareció con el techo. Al menos según su entender. Que no solía ser el entender de todos los paisanos.

Y entró a descargar frente a la ruca de doña Bristela cantidad de chapa de cartón. Según su decir, ni una menos de las que correspondían al tamaño del techo y al rendimiento de los chivos. Atajó justito la cuenta por todos lados el hombre.

Y ahí nomás quedó el chaperío. Amontonado como bosta de caballo. Que para unos era techo, para otros una picardía y para todos una confusión.

Yo no hallaba para dónde disparar pero me preocupaba el reparo de mi vecina.

Como era cosa pública se armó junta para discutir. Muchos pensamientos se cruzaron.

Algunos, los más apegados, dijeron de armar con el chaperio un buen fueguito para que no quede ni muestra. De paso y como quién no quiere la cosa, se aprovechaba para saludar al Pillán, que es goloso para los saludos llameantes. A otros, que se decían más progresadores, se les dio por armar el techo y asegurarlo con palos y piedras. No faltaron los delicados que trataron sin suerte de invitar a los techistas ofendidos para que dieran las indicaciones.

Pero todo fue dejado de lado cuando doña Bristela contó un sueño que había tenido. Se soñó durmiendo al descampado, como las chivas. Que un viento muy fuerte soplaba y barría con todo menos con ella, gracias a que se había atado con tiento a la montaña de chapa.

No quedó otra. Así tenía que ser. Si no, para qué servían los sueños de doña Bristela, qué joder.

Y ese mismo día, los hijos sus hijos se entusiasmaron recortando tientos de cueros sobados de cogote de guanaco. Porque es sabido que es el que más se estira y que cuando seca aprieta como mozo enamorado.

Querendón el cuero de cogote de guanaco.

Una vez que se armaron de bastante tiento, y parte por

parte, entraron a cambiar el viejo techo de carrizo por las famosas chapas puebleras atadas a la varonada con los tientos querendones.

Resolvieron no hacerle caso a las comentaciones del vecinaje, que a esa altura de la techada y a pesar del sueño de doña Bristela, abundaban en la desconfianza.

Y en una jornada larga para los de arriba y corta para los de abajo el techo quedó puesto.

Doña Bristela, como debía ser, armó fiesta. Para estar a la altura del festejo mandó carnear los cuatro chivos nuevos que le quedaban.

Don Mario, como siempre y para no ser menos, sacó a relucir un par de damajuanas grandes que se venían salvando de todas las juntas desde la última visita de don Juárez.

No faltaron las tortas fritas, el pan ni las comentaciones de doña Visitación, que venía todo junto o no venía.

Tampoco la alegría de la verdulera del hijo de don Acaso. Que no sería como la del Ojo de Pato pero era del paraje y no le desentonaba nada. Lástima que no hubo forma de avisarle al cornetista chileno.

Al ratito nomás le empezaron a hacer el honor. Y se armó el baile.

Y entre música, trago y tajitos al asado, se principió a dejar sentir una brisita de abajo. No se le prestó atención, porque no era cuestión de andar descuidando el fiesterío por cualquier airecito.

Pero la brisa se pasó a viento y la cosa cambió feo, sobre todo cuando el chaperío entró a sonar.

Resultó rara la sonajeadada. Porque el carrizo era bien mudo con el viento. Capaz que para aguantarle más. Como mujer pariendo, que según la abuela si se larga a gritar, la fuerza se le pierde por arriba y no por abajo.

Pero el techo pueblera se puso a quejar cada vez más fuerte. Y no hubo tiento querendón que lo pudiera consolar.

Al ratito nomás se armó el desparramo de chapas, seguido del desparramo de paisanos para agarrarlas.

Los que no se pudieron mover fueron doña Bristela, sus hijos y los mamados de siempre. Los dueños de la fiesta, de la

sorpresa, y los mamados porque es sabido que el vino no se hizo para andar juntando chapas por ahí.

No faltaron las comentaciones, sobre todo de algunas vecinas, de que el viento fue mandado por el Pillán por tanta agrandadez, o de que el peuma de doña Bristela no había sido entendido en su buen sentir, porque dónde se ha visto que un sueño se equivoque.

Pero todos, mamados, sorprendidos, charlatanes, mal entendidos y juntadores de chapas, se quedaron tiesos cuando aparecieron don Belarmino y sus hijos.

- Nos manda la abuela María.

Y ahí nomás se pusieron a juntar las chapas que quedaban desparramadas sin siquiera decir tiento va, tiento viene.

Esa misma noche, todo el vecinaje sintió moverse a los ranculches, la familia del carrizo, de aquí para allá. Y a ninguno le agarró la ocurrencia de salir. Porque no hubo necesidad de peuma para saber que ese desquite era sólo de ellos.

La luna los acompañó todo el tiempo y el Pillán mandó a guardar el viento adentro del cerro. Dentro de todo, respetuoso con los ofendidos el Pillán.

Al otro día, bien tempranito, ya estaba colocado el techo nuevo de carrizo. El más hermoso que jamás habíamos visto.

Los capacitados ni siquiera aceptaron los cuatro lanares que solían pagarle por la techura. Eso sí, esa noche don Belarmino y sus hijos se agarraron flor de pedo. Bailaron entre ellos sin necesidad de la verdulera del hijo de don Acaso.

Se nota que tenían música propia.

La música del carrizo.

## DE MERECIMIENTOS Y DE SUERTE

Se fue callado y sin saludar a nadie. Ni siquiera a su tía Bristela. Capaz que para que no se le pegue su mala suerte. O capaz que si las cosas no le salían, para poder zafar a su vuelta de las comentaciones.

Pero ya en la primera junta que no estuvo el Epifanio, se notó la falta. Porque no aparecieron las palabras adornadoras, esas tan lindas que él ponía para condimentar las reuniones. Por ahí que no eran palabras sabias, pero sonaban importantes, y más porque cuando hablaba sonreía.

De a poquito nos fuimos acostumbrando a las juntas sin dichos sonrientes. Es que también todos teníamos que reconocer que los que principiaban a mayorear se fueran a probar suerte al poblado. Y a pocos se les daba por volver. Salvo para los nguillatunes, por supuesto.

Desde el principio nos dimos cuenta de que a doña Bristela la falta le caía más pesada que a nadie. Entró a salir poco y nada. Si hasta sus hijos le molestaban. Tal vez porque a ninguno se le daba por sonreír. Le salieron más serios que milico cobrando multa.

Todo el vecinaje sabía que doña Bristela había criado a su sobrino desde muy chico. Y estaba visto que la veterana era necesitada de la picardía del Epifanio. Es que la gente que jode con alegría, es más lo que chistea que lo que molesta.

Hasta que un día empezó a recibir paquetes enviados por el sobrino sonriente. Unos paquetes especiales.

Del largo de un rebenque que se los traían los maestros, Tití, don Juárez, cualquiera que viniera del pueblo.

Nadie sabía qué había adentro de los paquetes. Bueno, tampoco qué había adentro de un maestro. Pero a medida que le llegaban, el semblante de doña Bristela iba cambiando.

Al poquito tiempo nomás, la veterana era de nuevo una sonrisa caminando.

Y como no podía ser menos, empezaron las comentaciones. Había ruidos de todo tipo.

Estaban los que decían que recibía por las noches la visita

de un brujo. Que la dejaba muy conforme y que le anunciaba por los paquetes especiales cuándo se le iba a acercar de vuelta.

No faltó el preocupado, porque es sabido que los tratos con brujo pueden ser de mucha entretención, pero no dejan de ser jodidos.

Otros decían que al techo de carrizo de don Belarmino y sus hijos, le pasaba por las noches un canto de luna y ranas.

Pero todos acordábamos que la mala suerte de doña Bristela era cosa del pasado. Porque acaso, dónde se ha visto mala suerte con sonrisa.

El hecho es que doña Bristela y su sonrisa se fueron dejando ver cada vez menos en el paraje. A los que iban a verla los atendía muy sonriente pero de afuerita nomás.

Lo peor de todo, fue que las comentaciones no duraron mucho. Porque una sonriente mañanita de primavera se resolvió a buscar otro techo.

Con la abuela y la mamá ese mismo mediodía no tuvimos tiempo ni de comer, porque los hijos de doña Bristela, los legítimos dueños de la muerta, anunciaron velorio.

Fuimos de las primeras en entrar. La abuela María tenía que acompañar a doña Bristela en su viaje. Y yo tenía que ir aprendiendo de esas cosas de la muerte y de sus recorridos.

- La vida sin la muerte, Aimé, es como un arroyo que no corre.

Se las tenían bien guardada doña Bristela y sus hijos. Adentro de su ruca, tapando las paredes y el techo, descubrimos el secreto de los famosos paquetes.

Eran ni más ni menos que las sonrientes fotos del jefe de la política. La misma foto se repetía en todos los carteles. La que solía aparecer en las boletas de las cajas con comida en la época del voto. ¡Bien sonreidas las paredes! No importaba nada las señas que hacía con los brazos. Ni las letras que aparecían. Sólo importaba la sonrisa. Una sonrisa conocida desde siempre. Por eso es que el jefe de la política nos resultaba conocido.

A los dos días de velorio paró un auto largo y azul en el huellón. Brillaba el auto por todos lados, como sonriendo.

Y como no podía ser menos, de ahí bajó un Epifanio sonriente. Traía pilcha y compañía pueblera. Ni así tardamos

nada en reconocerlo. Todos nos dimos cuenta que era él mismo el que manejaba.

¡Casi nada el Epifanio! Acompañado de mujer pueblera y dos bigotudos manejando auto sonriente. Azul para más.

Trajeron de todo. Velas, como para unos cuantos muertos, bebida blanca para los grandes y caramelos para los chicos. La pueblera empezó a repartir besos a todos, pero de un solo lado como para no gastar demasiado la cara. Y convidaba cigarrillos largos a todos los que se le cruzaban. Pocos fueron los que se animaron a prenderlos. Porque casi ni olían a tabaco. Olían más bien a perfume de maestra.

Los bigotudos daban la mano fuerte y entre apretada y apretada, sacaban fotos y nos dejaban los ojos como chispa adentro de la ruca, porque las m quinás que llevaban armaban refucilo en pleno día.

Se puso tan bueno el velorio que casi nos olvidamos de la muerta. Los chicos ocupados con los caramelos, y los grandes con el asado, la bebida y las contadas de los puebleros.

Y entre trago y trago, los bigotudos nos asombraron hablando de los progresos del Epifanio. Había llegado a ser nombrado chofer y guardador de la espalda del jefe de la política. Delicado de atrás el hombre. Raro que no le guardaran el culo también.

Después de caramelear un rato, se me aturdieron los cachetes y la cabeza. Para salir del ruido, no me quedó otra que acompañar a doña Bristela.

En eso estaba, cuando a los políticos, que andan siempre apurados, se les dio por volver al pueblo.

Y todos, los bigotudos, la besadora de un solo lado y el Epifanio, pasaron a despedirse.

Entonces entendí. La brillante sonrisa de doña Bristela en el cajón era la sonrisa del jefe político de los carteles que empapelaban su ruca, y sobre todo, la sonrisa del Epifanio. Nos salió capacitador el hombre.

Después del entierro aparecieron los sobres cerrados de las cartas que todo ese tiempo le había mandado a doña Bristela. Estaban todas juntas sin abrir.

Ni falta que hacía.

¡ Mejor una sonreída que cualquier palabrazo !

## LAS NECESIDADES Y LOS ENCUENTROS

Por ese tiempo hubo un sucedido a un tal Andino Quintriqueo y a su familia. También conocido como el Panza de Yegua.

Se entiende que yegua preñada, de esas bien gordas, porque hay yeguas flacas también. Como las de la travesía, que tienen que hacer una rogativa para encontrar un pastito.

La falta lo había perseguido toda su vida. Nada que ver con la semejante panza que había podido conseguir. Ese lucimiento también lo tenían su señora y sus hijos. De lejos no se sabía si eran una familia o una tropilla. De última eran una familia tropillera.

Resultó ser que se estaba terminando el tiempo de veranada. Los paisanos se retiraron al bajo. Ya había caído una nevada más que avisadora.

No se supo bien si por flojera de armar viaje, o para aprovechar los últimos pastos, los Panza se dejaron estar.

Don Ceferino Linares, el último que se retiró antes que ellos, les hizo mucha insistencia. Pero nada, los Panza reforzaron la ramada, sin exagerar, y se quedaron aguantando.

Las malas lenguas, que nunca faltan, dicen que los Panza en realidad esperaban un arreo que les venía de Chile por encargo del Fridan. Pero eso, capaz, era solamente un decir. Porque muchos lo nombraban como cuatrero pero yo no lo creí. Si siempre andaba con su familia que eran más de cuatro.

La cuestión es que la hacienda no llegó. Y lo que sí llegó fue tamaño temporal que no se veía hace unos buenos años. Parecía que el Pillán se estaba sacando las ganas. El viento y la nieve lo cubrieron todo como un poncho.

El que llamó rápido a junta en el paraje fue don Ceferino. Se culpaba el hombre por no haberse traído a la rastra aunque sea a los Pancitas. Que encima eran amigos de sus hijos. Después de todo veranaban casi al lado.

En la misma junta, y olvidándose de la nieve y del viento, salieron dos huerquenes con montado de recambio para que

fueran a pedir ayuda a los gendarmería del pueblo. Según las comentaciones son milicos de buscar gente y de parar arreos.

A los tres días cruzó para la veranada un grupo buscador de panzones. Iban bien montados y con buenos abrigos. Se le habían agregado nuestros huerquenes, y en el paraje también don Egidio Queopán, al que le prestaron caballo y le prometieron la cuida de sus bueyes, porque si no se los tenía que llevar.

Claro que por más baqueano que fuera, con tanta nieve encima necesitó la orientación que le dio la abuela María.

- Rumbéele para el lado de las estrellas del tirador. Y no le afloje.

Con una mirada acordé con la abuela. Yo también lo había presentido al rumbo.

Tuvieron mucho peludeo hasta dar con el puesto de los esperadores. Dicen que la nieve les llegaba en los mejores casos a la panza de los animales, y no es poca cosa. Por suerte don Egidio los llevó por el mejor camino, que no siempre es el más corto. Baqueano don Egidio. Se nota que no al pedo conversaba seguidito con el Parece y el Bandera.

No alcanza con saber el rumbo. También donde poner el pie. Porque es engañadora la nieve. Donde parece más firme uno se hunde como piche<sup>72</sup> en el agujero.

La cosa es que encontraron la ramada, y desde lejos vieron el humo. El techo les había quedado bien afirmado, y los Panza estaban mateando, después de haberse comido un buen costillar de cordero.

Sus animales se habían ganado a una cueva, y no les faltaba forraje por el momento.

Eso sí, el Panza más chiquito, un coltrito sin destetar, estaba medio afiebrado.

Les dejaron un costillar ya medio garroneado a los gendarmes, cosa que les resultó bastante escaso. Y no carnearon otro bicho. Lo que sí, había bastante mate y tortas no escaseaban.

Así que los gendarmes resolvieron llevarlos a todos hasta el pueblo. Para que vayan al hospital pero sobre todo para joderlos un poco, así tenían que pegarse más vuelta después. Eran unos cuantos los retobados por la escasez de costillar.

Además entraron a maliciar lo de la hacienda de la frontera

para el encargo de la estancia. Por eso el Andino Panza tuvo que poner declaración en el cuartel de los milicos de buscar gente y parar arreos.

Pero el hombre no estaba dispuesto a pasarla mal.

Cuando llegaron al pueblo todo el vecinaje estaba inquieto. Era conocido que había gente bloqueada.

Fue así que los Panza y sus salvadores tuvieron tamaña recibida. A la altura de sus barrigas.

Al principio, con tanta junta pueblera, los panzones no sabían cómo venía la mano. Después, al ver que todos estaban muy contentos, se animaron de a poco.

Las dos últimas cuadras, don Panza saludaba levantando sus dos brazos, y sus hijos, señora y salvadores se prendieron. Hasta se les pasó la empacada de la escasez de costillar. Después de todo, nadie lo puede negar, no cualquiera se anima a churrasquear tan tranquilo en medio de tamaño temporal.

Recién a la primavera y con semejante cantidad de cajas enteras de vicios, de ropa, y hasta de juguetes, los Panza volvieron al paraje.

¡Ni qué decir cómo les habían aumentado sus panzas!

Para mejor, traían buena ropa y zapatos. De toda clase. Camisas relucidoras. Unas boinas con alero largo de un solo lado, que me parecieron un poco inútiles, porque es sabido que el sol alumbra de distintas partes. Pero lo que despertó más comentación en el mujererío del paraje fueron las pinturas puebleras de doña Desolación, la mujer del Andino. No faltó la comedia opinando que era para que los encuentren más fácil cuando se perdieran de vuelta.

Dicho y hecho, como le tomaron el gusto a la pérdida, al otro año se volvieron a quedar en la veranada. Pero esta vez con mala suerte, porque justo no les nevó ni de muestra. Se nota que hasta el Pillán necesita su descanso.

Al final, se aburririeron y llegaron últimos pero secos, con la cabeza baja y la panza un poco menos firme.

A mí se me hizo que lo que se les había perdido para siempre fueron sus ganas de trabajar.

## LA OFENSA

Lástima no haberlo visto a lo lejos para esperarlo con mate.

Buena falta le hacía porque venía bastante adobado.

¡Pero qué se le va a hacer!

Hacía mucho tiempo que no aparecía por el paraje. La Julia decía que mejor así. Se nota que la cansó. Pero yo lo echaba de menos al papá .

Andaba a pata, y para peor ya estaba anocheciendo.

Y eso que supo armar tropilla de un solo pelo. Y gateada para más. Tropilla reconocida por los entendidos, más por su calidad que por su número.

Es que le costó mucho armarla. Parece que la madrina antes de llegar a la estancia tuvo querencia más allá de la cordillera. Así decían los conocedores, porque el papá poco hablaba.

Siempre andaba más serio que delegado de tierras. Maneras que se le habrían pegado de tanto trabajar en la estancia del Fridan.

Fue muy nombrada la tropilla gateada de don Segundo Queopán. De muy lejos lo llamaban para que la presente. Tan famosa que hasta los huincas la precisaron una vez para el adornaje de la fiesta.

El papá medio se ensoberbiaba un poco, al estilo del padrillo gateado. Era su orgullo montarlo. Según dicen, hasta le paraba a la toma para lucirlo.

Y parece que entonces se le aflojaba la cara y largaba la sonrisa. Ahí se abuenaba el papá .

Lástima no haberlo visto de más lejos. Le hubiera preparado de antes el mate. Pero cómo sentirlo, si hasta hasta al Cilindro y al Choroi se les pasó de anunciarlo.

Una vez él trajo la tropilla a casa. Yo vi a los gateados correr detrás de la madrina, que era alta y ancha. Pero sólo una vez.

Pasó que el papá los quería mucho a los animales. Por eso

se los dejó en la estancia. Para que no se les vinieran abajo por falta de forraje.

Pero fue medio al pedo nomás. Porque el Fridan nunca más los presentó en ninguna fiesta. Capaz que a él no lo invitaban.

Tendrían miedo de que se les aparezca con tropilla de camionetas y de chicas pintadas.

¡Pobre Fridan, qué desfiestado que era!

Yo estaba sola en la ruca. El llegó y entró callado como siempre. Alcancé a ponerle el cojinillo en el tronquito de matear.

Traía olor a vino y un silencio por demás. Ahí nomás manoté la pava con agua y la puse en el fogón que por suerte ya estaba prendido.

Ni que hubiera adivinado.

Se sentó en su rincón con la espalda doblada. Ni se sacó poncho y sombrero. Y ahí quedó sin levantar la cabeza.

Después de un rato me senté frente a él y le pasé el primer mate. Cuando lo estaba terminando recién alzó la cabeza. Un llanto oscuro, un llanto de mate y vino le corría por la cara.

Sólo entonces pude mirar su mirada.

Pude ver al capataz del Fridan muy enojado con el papá, ordenándole junto a otros dos peones que dejaran ya mismo de churrasquear.

«Dice el patrón que se apuren. Que hoy mismo hay que postear el alambrado nuevo. Pronto llegan los Tierra y todo tiene que estar listo.»

Seguían mis amargos mojando su cara y contándome que recién cuando llegaron al lugar mi papá se dio cuenta.

El nuevo rumbo de la corrida de alambrado cortaba el chenque de la tribu. El chenque<sup>73</sup> que guardaba los huesos de los antiguos, nuestra propia sangre.

Mientras los otros dos a pura pala hacían los hoyos atravesando el entierro, el papá, como no estando nomás, traía los postes y los afirmaba.

Montado en el que fuera su padrillo gateado, el capataz no dejaba de mirar. Maliciaba el hombre.

Sólo se fue cuando el último poste que atravesaba el chenque fue plantado.

De pronto el cielo del anochecer se llenó de rayos. Mi papá quedó en medio del remolino de viento embrujado que traía el reproche de las almas de los antiguos.

Pasó un buen rato, hasta que en algún momento, el llanto de mate y vino dejó de correr por su cara. Ya no era necesario.

Se levantó pesadamente y nunca más lo vi.

## LOS JOTES DEL PAPÁ

El papá me entró a visitar en sueños. No es que no tuviera ganas de verlo pero me apenaba cómo pudiera andar.

Me contó que las almas del chenque no lo dejaban tranquilo. Los jotes se le cruzaban por todos lados. Sólo dejaban de chillarle después de unos buenos tragos de vino, pero por un rato nomás.

¡Bien jodidos los jotes!

Me contó que el capataz del Fridan no se aguantó que él tratara de corretear los jotes con vino y lo echó sin dejarle llevar siquiera un montado de su tropilla gateada. Alegó que debía mucho consumo.

No le quedó más remedio que irse al pueblo, tirando entre changa y vino.

Se juntaba con otros hombres con quienes compartía esos asuntos. Eran sus amigos. Los únicos que lo aceptaban con sus jotes. Es que ellos también cargaban con lo suyo.

Algunas veces pasaba sus noches en un lugar donde iban y venían viajeros de muchos lugares. Otras, en una pieza muy fría, con rejas y milicos.

Ni siquiera ahí los jotes lo dejaban de atormentar.

Aquella noche me acosté inquieta. Lo soñé al papá con sus compañeros de changa, lástima y vino. Alrededor de un fogoncito en una tapera donde el viento y la lluvia no respetaban el adentro.

Los jotes estaban peor que nunca. Le revoloteaban los pensamientos por todos lados. Chillaban sin parar.

Y fue entonces que el recién llegado le dijo:

- Vos de caballos no sabés nada.

Y el papá se ensoberbió.

Hacía mucho que no le pasaba eso de ensoberbiarse. Se le vinieron los tiempos de cuando capaba a diente. De cuanto montó por primera vez al padrillo. De cuando la montó a la Julia. O le pidió aquel aumento al Fridan.

Ya no fue tiempo de palabras.  
Los cuchillos cantaron en el aire.  
Por el tajo entró una paz de fierro.  
Los jotes se espantaron para siempre.

## EL ENTIERRO DEL PAPÁ

Dicen que lo dejó en la escuela la camioneta de los milicos del pueblo. De pinta delicada, pero así y todo le dio como para atropellarle al huellón. Lástima que no le alcanzó la compadreada para llegarle a la casa. Por que hubiera sido especial que se animara y nos dejara el muerto propiamente en la ruca.

Para más señas, camioneta azul con milicos azules. Con una lucecita brillante en el techo. Bastante ordinaria la lucecita porque andaba meta prenderse y apagarse.

La cuestión es que dejaron en la escuela al papá adentro de su cajón. Medio tarde se le brindó la oportunidad, porque bastante desletrada la vida que le tocó. Por eso no le armamos velorio ahí mismo.

Que estaba adentro era un decir, porque ese cajoncito ni adentro tenía de lo regular que era. Hecho con tabla de cajón de fruta toda manchada. También con la sangre del papá .

Pero el Parece y el Bandera no le pusieron flojera y esa misma tarde ya lo teníamos en la ruca.

La mamá y la abuela aceptaron que yo fuera la dueña del muerto. Un honor que me correspondía. Fui la última en hablar con él y hasta lo soñaba.

No hizo falta que dijera que lo vi llorar mate y vino.

Fue mejor que ni lo destapáramos. Después de todo el que quería mirar al papá suficiente con que se acercara un poco a los agujeros. Que encima después del viaje en carreta eran casi tan grandes como las tablas.

Como dueña legítima del muerto mandé invitar a todos los vecinos.

Los huerquenes fueron los hijos de don Mario y mis compañistos de la escuela. Suerte estar acompañada en esos momentos de buenos compañistos y vecinos.

Con la Ignacia y la Eusebia, la inteligente y la callada, hicimos la mejor mezcla de compañistos para armar buñuelos. Por suerte era época de huevos. Si uno se muere en invierno no

queda más que sufrir velorio con torta frita. Curioso cómo arma el destino la calidad de los velorios.

Hervimos tres gallinas viejas con papas nuevas, que trajo el Raimundo. Como buen vecino, don Mario se puso con un capón que había apartado para consumo. No faltó que aparecieran algunas damajuanas.

Hice el cálculo de comida y me pareció que me iba a dar para velarlo apenas dos o tres días. Por lo corto casi parecía velorio de cristiano.

No podíamos dejar de ponerle una de las gallinas hervidas con bastante papa adentro del cajón. Un paquete cerrado de masitas dulces. Tan abundante la ofrenda que hasta tuvimos que desclavar una tabla para que pasara. Ya que estaba, y como correspondía, le agregamos un litro de vino. Atorado no se iba a ir.

Y aproveché la volteada para meterle las espuelas de fierro rotas que encontré en el gallinero. Eso sí, las raspé bastante con ceniza de rescoldo hasta dejarlas bien relucientes.

Mi inquietancia era que se me desclavara el cajón.

Por eso lo acomodamos con la ayuda de los vecinos encima de la mesa de doña Visitación. Esa sí que era una mesa bien firme, y su dueña la prestó buenamente. Donde se come no se caga, pero nadie dijo nada de que no se pueda velar a la gente.

Por suerte a la Julia no se le ocurrió armar culto y meterle a las alabanzas con pastores y aleluyas. Si no ya hubiera sido como tentar a los jotes.

El portero de la escuela, don Julio Queopán, se trajo todas las velas del establecimiento.

¡Cosa entre primos, qué tanto!

Eso sí, largaban unas luces de lo más educativas.

Al segundo día llegó la delegación de compañistos con el Raimundo. Los chicos vinieron a la disparada por delante. Y a la entrada de la ruca se alisaron el pelo con saliva. Atentos los compañistos. Las chicas, en cambio, venían atrás. Como dejándose impresionar.

Pero todavía faltaba lo más jodido. Porque había una diferencia entre los veteranos sobre dónde enterrar al papá.

Es que nadie olvidaba que fue él quién pasó el alambrado por arriba del chenque.

Algunos opinaban que por haber muerto dignamente ya estaban las cuentas claras, y que el lugar era el chenque como corresponde a todo mapuche.

Pero no faltaban los resabiados que hacían fuerza para que no.

Al final, como siempre, la última palabra la tuvieron el lonco don Realizado y la abuela María. Aunque se me hace que la idea fue de la abuela. Ellos decidieron que lo justo es lo justo.

Y mandaron cavar el pozo atravesado al medio por el alambre. Y a otra cosa.

Entonces, cuando entraron a mermar los buñuelos y se había terminado el asado, la gallina y la papa, cargamos el cajón del papá , siempre encima de la mesa de doña Visitación, en la carreta de don Egidio. Que, dicho sea de paso, también era primo lejano del difunto.

Fue entonces que sonaron las pifilcas y las trutucas.

Y todos los hombres montados de la agrupación, hasta los medio resabiados, hicieron un awin de esos que no se olvidan.

La carrera de sus caballos levantaron un polvo que oscureció el paraje y sus gritos principiaron a espantar el día.

Buen homenaje para don Segundo Queopán, el gran caballista. El que supo armar tropilla de un solo pelo. Gateada para lo mejor.

Mientras lo trasladábamos al papá , la señora de don Mario iba tirando rescoldo por detrás de la carreta para que el alma pudiera hacer su viaje sin que los jotes lo vengán a molestar.

A puro lazo se bajó el cajón en el hoyo cuidando que el papá quedara con las patas del lado de la estancia y su corazón en la tierra que por entonces seguía siendo de la agrupación.

Ya casi estábamos por empezar a tapanlo cuando de repente escuchamos el galope. De aquél lado del alambre se apareció el padrillo gateado de papá , y se quedó resollando hasta que la tierra abrazó a su compañero.

Nunca iba a ser del Fridan su cahuel.

## MACHITÚN

Todos los compañistos nos íbamos capacitando en la hablada.

A algunos las palabras se le aflojaban pronto. A otros les costaba más.

Yo pensaba que la quedación era como bozal.

Y ahí me agarraba la admiración por la Ignacia. Si hasta daba gusto escuchar sus parlamentos. Los largaba de un solo intento y bien de corridito. Yo casi ni respiraba para alcanzar a agarrarle todo lo que decía.

De repente un día apareció distinta. Como si por fin le hubiera agarrado el bozal. Su cara cambió. Dejó de reír y de mayorear en los recreos. Se entró a quedar en el aula.

Ni siquiera el maestro se animó a preguntarle nada.

Ahí fue que la Ignacia me pidió consejo. Que suerte poder ayudarla. Para más, le oferté el consejo de la abuela.

Esa tarde aparecieron por la ruca mi amiga y su papá , don Valentín.

- Tengo la patrona jodida. Primero le entró a caminar la preocupación. Después le agarró la mudez y se quedó mirando el techo todo el día. No come nada y la cara se le desesperanzó. Se me quedó anónima la pobrecita. La necesito, doña María.

Casi ni habló la abuela. Y mientras se cambiaba las alpargatas por los botocos de andar el piedrerío me miró.

Me había llegado el tiempo de ayudarla a corretear al huecufú, para que no se cebe en el paraje.

¡Decidora la mirada de la abuela cuando se ponía los botocos de andar el piedrerío!

Medio a propósito medio a la fuerza, nos fuimos quedando atrasito con la Ignacia.

Don Valentín era buen caminador. Su veranada estaba bien lejos, pero así y todo tenía el mejor piño del paraje. Su tranco le rendía parejo al de los chivos. Pero con la abuela no tenía ni para empezar. Es que mi abuelita María viajaba amigándose con

las piedras del camino. Por más puntudas que fueran. Cosa grandiosa los botocos de machi.

Y así como a don Valentín le costaba seguirle el tranco, nosotras teníamos que pegar una buena corridita de tanto en tanto como para no quedar rezagadas.

A distancia nomás, vimos un rejunte de gente. Nos esperaban la familia y los vecinos. También estaba doña Domitila, la yerbatera del paraje lindero. Por algo era la ayudanta principal de la abuela.

De lejos, algún despistado se hubiera creído que había fiesta.

Pero de cerca se semblanteaba el dolor. Es que ya se sabía que le habían armado brujería a doña Pascuala.

Cosa que la abuela convino enseguida:

«El huecufú la está secando. Anoche me lo dijo mi peuma. Le han arreglado un mal con raspadura de hueso de finado. Y se lo pasaron en el rastro hace ya unos días. Por eso es que está muy agarrado. Pero yo soy machi confiada. Nguenechén me dio la fuerza y el saber para enfrentar al huecufú. Y cuento con las almas de mis maestras machis que no me van a dejar sola. A todos los voy a precisar, con palos, cañas, caballos y gritos. Vamos a armar machitún y le podremos a los brujos, aunque sea buscándolos en sus mismas cuevas. Y doña Domitila y mi nieta ... serán mis ayudantas.»

¡Cuánto que dijo la abuela!

Y más encima nombrándome. Yo no sabía si hincharme de gusto o disparar de miedo. De última, me quedé con un cagazo tranquilo. Que no era poco para empezar.

Ahicito nomás, la abuela encontró mis preguntas. Sacó de entre sus pilchas los cascabeles de plata.

«Estas son las armas del yeil kultrún<sup>74</sup>. Ya sabrás que hacer.»

Esa tarde, armó rogativa para empezar a pulsearlo al huecufú.

Prendió el cigarro de pelear y me pidió que le atara su pañuelo por detrás para que los ojos se le oscurecieran y se le aclarara el pensamiento.

Me alentó poder ayudarla. El olor de sus hojitas me llegó con la oscuridad de la noche. Ya se hacía sentir el huecufú.

La voz de la abuela no se hizo esperar.

« Nguenechén, ayudá a tu machi a curar esta enferma. Me diste la fuerza y el poder. Encáminame bien ahora. Por eso machituco. Te mando mi alma para que me traiga el mejor remedio. Y que los espíritus de mis maestras machis no me dejen sola. Así yo seguiré siendo buena machi.»

Su kultrún cantaba acompañando el ruego. Cuando lo llevaba al pecho, sonaba como su corazón. Si estaba en su frente, retumbaba. Doña Domitila también cantaba sacudiendo su cuerpo.

Entre el canto y el humo, Nguenechén le facilitó los remedios.

Me tocó la preparancia. La bolsa de la abuela tenía el yuyaje necesario.

Machaqué largo rato hasta que quedó como un solo polvo. Ahí sí lo mezclé con mudai y lo herví mucho. Con la cuchara de madera de la abuela lo revolví. Supe que era basta cuando un olor azul llenó la ruca.

Esa noche nos tiramos con la enferma. Sus calores llegaban hasta nosotros.

¡ Cómo para que no se seque doña Pascuala !

Al amanecer ya fuimos unos cuantos los que enfrentamos el cerro donde el sol venía rayando.

El kultrún de la abuela soltó un ruego, y lo siguió su canto. Muy cerquita, yo hacía mi parte entusiasmada con los cascabeles. Don Valentín, con la Ignacia y sus hermanitos se volvían fuertes con el abrazo y la presencia de las mujeres del vecinaje.

Y ahí nomás los hombres montados armaron awin. Ni el griterío ni los retumbos de los caballos pudieron tapar el galope de mi corazón.

Cuando volvimos a la ruca, me apuré a ofrecer la ollita a la abuela con el preparado de la noche anterior. Había agarrado más potencia todavía. Se notaba por el olor.

La machi principal se guardó un buen trago en la boca y abrió los brazos a la enferma. Con el segundo intento, gargajeó

los rincones de la ruca. Ahí el huecufú ya se fue enterando de nuestro remediaje.

Y se cagó bien en las patas cuando desde sus fuerzas más de adentro la abuela lo amenazó:

«Andá sabiendo que te vamos a sacar correteando. Soy buena machi, y Nguenechén me pasó cómo ganarte. Los espíritus de mis maestras machis te van a poder. Vas a tener que disparar por esa puerta cuando te echemos de donde te escondiste.»

Sus ojos largaban refucilo detrás de su pañuelo de aclarar el pensamiento.

Con todo el enojo barrió su cuerpo y el de doña Pascuala con ramas de radial para sacar la hediondez del huecufú. Después las dejó a los pies y en la cabecera de doña Pascuala, que seguía tirada en el suelo sobre unos cueros.

Humeaba doña Pascuala.

Entonces supo doña Domitila prender el cigarro a la abuela, que con su humo lo arrinconó al huecufú.

¡Poderoso el humo del cigarro de la abuela!

Y ahí nomás bailó con doña Domitila atrás.

Después de cuatro vueltas, justo delante de don Valentín, se cayó. Nada lerdo, el dueño de casa la sostuvo.

Todos nos quedamos tiesos, porque ahí la enferma pareció morirse.

La abuela también endureció el cuerpo y su respirar, y mandó su alma por el espíritu de doña Pascuala. Se nota que la pelea con el huecufú se puso dura porque el remolino llegó hasta dentro de la ruca.

Doña Domitila disparaba para todos lados.

Cuando la abuela volvió se trajo atrás al espíritu de doña Pascuala. Es que revivieron juntas. La abuela la fue a buscar muy lejos.

No tardó en desnudarla, y volví a pasarle la ollita con el remediaje. Con la mano de tocar el kultrún le entró a frotar los yuyos por todo el cuerpo.

Los paisanos pegaban semejante ruidaje golpeando palos, cañas, y gritando para asustar al mal, mientras rondaban alrededor nuestro.

¡El huecufú estaba bien cagado!

Ahí nomás la abuela se largó a chupar el pecho de doña Pascuala, y del primer intento nomás, le arrancó un pedazo de mal. Lo escupió en sus manos, y lo tapó con hojas de nalca. Los gritos y el ruido del palerío aumentaron.

Cuando arrancó de las costillas otro pedazo, el suelo empezó a temblar.

Y cuando sacó el último pedazo de su frente, el cuerpo de la enferma entró a corcovear. Latigueó el suelo con la cabeza, soltó espuma por la boca y humo por los oídos. Cerrados y todo, los ojos refucilaban.

De las tres heridas sangrantes, salió un fuego azul verdoso.

La abuela tiró al fogón el mal envuelto en las hojas de nalca. Los palos, los gritos, el campo, el cielo, todo se sujetó de repente. Y quedó el silencio.

Al rato, doña Pascuala abrió los ojos. Se levantó, se vistió despacito, y un poco tímidamente, le dijo a su marido:

«Valentín, traé puchero para nosotras.»

## LAS COSAS DE LA VIDA

En la casa hablaron una cosa. Los chicos comentaron otra. Los maestros nuevos parecían ser los que más sabían.

«A Villa lo hicieron desaparecer.»

Es lo que anotició el chofer de la camioneta del Consejo que los vino a dejar. Y en materia de anoticiar es sabido que la palabra de chofer es casi tan sabida como la de doña Visitación.

En cambio, las comentaciones de los vecinos eran que con los maestros siempre pasaba lo mismo, porque todos desaparecían después de las vacaciones.

¡Qué cosa con las desaparencias de los maestros!

¿Dolerá tener que andar anónimo?

Por tercer año empezaba la escuela y me esperaba maestro nuevo.

Ya se me iba haciendo costumbre.

El maestro Raúl venía con novedades. Su señora también le hacía a la maestría. La práctica, que le dicen. Dibujitos, de todas las formas y colores. Muy capacitada Laura, la maestra práctica.

Tenían cinco hijos. Tres completos y dos incompletas.

Productivos los maestros. Parecían mapuches.

La nena y el varón más grandes iban a la escuela. Lo que es decir al aula, porque en la escuela ya vivían. Los otros tres más petisitos también se la pasaban trajinando, pero al pedo nomás.

Desde el primer día hicimos junta con Esteban y Elsa. Nos pasábamos las rondas que no conocíamos y nos alegramos con las que sabíamos. Pero lo que más apuró el entendimiento fue cuando tuvimos que enseñarles la mancha lenteja.

Nos habremos reído de lo poco enseñados que son los chicos puebleros. Eso sí, eran bastante alentaditos, aunque el Esteban me resultó demasiado agrandado.

Ese decía a cada ratito que en cualquier momento llegaba un camión con sus cosas. Que hoy llega, que mañana llega, así se la pasaba anunciando.

¿Más cosas todavía? Porque el coltro tenía de todo. Pulóver, un camioncito con todas las ruedas, tres clases de bolitas, zapatillas de tres colores, una pelota de cuero, y, sobre todo, una pelota de goma que saltaba más que la mierda. Así le fue, porque al primer chumbazo bien puesto fue a dar contra el alambre de púas de la huerta, y ahicito nomás se acabó la pelota rebotante pueblera.

Una mañana, salí de casa y rumbeé para la escuela. Pasando el Cerrito Negro me llevé la gran sorpresa. Ahí estaba el agrandado. Al verlo, me dio una bronca chistosa. Porque estaba con un poco de enojo y muchas ganas de reír.

Ahí estaba el Esteban, con una sonrisa más grande que su cara, esperándome encima de una bicicleta brillante. Muy brillante.

¡Por fin conocía una bicicleta en propia presencia!

Había salido cierto que le faltaban llegar cosas lindas. Y para peor, yo estaba contenta.

Enancada con él, me iba a cualquier lado.

## LA VISITADA

Escuché golpear las manos y se me pasmó el entendimiento.

¡Cómo podía ser! Hasta el Cilindro y el Choroí quedaron confundidos porque ni ladraron. Para arreglarla, cuando se dieron cuenta entraron a meter ruido a lo perro. Pero claro, después cualquiera.

La cuestión es que teníamos visita, sin acuerdo de antes, y para peor se metieron hasta bien adentro sin hacerse notar. Por lo apurados puebleros tenían que ser.

Y así fue nomás.

Ahí estaban los desavisadores, nada menos que el maestro Raúl, la señorita Práctica y el agrandado Esteban. Los tres meta transpirar delante del Cilindro y el Choroí, sufriendo de más por no saber llegar y no haberse hecho de un triste palito.

«¡Perro!»

El grito de la mamá calmó un poco a los desprevenidos, mientras a las apuradas dentro de la ruca seguíamos buscando entre las pilchas otros cojinillos para ponerle a los bancos de las visitas. La Julia echó un palito al fuego, y al tiempo que me mandó a buscar más leña, la abuela salió a hacer la recibida .

Raúl y la Práctica meta beso y mano hasta que por fin pudieron pasar.

Con el asunto de la leña aproveché para salir a la disparada, pero en la carrera nos pasamos a llevar con el Esteban. Del encontronazo apareció la risa, rapidita como curva de ratón.

Menos mal, porque me parece que él estaba más asustado que yo.

Lo que es no acostumbrarse a los perros del paraje.

Los grandes ya habían agarrado para adentro, para el lado de la económica, a hacer cosas de grandes. Como parlamentar y tomar mate. Mejor, así los coltros quedamos tranquilos con nuestros asuntos. Picar la leña, cazar matuestos, y más que nada no aburrirnos con cosas de grandes.

Al Esteban todo parecía gustarle. Me contó que sus papás

maestros tenían muchas ganas de conocer la abuela. Que le habían dicho que era una mujer sabia. Parece que eso es más que maestro.

Se admiró del hacha y mucho más de cómo la manejaba. Hasta se animó al papelón y trató de picar un palo.

¡Para qué!

Metía empeño pero parecía que toda la fuerza se le quedaba en la cara. El hachazo volaba chueco y más parecía estar aporcando papas que otra cosa.

Sin bicicleta, lejos de la escuela, en el leñero de mi ruca y errándole los hachazos al palo, se me hizo que todos tenemos algunas cosas y a todos nos faltan otras.

Al fin, le salieron medio de lástima algunos palitos y se los llevamos a los grandes. Los dejamos y rumbeamos para afuera de vuelta.

Fuimos a la vertiente, a ver el embanque que hizo el papá. Donde estaban los sapitos con cola, con patas y los más lindos, los con pata y cola a la vez. Es de admirar lo cambiadores que son los sapitos.

El que también se mandó a cambiar fue el Esteban, que por pasarse de curioso rodó dentro del embanque y quedó más embarrado que vaca en menuco.

Es que el pueblero pensó que los palos de sauce estaban bien agarrados. Nada que ver, porque Don Mario los dejó así nomás como para ver si prendían. Por las dudas que le dicen.

A mí me llegó el apuro. Pero enseguidita nomás el agrandado hizo de las suyas:

- Porque vos no sabés, Aimé, la hermosa medalla que tiene mi papá en la casa. Es de oro. Se lo dieron en la escuela por su buena asistencia.

La manera de decirlo garantizó que era algo grande. Pero tuve para contestarle. Me pegué una corrida hasta la casa y lo dejé mudo cuando le mostré el trai-lonko del abuelo Pascual Loncón.

- Se lo dió Nguenechén a mi abuelo por su valentía. Y a mí por haberlo soñado.

En esas embarradas estábamos cuando vimos que el Raúl y la Práctica ya se despedían de la mamá y la abuela, que se les

había agregado. Al pasar los maestros a mi lado me hablaron muchas cositas, rápido y con risa. Esas cositas que se dicen como para no ser escuchadas.

El Esteban, con más tierra que arriero de veranada, se me puso al ladito y con palabras como para no ser olvidadas me dijo:

- Chau Aimé, hasta mañana en la escuela.

Momento que yo podría no recordar de no ser por el beso que el agrandado me plantó como quién se cae al embanque, como quién pica leña. Así nomás.

## LA OTRA VISITADA

Poco se veía la abuela con doña Domitila, su ayudanta principal que vivía en el paraje Carriñir. Esto me había dado qué pensar algunas veces.

Me preocupaba quién la iba a curar el día que se enferme.

Porque a pesar de que fuera machi, se me hacía que no dejaba de ser persona.

Sabido es que el mal de las gentes se suele pasar a la machi. Pero quedaba claro que hasta ahora, por lo menos, el huecufú le tenía bastante respeto.

Por suerte aquella visita no fue por cuestión de salud. La ayudanta principal venía para comentar su sueño de la noche anterior.

Ya me estaba retirando del fogón para que pudieran parlamentar tranquilas cuando doña Domitila me dijo:

- No te vayas, Aimé. Estas también están siendo cosas tuyas.

La abuela aprobó con su mirada. Sacó su kitra de dos puntas, la de fumar con su amiga ayudanta. Y así estuvieron entusiasmadas meta armar humo, que primero fue humo de acercamiento y después de conversa.

- Sabe, doña María, que anoche me llegó el peuma. Fue un peuma de mucha introducción. Con olor a este humo que estamos armando juntas. Y con gusto a viaje lejano.

- Parece poderoso su sueño, doña Domitila. Es nomás un peuma, de seguro.

- Estaba queriendo empezar a asomarse el sol. Una diuca<sup>75</sup> veterana había pasado la noche en la copa de su pehuén. Ese pehuén que va siendo también tu pehuén, Aimé. La diuca, fuera de su costumbre, no cantaba. Parecía estar esperando algo que venía con el sol.

Como la abuela, cerré los ojos para ver mejor el sueño de doña Domitila. Así no entraba la distracción, porque era un sueño de mucha calidad.

- Ya con el sol calentando, la diuca levantó su vuelo. Era

un volar amigado con el viento. Se fue acercando a cada ruca de las familias del paraje. En cada una pegaba cuatro vueltas correspondida por el saludo de los paisanos. Cuando llegó a la mía, yo también salí a saludarla y le reconocí su mirada, doña María, en los ojos de la diuca.

Esas palabras me obligaron a abrir los míos. Busqué una explicación en la cara de la abuela. Encontré la serenidad.

Doña Domitila, en contra de su costumbre seguía hablando.

- De repente se hizo la tardecita. Cuando el sol ya se iba, la diuca también se fue. Ahí sí, largó un dulce canto de despedida: chiro chiri chin, chiro chiri chin...

## PREPARANDO MIRADAS

La verdad es que el Esteban tenía mucho de pueblero. La agrandadez, ya se sabe, la llevaba en la sangre. Y en el nombre. Porque llamarse Esteban no le va a un chiquito. Por más pueblero que sea.

Pero tenía sus cosas buenas. La primera era que sabía aprender juegos. Y era compartidor. Siempre se lo veía ofreciendo. Eso sí, del mandoneo no se salvaba nadie.

Pero no era su culpa ser el dueño de la pelota, de la bicicleta, los marcadores y tener zapatillas de tres colores.

Hay que reconocerlo, los marcadores le quedaban pocos, y tres no le andaban. La bicicleta hacía rato que tenía las ruedas a fierro pelado de las carreras que hacían los compañistos entre las piedras. Y la pelota, ya estábamos aburridos de que se nos pinchara. Y el maestro Raúl también se aburrió de emparcharla. Por eso no nos quedó más remedio que rellenarla con lana de una esquilada tempranera que soportó el carnero viejo del papá del Américo. Lo jodido eran los días de lluvia porque la pateada se ponía más pesada que coltro con hambre en junta de veteranos.

Las que sí se le salvaban eran las zapatillas de tres colores, que no las podía prestar porque al Esteban le sobraba pata por todos lados. Por eso ni que quisiera podía ofrecerlas. Patas de agrandado tenían que ser.

En realidad el Esteban era buen amigo. Aparte después que me plantó el beso quedé entre inquieta y alentada.

Por eso cuando esa tarde pasó por el huellón don Egidio en su carreta tironada por el Parece y el Bandera, me sorprendió que el Esteban me largara:

«Esas vacas viejas no se tiran ni ellas solas...»

Yo no creí que don Egidio lo haya escuchado. Pero lo habrá imaginado porque se dio vuelta y nos dedicó una mirada ociqueadora de esas que más vale no acordarse.

A mí me dio más vergüenza que alumno primerizo.

Al Esteban también le llegó la calidez, porque me miró como preguntando cosas.

Yo me quedé callada, para variar. Hasta que al rato, como seguía la mirada preguntadora, me caminaron las ganas de facilitarle el conocimiento al agrandado.

Ahí lo llevé de la mano a verlo al Raimundo. Cuando lo enteré del sucedido, preparó sus amargos y bien alentado largó el relato.

«Según dicen los veteranos hace tiempo la carreta era muy utilizada. Es sabido que ahora queda una sola, y dos si contamos el catango de la agrupación Carriñir. Por eso hay que apreciar lo que tenemos, lo que es nuestro. Porque ahí donde lo vemos, esos bueyes supieron ser una gran cosa. Quién no sabe de los milagros que han hecho los animales de don Egidio Queopán. Quién no recuerda cuando acamparon los viales en la ruta grande. En principio se largaron a hacer un puente con máquina pesada. Le pusieron empeño, pero la máquina no le pudo a las piedras del medio del río. Justo ahí iban los pilotes. Entonces don Egidio y sus bueyes dieron que hablar. Y se habló de ellos unas cuantas temporadas. El capacitado se metió con una barreta en el agua y cruzó cadenas viales por los costados de abajo de las piedras.

Corría bien fuerte el agua, y helosa para más, como septiembre que era. De palabra les marcó el trabajo al Parece y al Bandera. Dejaron asombrados a los presentes, y bien desparramadas las famosas piedras, que no les quedaron ganas ni de servir para gomera.

Este comentario viajó mucho, y algunos dicen que se agrandó y llegó hasta el pueblo. Ahí le pusieron como que el Parece y el Bandera movieron un cerrito, pero yo, personalmente, no lo puedo repetir así nomás porque no lo oí directamente.

Y qué les puedo decir de las nevazones de antes, de esas que tapaban hasta el humo de las chimeneas. Había que animarse a salir entonces. No como ahora, que caen dos o tres copitos y todo el mundo se queda al lado del fogón.

Cuando caía nieve, sólo don Egidio, con el Parece y el Bandera, hacían culo y le metían para adelante.

La única prevención que se tomaban era no hacerle a la helada, porque ahí sí en la primera cuestita quedaban desparramados como mata de cilantro.

Ahora andan envejecidos como su dueño, uno sin un ojo

y el otro sin una oreja. El tuerto renguea enseguida y el desorejado tironea atravesado.

Pero su historia es lo que vale. Lo que más vale es la historia.

Y en lo que hace al Egidio no hay quién lo separara de sus bichos. No se sabe quién es el dueño de la entendencia, y si alguno se le ensoberbiaba, el viejo lo mimoseaba despacito con palabras dulzonas.

Pero para la historia, hay que escucharlo a Don Egidio. La cosa es animarse, porque no cualquiera...»

Nos dejó como tapa de cacho<sup>76</sup>. Sólo se oían los chirridos de los amargos del Raimundo, que dicho sea de paso, de ocupado que estaba en su historia, ni se acordó de convidarnos.

Y cuando cayó doña Visitación para preguntarle si no le armaba con un poquito de yerba hasta que pudiera hacer el encargo, aprovechamos para rajarnos.

Me di cuenta de que el agrandado quedó con ganas de seguirla, por eso esa tardecita le conté a la abuela el sucedido, y me aconsejó que no la cortara, porque tenía razón Raimundo en que las historias son más del dueño que de nadie, y que nadie como don Egidio para eso.

Y me dio un consejo:

« Vaya nomás, no le afloje. Y si le cruza una mirada fuerte, sujétela, mi nieta. Y si antes de llegar a la casa se topa con alguno de sus bueyes, haga lo mismo. Porque don Egidio y sus bueyes son la misma cosa.»

No dormí ni un ratito esa noche. Cómo podía pegar los ojos, si los tenía practicando la mirada del consejo de la abuela.

## LA MIRADA DE LA HISTORIA

No era la primera vez que me pasaba.

Porque don Egidio, hay que reconocerlo, era más feo que meter una pata en el hormiguero. Pero mi cagazo era un cagazo acompañado, lo que lo hacía un cagazo entretenido.

También es cierto que venía agrandada, yo también, por el consejo de la abuela, y encima por haber estado practicando mirada toda la noche.

El que pintaba bastante achicado y dando pasos cortitos era el Esteban. La curiosidad le batallaba contra el coraje. En realidad, creo que me acompañó para no quedar pagando. Si por él fuera se habría quedado dando vueltas al mástil de la escuela en la bicicleta. Como para disimular.

La subida al risquero se nos hizo corta con la entretención.

Sabíamos que del otro lado y ahí cerquita nomás, antes de la loma, estaba la casa de don Egidio. Lo que no podíamos imaginar es que nos íbamos a topa con los cinco ojos en la punta del risquero.

Y así fue nomás.

Nuestros cuatro ojos se chocaron contra los cinco de ellos. Tenían ventaja, nadie lo podía negar.

Se me desparramó toda la preparancia. Y al agrandado seguro que también porque le sudaba la mano con que agarraba la mía. Pero no era momento para andar pensando en huevadas. Porque el Parece de un lado con su único ojo, el Bandera del otro con su oreja flameando y don Egidio al medio controlando todo, eran como una invitación a la disparada, si no fuera porque es jodido disparar cuando uno queda pegado al suelo.

Nos quedamos todos tiesos. Fue un rato que duró demasiado. Un enorme rato, hasta que don Egidio lo quebró:

- Hola, chicos.

Recién ahí sentí el olor a torta frita que llegaba de su ruca.

Y biché de lejos las piedritas pintadas que la cercaban con florcitas amarillas y azules.

¡Qué lindura la casita de don Egidio! Si hasta él parecía menos feo en ese momento.

Los cinco rumbeamos hasta la puerta. Y al pasar más adelante nos dimos cuenta, por los asientos, de que nos estaba esperando.

Había sido que la mirada de ayer de don Egidio era una mirada invitadora.

Y entre mate y sopaipilla, fuimos entendiendo la historia huellera.

«Para sacar buena yunta hay que empezar de novillo. Mejor si es de buena sangre. De a poco hay que irlos acostumbrando. A la mano, al yugo, a la voz. Esperarlo que vaya entrando la comprensión hasta llegar al buen entendimiento. Conocerlos y que lo conozcan a uno. Porque la cosa no es entre una gente y un animal, sino entre los espíritus de adentro. Hay que caminarlos hondo. Como con las personas.»

¡Qué ricas estaban las palabras! Humeaban como las tortas fritas.

En la ventanita de atrás de la cocina, el Parece disfrutaba de la conversa con su agujero de ojo pegado al vidrio. Me recordó a la abuela, que para sentir mas, se tapaba la mirada con el pañuelo de machitucar.

«Después del día de trabajo, el pasto, el agua, la sal, se lo tiene que dar uno. Sin dejar de agradecerles con buena palabra y alentarlos para que sean superiores y que lo acepten a uno.

La vida no les fue fácil a mis bueyes compañeros.

Antes trabajaron para la estancia, donde no los respetaban. Por eso, el día que los gané a la taba, eran animales por demás resabiados. Mal enseñados, conocían la privación de agua y comida, y les sobaban los golpes. Los ataban días enteros al palenque, y las narices les quedaban duras de los garrochazos.

No es por ensoberbiarme, pero supo ser justa la taba.»

El agrandado ya estaba en total confianza, así que le pidió que le dijera cómo se enseña a un buey.

«Es buena cosa poner el animal nuevo al lado de uno hecho, que ojalá no sea mal entretenido. Bien dicen que no hay como un manso para acollarar a un arisco, aunque también se

dice que el buey manso es el que da la cornada más fuerte. De última hay dichos para todo.

Si el novillo de aprendencia viene muy enérgico, el buey maestro lo suele dejar hacer, y queda dando vueltas y vueltas hasta que se le merma la sangre. A veces también hay que decir que al buey maestro se le acaba la paciencia y le mete una buena cornada para que se deje de joder.

Hay bueyes pícaros, que hay que sacarle las mañas. Son los que se acuestan en el yugo y el otro es el que trabaja. O los de tranco largo, que le van ganando al yugo y el de atrás viene cargando con todo.»

De repente se calló y quedó mirándonos. Era una mirada dulce.

Parecía encontrarse con recuerdos que nada que ver con bueyes.

Pero estaba que esa tarde iba a seguir hablando.

«El buey demasiado ágil desapareja, porque hace andar la yunta en redondo, igualito que el hombre muy enamorado que exige a la mujer sin disciplina hasta que a ella se le mengua la sangre.

El Bandera se quedó sin oreja de recuerdo de unos tironeos que le pegaban por su entusiasmo. Pero es una mala enseñanza, que deja peor aprendencia.»

Mi calladez se me fue con la amabilidad de don Egidio. Así que le pregunté por el ojo perdido del Parece.

« Eso nadie lo sabe pero muchos lo imaginan. Yo por mi parte no quiero ni pensarlo ni conocerlo.»

Ya era tarde. Don Egidio, estaba bien entusiasmado con la visitada. Más encima, el Esteban descubrió las cuatro tabas en la ventana que daba al naciente.

¡Si chuparían fuerza las tabas!

Don Egidio le adivinó el curioso, se nota que tenía unas ganas de que le pregunten por sus famosas cuatro tabas. Todo el vecinaje sabía de sus tabas cargadas por el Pillán. Solamente don Egidio y nadie más que él palpitaba qué día usar cada una. Y por eso él jugaba pero no apostaba, desde que ganó al Parece y al Bandera.

Siempre decía que ya era demasiado suficiente como para seguir ganando cosas. No quería correr el riesgo de enriquecerse.

La cuestión es que me quedé en la casa ordenando un poco las cosas de yerbear. Y don Egidio lo inició en el patio al Esteban en los saberes de la taba.

Cuando regresaron el Esteban no entraba adentro de él mismo.

Suerte que tenía el nombre agrandado, que si no...

La noche se fue dejando llegar, cuando el amable dueño de casa nos recomendó la partida.

« Pero yo los quiero endilgar hasta el cruce del huellón.»

No nos pudimos negar, ni menos quisimos hacerlo. Los dos estábamos más que orgullosos de viajar en el lomo de los bueyes más mentados que se hayan conocido.

Nosotros nos hicimos parte de su historia y ellos de la nuestra. Que para eso está la historia.

## EL SECRETO

Por aquellos tiempos mis ojos le ganaban al día. Cuando al fin clareaba buscaba mi bolsa. Esa que fuera paquetón de fideos y ahora, con un destino escolar, llevaba mi lápiz y mi cuaderno.

Me pasaba bien firme la mano húmeda por el pelo y ahí sí, le mandaba la hebilla que antes fuera colorada.

Alisadito me quedaba el pelo.

Y salía para la escuela, con los pies alijerados. Me sentía tan contenta en esos viajes, que no sé si por eso mismo, quería llegar volando o no llegar nunca.

Aquel día precisé de mi pino. Hacía ya un tiempito que no lo veía, de apurada nomás que andaba. La última vez había sido con el Esteban. De golpe me cayó la necesidad de visitarlo yo sola. Es que a veces las ganas le pueden al apuro.

Cuando llegué, sin embargo, no encontré mi palabra. Pero sí la de nuestro pehuén:

«El dolor es como la tormenta. Si se aprovecha ayuda a crecer».

Quedé medio confundida.

Por el camino se me daba pensar que éramos grandes y el agrandado llegaba a nuestro rancho, mío y de él, en bicicleta con dos espejos. El Cilindro y el Choroí uno a cada lado lo acompañaban en la pedaleada.

¡Qué parada la del Esteban en bicicleta de dos espejos!

Sombrero echado para atrás y faja de todos colores.

¡Cómo para no ser agrandado!

Yo le cebaba unos mates y ahí no más le convidaba a que me hiciera un embanque para regar nuestra huerta y donde se puedan criar sapitos, con cola, con patas, y los más lindos, con cola y con patas.

Por esos tiempos, pude hacer hablar las letras con toda firmeza. Escribía la lista de cosas que le encargábamos a don Juárez, a la mamá hasta le leía el libro del Ojo que vigila, y sacaba lo que decían los paquetes de yerba y de fideos.

¡Qué lindo es hacer hablar las letras!

Las cosas enletradas no eran cosas nomás. Las letritas me llamaban y me daban conversa. Que yo les contestaba con otras letras que también conversaban.

Primero conversaban adentro mío y después las presentaba a las otras letras. Para eso estaba mi lápiz.

De tanto que lo hacía trabajar a mi pobre lápiz ya se le había ido todo el color por la punta. Lástima que no me di cuenta a tiempo, porque del otro lado lo había gastado a pura mordida nomás.

Rico el gusto a letra, porque ayuda a encontrar la idea. Menos mal que el maestro Raúl me había armado de lápiz nuevo. Por suerte más inteligente que el otro y menos mordido. No era para menos, porque para eso tenía del lado de morder una goma de gusto bastante hediondo. Aunque varios coltros se le animaron a meterle diente. Afrentando el riesgo de que se le borren las pensadas.

A mí no me convencía la cosa, por eso conseguí un lápiz de color que usaba nada más que para sacarme las ganas de morder lápiz. Me guardaba la recordada y de paso me salía mejor la letra.

El primero que tuve, ese sí que era bien burro. Apenas le daba para palotes.

No sólo los lápices tuvieron que ver con la aprendencia. El agrandado también. Le hacía muy lindo a las letras. Y para más, me regaló figuritas enletradas. Así, cómo me iba a quedar atrás.

En las figuritas aparecían unos señores grandes vestidos como chicos, con pantalones cortos y unas camisas que daban gusto por lo coloridas. Se nota que eran señores muy divertidos.

Pero no sólo las mañanas me gustaban. Por la tardecita, primero cumplía los deberes de la escuela, ayudaba en la ruca y me sentaba un rato con la abuela. Me apuraba también a lavar la loza de la sopa clarita que tomábamos siempre.

Es que quería quedarme sola debajo de las pilchas, para pensar y pensar en el agrandado.

Porque así, muchas veces se adentraba en mi sueño.

¡Y qué lindo era dormir con él!

## LOS REGALOS

Salí de la ruca a mirar las estrellas cuando vi una luz cruzando el Wenu Mapu al galope. Estiradita iba la luz. Era una luz huerquén. Una luz anunciadora.

Cuando agarré para la escuela sentí que algo me pasaba. Le pasaba a las piedras, al camino. Le pasaba a mi bolso escolar, al que fuera de fideos.

Al llegar me encontré con un movimiento conocido. Movimiento de maestros que se van.

Pero esta vez no era como siempre. Esta vez la partida se iba a llevar algo mío.

El Esteban salió a mi encuentro. Agitado. Con la mirada nomás le dije que lo esperaba en mi lugar. Es que la escuela no aclaraba el pensamiento. Y yo quería que mi corazón caminara como un río.

Mientras llegaba escuché a mi pino. Me habló de la soledad sin hombre de mi abuela María, de mi mamá . También me habló del gateado y su tropilla, de la primavera y de las pariciones. De cuando me recibió la abuela al nacer. De mi destino de mujer y de machi.

Cuando se me juntó el Esteban el sol estaba alto.

Me caminó por adentro un calor nuevo. Distinto al calor de la abuela María. Es que era un calor muy propio que se juntó con el del Esteban.

Cuando nos separamos él se fue con mi trai-lonko y yo me volví andando en la bicicleta. En un espejo, la espalda del Esteban se alejaba. En el otro me vi, pero me costó reconocermelo.

El pedaleo me fue trayendo el sonar de las cuatro músicas del trai-lonko.

## LA DESPEDIDA

Había terminado el primer día de nguillatún. Un hermoso día.

Hasta muy tarde, las familias compartieron el fogón, los ruegos, la chicha de piñones, la comida, las contadas, pero sobre todo las esperanzas. Es que todos sabemos que el nguillatún es un encuentro por la esperanza.

Cada una de las ramadas era el lugar del encuentro. Encuentro los que regresaban desde lugares muy lejanos. Encuentro de las familias del paraje.

Siempre fue así. La rogativa por la paz, la salud, por los alimentos, por el recuerdo de los antiguos y el futuro de los nuevos, seguía siendo la ocasión. El trahún, como le decimos.

Ya bien de noche, cada familia se retiraba a su ramada. Llegaba el descanso merecido porque durante la jornada poníamos mucha fuerza, todo nuestro aliento.

Aquí aprovechaba para disfrutar a la abuela compartiendo las pilchas de dormir. Así, hasta el suelo parecía más blando.

Pero la abuela tenía otros planes, y me pidió que la acompañara.

Me llamó la atención. La abuela, siempre que podía, se acostaba temprano. Solía decir que tenía que despertar a los gallos.

Entonces fuimos a la primera ramada, la de la familia Llanquín.

«El que me ha mandado avisa que llegó mi día. Tendré que ir, pues. Pero qué suerte poder despedirme de ustedes, mis hermanos. Y qué suerte poder compartir el mudai y el ruego a Nguenechén.»

Y después del trago, besó en las dos mejillas, como se hace con las personas que se aprecian, a cada uno de los Llanquín, a todos, de mayor a menor.

Y así, de a una por vez, la abuela se despidió de todo el vecinaje.

Yo no quería entender demasiado. Pero me sentí inquieta.

La noche estaba estrellada y clara. El cuyenmapu, o el país de la luna. Podían verse las estrellas del «tirador» cruzadas por las del «rastros del choique» y por la «estrella-carreta».

De repente, apareció con todo su esplendor una antumalguén, la estrella caminadora. Siempre se me hizo que la antumalguén era un pedido de amor del sol a su amada.

Y en medio de la noche, daban ganas de ser luna para recibir semejante regalo. La seguí con la mirada en todo su camino, porque trae la suerte.

Sabía que esa era una noche muy especial, lo sentí primero en mi piel. Porque la piel es para el cuerpo como la mirada para el alma.

Fue por eso que me entré a preparar. La abuela, seguía caminando tranquilamente. Capaz que su piel ya estaba acostumbrada a esas inquietudes de las noches estrelladas.

Me agarró la mano. En la otra sujetaba su kultrún. Nos alejamos de las ramadas.

Su kultrún, su tambor de rogar. Regalo de su madre, también machi, para cuando su inicio. Y era sólo suyo. No podía entregárselo más a nadie. Es muy peligroso que cambie de mano. Es algo que tiene que ver con ella y Nguenechén.

En el parche estaba pintada, con sangre, la pata de un choique que nos da sus plumas para adornarnos y para ayudar al machi en su vuelo hacia Nguenechén. Que nos alimenta con su carne y sus huevos, que nos abriga con su piel, que nos enseña con su valor cómo se defiende la cría. ¡Qué justo que los paisanos lo remeden bailando loncomeo<sup>77</sup>!

Esa noche la caminata se hizo larga.

La abuela no hablaba. Parecía que buscaba algo. Así llegamos a nuestro pehuén. El pehuén gigante, que con su fuerza salía de entre las piedras como si fuesen arena.

El pino santo. El pino solo, como le decían los vecinos de todos los parajes de la zona.

Es que era muy conocido. Era un pehuén demasiado especial.

Macho y hembra a la vez. Tenía flores macho y piñas. El pehuén sólo, que estaba por milagro y voluntad de Nguenechén. El lugar sagrado donde la abuela hablaba con el Gran Padre.

Admirado y respetado por todos los paisanos, era costumbre dejarle ofrendas, que la abuela entregaba al necesitado. Porque sólo la abuela disponía de las ofrendas del paisanaje.

En su pehuén, la abuela curaba los enfermos y devolvía el alma al mapuche amenazado por el Kalkú<sup>78</sup>. Era tan respetado que ninguna planta se le animaba a crecer cerca. Su tronco, arrugado y lleno de escamas, llamaba la mirada del más desprevenido.

Las ramas buscaban el Wenu Mapu. Y esa noche su cuerpo se recortaba como nunca en medio del Mallín del Pan, donde los antiguos, hace ya mucho tiempo, cosechaban trigo.

Todo era silencio. Un silencio religioso.

Hasta al lado de la abuela el pehuén era grande. Yo, en cambio, me sentía muy chiquita.

De repente, casi sin darme cuenta, comencé a acompañar a la abuela en un recorrido nuevo. Un canto suave y lento entró a brotar desde su ternura. Un canto que buscaba el más arriba. No interesaba entenderlo. Sólo necesitaba dejarme llevar por su dulzura. Una dulzura que iba creciendo dentro de mí, como el calor del chacay<sup>79</sup> en una noche de nieve.

Y de a poco, el canto se fue perdiendo, y quedó la dulzura. Y en mi mirada, sólo una hoja. Que se iba haciendo cada vez más pequeña y lejana.

Una sensación de enorme tranquilidad, de desconocida paz, me fue adueñando. Y también de a poco, algo fue cambiando. En la hoja y en mí. Que era decir una sola cosa. Nunca supe si la hoja me había entrado, o yo en ella, pero no importó.

No era sólo un cambio en el color, a pesar de que una claridad brillante fue iluminando todo. Tampoco era solamente el olor, con un perfume desconocido pero más suave que la piel del corderito recién parido.

Sin embargo no estaba confundida. Es que así debía ser.

Y así me fuí despegando, desde muy adentro, del lugar y del momento. Era otra cosa que estar despierta pero no estaba soñando. Fui feliz.

Y comprendí lo que la abuela me decía. Que pronto nos

juntaríamos de un modo diferente. No se estaba despidiendo. Me estaba diciendo que iba a estar siempre conmigo. Más allá de su cuerpo y del mío. Más allá del momento y del lugar. Más allá de la cáscara de las cosas. Más cerca que nunca. En un encuentro que nos reclamaría mucho aliento.

Sólo entonces se hizo la noche. De todo lo demás me olvidé. Pero sé que fue el momento más hermoso de mi vida. Nuestro momento.

El sonido de las cornetas llamando a la rogativa me despertó.

En el oscuro reconocí nuestra ramada. Aunque ya no estaba el cuerpo de la abuela entibiando las pilchas, la tibieza de su sonrisa me iluminaba el aliento.

Cuando asomara el sol nos pondríamos en marcha, después de asperjar el suelo con mudai.

## LA ENFERMEDAD

De a poco todo se fue amarillando. La gente, los recuerdos, las hojas de los árboles.

Me fue llegando una dulce quietud.

Las pilchas, la comida, todas las cosas me sobraron.

Un cansancio amarillo me fue ganando. Mis ojos se dieron vuelta. Mi adentro recibió al caballo gateado de ocho patas. Mi caballo.

Al principio lentamente, medio con timidez. De a poco, y como tomando confianza, para que acariciara su lustroso pelo.

Cuando se alejaba, quedaban los vecinos desfilando por mi cuarto, y a veces hasta sus palabras:

- Está mala la pobrecita.

- Habrá sido un trato fallado con el chonchón que hizo la Julia.

- Eso le pasa por tener madre canuta.

Vino un veterano y buscó la vena de mi nuca para ver si tenía falla, pero fue al pedo.

Para entonces, con mi gateado conocía los mallines del Wenu-Mapu.

La mamá llamó a don Roberto, el agente sanitario. Ni se hizo rogar porque era muy hacendoso. No recuerdo las cosas que preguntó.

Pero al final dijo:

- Según mi parecer, esta no es enfermedad para doctores. Los del hospital no manejan estos asuntos. Yo que usted llamaría a doña Domitila. Aunque si insiste con la ambulancia se la hago traer.

Pobre Julia. Con el amarilleo fue a buscar al pastor Lucio, que apareció con su gente, alentados por ayudarme.

Primero me cantaron, medio a los gritos, medio a los llantos. Que aleluya de aquí, que aleluya de allá. Hasta me impusieron las manos pidiendo por mi curación. Pero yo estaba bastante ocupada con mis viajes en el gateado de ocho patas y por eso me perdí el resto de la fiesta.

Parece que los cantos eran bastante fieros, porque al final la mamá tuvo que buscar a doña Domitila, la machi del paraje Carriñir.

De entrada nomás me masajeó el pecho con yuyos. Después le entró a cantar a Nguenechén acompañada de su kultrún con unos cuantos vecinos, entre los que estaban también algunos del grupo del pastor Lucio. Se nota que no le hacían asco a los dioses.

De repente, doña Domitila, que había estado un rato largo fumando de su kitra, se tapó la cara con un pañuelo para poder espiar tranquila mis adentros y sentenció:

- Aimé se está preparando para viajar.

Fue entonces que me entregó un kultrún. Por fin tenía mi kultrún.

Recién ahora estaba en condiciones de andar.

Entonces se alejó mansamente seguida por los tristes y los curiosos que allí comprendieron mi quieta amarillez y entraron a mermar.

Sólo quedó la mamá .

Ya para entonces el gateado me llevaba a mi lugar. Hermoseado como ningún otro, con una casa de vidrio rodeada de amancay.

Llena de luces la casa. De sus reflejos se alimentaba el sol.

Por eso era un lugar muy tibio, de una tibieza familiar aprendida desde siempre con las caricias de la abuela.

Ahí fue que mi alma hecha brisa se animó, y escapando por el talón, buscó la pluma del choique confundida entre las nubes.

## EL DESPEGUE

Mi cuerpo me va aflojando.

Ya el tiempo no me usa.

Una tibieza conocida me está llamando.

De a poco comienzo a subir dejando allá abajo a mamá ,  
una Julia desconsolada, una Julia sin aleluyas ni pastores. Al  
despedirme, enlaza mis manos encima del kultrún que doña  
Domitila alcanzó a dejarme.

¡ Qué amarilla manera de mirarme !

Cómo no ponerle una sonrisa a mi cara. Para la mamá  
nomás, así no sufre tanto.

Encuentro el tibio resuello de mi gateado de ocho patas.  
Dejo atrás mi cáscara.

Nuestro galope bate el parche de mi kultrún.

Su cantar me trae los recuerdos.

## EL VIAJE

Los neblinosos sueños de los míos me tapan la mirada.

Por ahora no debo abandonar el lugar. Antes de alejarme tengo que consolarlos.

Alcanzo la neblina de Julia. Hasta yo me asusto un poco con las oscuras figuras aladas que le atropellan el adentro. Figuras con cruces, soldados y pastores. Con lugares de brasas, de rejas y de púas. De culpas y de miedos. De arenosos desiertos donde siempre es de noche.

¡Cómo no meterme en su sueño!

Tengo que ir despacio, para no asustarla más.

Y le canto, bajito, una canción de cuna:

Por una montaña  
La luna bajó,  
sus pies se mojaron,  
se manchó el vestido,  
después se enfrió.  
Duérmete, mamita,  
duérmete tranquila.  
Que esta noche estoy,  
muy cerquita tuyo.

- ¿Aimé, estás bien?

- Sí, mamá , estoy bien.

- ...

- Estoy de viaje. Y recuerdo cuando era chiquita y usted me daba de mamar. Y cuando me calentaba con su cariño en los inviernos.

- ¿Qué te falta, Aimé? ¿Qué cosa que no te haya dado?

- Necesito que me recuerde, mamá .

De a poco, la tibieza va apartando la neblina.

También, como para que no haya tibieza, con todo el amor que los vecinos le están poniendo a mi cáscara allá abajo.

Doña Visitación se aparece con un pan recién sacadito del horno, con un olor que se siente hasta el cielo.

El vecino Huayquifil carneó un animal para la ocasión. Me corta un pedazo de costillar, lo atraviesa en una quila y lo deja en mi cabecera, que mira al poniente. El resto del cordero lo comparte de buena gana con los presentes.

Como para no desentonar con el kultrún que me dejó doña Domitila, escucho un sonar de pifilcas y trutruacas, que llaman a los vecinos a la reunión.

Quién la viera a Julia asperjando con muday el suelo alrededor de mi cáscara. Y también invitando a cada uno a tomarse un buen trago.

¿Adónde le habrá quedado la canutez?

Los compañistos, para no ser menos, me fabricaron con papel de las revistas de colores unas hermosas florcitas que me mandan un calor de lo más brillante. Se nota que ni pensaron que para que lleguen de nuevo revistas escolares va a pasar mucho tiempo.

¡Qué cagada! Pobres compañistos.

Ya con todo el calor del ofrenderío, de la neblina no quedó ni para muestra.

Entonces galopo al encuentro de mis recuerdos.

Aparecen en cada paso de mi gateado, junto con los de mi gente. Es un camino dorado, sin ninguna piedra.

Yo no sé cómo los reconozco pero sé que son los míos. Los recuerdos con olor a queso de don Juárez, los con voz de hombres solos contando de los antiguos, los de parajes con maestros que siempre se están yendo. Los del rico buscando y buscando encerrar pedazos de cielo con su alambre. De las rogativas, de los pastos nuevos.

También recuerdos que me llegan desde siempre, desde mucho antes de nacer. Que viajan desde muy lejos.

Son los recuerdos de mi gente.

Me veo chica, grande, sola y acompañada, en los trahunes o en mi despedida a la abuela.

Y sé que soy también la veterana que v de paraje en paraje enseñando a los nuevos a pelear el daño. Y soy el guerrero

iluminado por los sablazos y balas que un día se acordó de morir y subió al cielo en un arco iris buscando a sus bravos.

Y también el que se cagó de miedo en el malón huinca.

Y soy la memoria del dibujo de los tejidos de las veteranas, la paciencia del hilado de la lana, de las noches encima del huso.

Y la alegría de los coltros pastoreando la chivada. Y el dolor cuando el frío los congela. La tierra perdida, la cosecha incendiada y el último pudú. Soy el renuevo del guindo y un potrillo que nace.

¡Qué baqueano mi gateado!

Seguro que siempre verané por estos pagos, porque encara suavcito de un recuerdo a otro. No arisquea ante ninguno.

Lo conocen y por eso no se me disparan.

Enseguidita nomás nos topamos con un vado de estrellas. Me baño en luces. Es un pedazo de los tientos con que Nguenechén sujeta el Wenu Mapu.

Son las mismas luces que juntaba el embanque cuando con el agrandado jugábamos con los sapos, los sin cola, los con pata y los con pata y cola a la vez.

Y sólo entonces la revolcada de luz me deja ver mi hoja. Una más entre todas, la hoja del sueño de cuando murió la abuela, la hoja de mi destino.

Porque el destino de cada gente es la hoja de un gran pehuén gigante, en el que todos descansamos, y luchamos, y queremos y odiamos. Un pehuén con piñones y con flores que conocí desde siempre.

Y me largo a volar en el tiempo y el silencio. Recorro el Árbol de la Vida.

Veo al fin dos bueyes sin yugo, uno desorejado y el otro tuerto que tironean mi carro.

¡Qué linda canción largan las ruedas! Flotando llegamos al lomo del puente.

Siento perfume a tabaco. Y una voz suave:

« Mari mari, mi nieta.»





# ÍNDICE

EL DESPEGUE .....	7
LOS COMIENZ OS .....	8
LOS TEJ IDOS Y LOS DESTEJ IDOS .....	11
ACONTECERES .....	14
EL CONCHABO DE SEGUNDO .....	16
LA VISIÓN DEL MALLIN .....	18
LAS ALMORRANAS DE DON REALIZ ADO .....	22
EL CANTO DEL KULTRÚN .....	25
EL BUEN TRATO Y EL MAL TRATO .....	27
LA CONSAGRACION .....	32
ANIMALADAS .....	35
LA NOTICIA .....	40
EN LA ESCUELA .....	43
LO DE ADENTRO Y LO DE AFUERA .....	46
LOS RECREOS DEL PARAJ E .....	50
J UNTA DE HOMBRES .....	55
EL DESPINTE .....	58
PIÑONEADA .....	60
LOS PINOS DEL HUECUFU .....	61
LA VUELTA DE CRISPÍN MARILUÁN .....	64
EL ALAMBRE CAMINADOR .....	67
ALIGERANDO CARGAS .....	72
LOS TIEMPOS DE LOS CHICOS .....	74
J UNTA ESCOLAR .....	77
EL PASTOREO .....	82
EL CANTO DEL MAESTRO VILLA .....	85
IDAS Y VUELTAS .....	87
LA RONDA DE LOS J UEGOS .....	90
EL ASADO DEL CHANCHO .....	93
CORRETEADAS EN LA ESCUELA .....	97
LA EMPRESTADA .....	100
EL ASADO DEL MAESTRO .....	107

DE SUERTE Y MERECEMIENTOS .....	111
DE MERECEMIENTOS Y DE SUERTE .....	115
LAS NECESIDADES Y LOS ENCUENTROS .....	118
LA OFENSA .....	121
LOS JOTES DEL PAPÁ .....	124
EL ENTIERRO DEL PAPÁ .....	126
MACHITÚN .....	129
LAS COSAS DE LA VIDA .....	134
LA VISITADA .....	136
LA OTRA VISITADA .....	139
PREPARANDO MIRADAS .....	141
LA MIRADA DE LA HISTORIA .....	144
EL SECRETO .....	148
LOS REGALOS .....	150
LA DESPEDIDA .....	151
LA ENFERMEDAD .....	155
EL DESPEGUE .....	157
EL VIAJE .....	158

# GLOSARIO

- 1- **Kultrún:** tambor ritual mapuche.
- 2- **Ruca:** casa.
- 3- **Canuto:** miembro del culto pentecostal.
- 4- **Derechos:** parcela cuya propiedad es legitimada por la ocupación.
- 5- **Machi:** curadora tradicional, que utiliza también el éxtasis para ser mediadora entre Dios y los hombres.
- 6- **Mari mari:** saludo mapuche.
- 7- **Huinca:** persona de la raza blanca.
- 8- **Huecufú:** entidad de la fuerza del mal.
- 9- **Rogativa:** sinónimo de Nguillatún. Acto ritual de pedido a Dios.
- 10- **Coltro:** chico.
- 11- **Veri:** sustancia pegajosa que impregna la lana quitándole valor.
- 12- **Aguas:** orina empleada para el diagnóstico de la enfermedad.
- 13- **Machitún:** curación ritual.
- 14- **Mallín:** terreno con mucha humedad propicio para pastura.
- 15- **Vicios:** azúcar, yerba, tabaco, harina, etc.
- 16- **Veranada:** campo cordillerano con pasturas donde sólo se accede en verano.
- 17- **Pilchas:** ropas de cama o de vestir.
- 18- **Puelche:** viento del este.
- 19- **Pillán:** fuerza divina de los volcanes, que se expresa en fenómenos naturales como terremotos, rayos, etc.
- 20- **Pillantún:** oración.
- 21- **Cahuel:** caballo.
- 22- **Matra:** manta tejida en telar.

- 23- **Coirones:** arbustos.
- 24- **Koñigüe:** matriz.
- 25- **Quilloy-quilloy:** hierba medicinal.
- 26- **Quitra:** pipa.
- 27- **Pehuén:** árbol sagrado.
- 28- **Choique:** avestruz patagónico.
- 29- **Nguenechén:** Dios mapuche.
- 30- **Peuma:** sueño o éxtasis, que le permite a la machi comunicarse con Nguenechén.
- 31- **Machi-pellu:** espíritu auxiliar de la machi.
- 32- **Calcú:** fuerza del mal.
- 33- **Wenu-mapu:** cielo.
- 34- **Menuco:** pantano.
- 35- **Catango:** carro elemental tirado por bueyes.
- 36- **Piño:** grupo de chivos.
- 37- **Ngueicurrehuen:** ceremonia de consagración de la machi.
- 38- **Rehue:** altar mapuche.
- 39- **Muday:** bebida de trigo o piñones fermentada.
- 40- **Jote:** ave de rapiña.
- 41- **Ojeo:** mal de ojo.
- 42- **Concones:** grumos de leche o harina.
- 43- **Neneo:** arbusto.
- 44- **Awin:** vueltas rituales que se realizan a caballo.
- 45- **Vutarda:** por avutarda, ave de la región.
- 46- **Conchón:** entidad del mal corporizada en una cabeza alada.
- 47- **Culebrón:** entidad del mal corporizada en una culebra con plumas. Nace de un huevo puesto por un gallo. Entrega poder a la persona que la cría.
- 48- **Cuero del agua:** ser acuático que asemeja un cuero que flota. Arrastra a las profundidades personas o animales.
- 49- **Anchimallén:** entidad que aparece donde hay enterrado un niño. Tiene ojos que brillan. Algunos también lo describen como un enano maligno.
- 50- **Chichoca:** piñones atravesados por un hilopuestos a secar para su conservación.
- 51- **Neneos:** arbusto achaparrado regional.

- 52- Nirantal:** montecito de ñires.
- 53- Huerquenes:** mensajeros.
- 54- Carnerería:** lugar destinado a los carneros.
- 55- Castrones:** chivos reproductores.
- 56- Ñaco:** harina tostada.
- 57- Alentaditos:** de alentados, bien dispuestos.
- 58- Peñi:** hermano
- 59- Matuesto:** lagartija.
- 60- Cachaña:** loro silvestre.
- 61- Kume:** juego tradicional que consiste en que uno (nguepín) trata de hacer hablar a los otros participantes.
- 62- Quila:** caña.
- 63- Cahuel lefún:** carrera de caballos.
- 64- Lonco:** por cabeza, jefe.
- 65- Trai-lonko:** vincha tejida que sostiene los cascabeles. Utilizada para la danza ritual.
- 66- Purrún:** danza ritual.
- 67- Palín o chueca:** juego tradicional parecido al hockey.
- 68- Nguépín:** orador.
- 69- Nguillatún:** ceremonia ritual de rogativa que actualmente congrega a todos los integrantes del paraje, en el que se pide a Nguenechén por pasturas, animales, personas, lluvias, etc.
- 70- Carrizal:** lugar donde crece el carrizo, vegetal con cuyos manojos atados se construyen los techos.
- 71- Ranculches:** gente del carrizo.
- 72- Piche:** armadillo regional.
- 73- Chenque:** cementerio mapuche.
- 74- Yeil kultrún:** ayudante de la machi.
- 75- Diuca:** ave.
- 76- Tapa de cacho:** tapa hecha con cuernos.
- 77- Loncomeo:** danza que los hombres efectúan, dentro del rito del nguillatún, imitando los movimientos del avestruz.
- 78- Kalkú:** fuerzas del mal.
- 79- Chacay:** árbol cuya madera es muy apreciada como leña.

Se imprimen 600 ejemplares  
artesanalmente armados  
en las cordilleras cenicientas y floridas  
del Mallín Ahogado.  
Luna llena de noviembre de 2011,  
El Bolsón, Río Negro, Patagonia Argentina.